

CIENCIA FICCION

SELECCION 36

ePUB

BRUNNER DELANY HENDERSON SIMAK SMITH TIPPLE

En esta selección se incluye el último relato de Clifford D. Simak, recientemente galardonado por la SFWA (*Science Fiction Writers of America*) con el *Grand Master Award*, honor que hasta el presente sólo han conseguido otros dos autores.

Otros dos maestros del género, Samuel R. Delany y John Brunner, nos obsequian con sendas novelas cortas de dudosa clasificación pero indudable calidad: *Prismática* y *El hombre que podía suministrarnos elefantes*.

Completan la antología tres relatos de otras tantas autoras, representativos de distintas etapas de la cada vez más importante aportación femenina al género.

Todas las narraciones proceden de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en su género.



AA. VV.

Ciencia ficción. Selección 36

ePub r1.1

Titivillus 27.06.16

Título original: *Ciencia ficción. Selección 36*

AA. VV., 1978

Traducción: Antonio Resines

Portada: Neslé Soulé / Eddie Jones

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *La tradición fantástica en la ciencia ficción*, Carlo Frabetti.

Hermano (Brother), Clifford D. Simak, 1977.

La pareja del capitán (The Captain's Mate), Evelyn E. Smith, 1956.

Prismática (Prismatica), Samuel R. Delany, 1977.

El primer ataque (The First Stroke), Zenna Henderson, 1977.

El hombre que podía suministrarnos elefantes (The Man Who Could Provide Us With Elephants), John Brunner, 1977.

El ángel que repartió el tiempo (Time Sharing Angel), James Tiptree, Jr., 1977.

PRESENTACIÓN

La tradición fantástica en la ciencia ficción

Se ha dicho a menudo que la ciencia ficción es la narrativa fantástica propia de nuestro tiempo, en la que los elementos temáticos y símbolos tradicionales han dejado paso a una nueva imaginería más acorde con esta época de cientifismo y automatización.

No cabe duda de que esto es bastante cierto; pero es una verdad parcial que puede confundir más que esclarecer, si no se la matiza debidamente. Pues la relación de la ciencia ficción con la fantasía tradicional tiene tanto de ruptura como de continuación. Ruptura que, más que a nivel temático, se produce a nivel de enfoque.

En esta selección nos encontramos con una narración que en muchos aspectos es un auténtico «cuento de hadas», con otra que alude solapadamente al vudú, y con un relato en el que se habla de un ángel. ¿Dónde está la ruptura temática? ¿Son estas narraciones de ciencia ficción? No es fácil (ni necesario) trazar fronteras nítidas entre la ciencia ficción y la fantasía, y es probable que más de un lector opine que algunos relatos de esta antología son meramente fantásticos, y no seré yo quien les lleve la contraria. Pero incluso en los relatos de «fantasía pura» escritos por autores de ciencia ficción suele haber unos matices de distanciamiento, ironía o crítica que los distinguen de la fantasía tradicional, y en este sentido la fórmula «ficción especulativa» se revela notablemente acertada para subrayar la amplitud y elasticidad de los límites de lo que se viene llamando ciencia ficción.

Aunque las fórmulas son lo de menos, y por mucho que los amantes de cuadrículas y ficheros sufran ante la dificultad, cada vez mayor, de clasificar los relatos que —por decirlo de alguna forma— no imitan la realidad, lo cierto es que hemos de alegrarnos de que la narrativa contemporánea escape cada vez más a las clasificaciones y los géneros. Es una garantía de que intenta —y a veces lo consigue— ir más allá de unos esquemas preconcebidos que tienden a encasillarlo todo, incluso lo que está por descubrir y por hacer.

CARLO FRABETTI

HERMANO

Clifford D. Simak

Es posible que al comenzar este relato de Simak, el lector erudito se diga: «Ya estamos otra vez con la consabida mecedora chirriante en el porche de la consabida casita rural». Pero en esta ocasión el bucólico e inolvidable autor de Ciudad, sin dejar de ser coherente con su producción habitual, nos sorprende con un relato insólito e inquietante.

Estaba sentado en su mecedora, en el patio empedrado, cuando el automóvil salió de la carretera y se detuvo ante su verja. De él salió un desconocido, abrió la cancela y se aproximó por el camino. El hombre que se acercaba era viejo; no tan viejo, juzgó el hombre de la mecedora, como él mismo, pero viejo. Su pelo blanco ondeaba al viento y había un lento y casi imperceptible arrastrar los pies en su andar.

El hombre se detuvo ante él.

—¿Es usted Edward Lambert? —preguntó. Lambert asintió con la cabeza—. Yo soy Teodoro Anderson —dijo el desconocido—. De Madison. De la Universidad.

Lambert le señaló la otra mecedora que había en el patio.

—Siéntese, por favor —dijo—. Está usted muy lejos de su casa.

Anderson rió.

—No demasiado. Unos ciento cincuenta kilómetros nada más.

—Para mí eso es lejos —dijo Lambert—. En toda mi vida no me he alejado de aquí más de treinta kilómetros. El espaciopuerto que hay al otro lado del río es lo más lejos que he estado nunca.

—¿Visita usted el puerto con frecuencia?

—Hubo un tiempo en que lo hacía. Cuando era más joven. Recientemente, no. Desde aquí, donde estoy sentado, puedo ver las naves arribar y partir.

—¿Se sienta a verlas?

—Hubo un tiempo en que así lo hacía. Ahora ya no estoy pendiente de ellas.

—Tiene usted un hermano, según tengo entendido, que anda por el espacio.

—Sí, Phil. Phil es el vagabundo de la familia. No éramos más que él y yo. Gemelos idénticos.

—¿Le ve usted de vez en cuando? Quiero decir, ¿viene a visitarle alguna vez?

—Ocasionalmente. Tres o cuatro veces, eso ha sido todo. Pero no recientemente. La última vez que vino a casa fue hace veinte años. Siempre tenía prisa. Sólo podía quedarse uno o dos días. Siempre tenía grandes historias que contar.

—Pero usted permaneció en casa. Treinta kilómetros me ha dicho, eso es lo más que se ha alejado nunca.

—Hubo un tiempo —dijo Lambert— en que yo hubiera querido irme con él. Pero no pude. Nacimos cuando nuestros padres eran ya de una edad avanzada. Eran ya ancianos cuando nosotros éramos jóvenes. Alguien tenía que quedarse aquí con ellos. Y una vez que pasaron a mejor vida, me di cuenta de que no podía irme. Estas colinas, estos bosques, los arroyos, se habían convertido en parte de mí.

Anderson asintió con la cabeza.

—Puedo comprender eso. Está reflejado en sus escritos. Se convirtió usted en el portavoz bucólico del siglo. Estoy citando opiniones ajenas, pero por supuesto que usted lo sabe.

Lambert gruñó:

—Literatura de la naturaleza. En tiempos fue la gran tradición americana. Cuando empecé a escribir, hace cincuenta años, había pasado de moda. Nadie la comprendía, nadie la quería para nada. Nadie veía que fuera necesaria. Pero ahora está aquí de nuevo. Cada imbécil que es capaz de juntar tres palabras se dedica a escribirla.

—Pero nadie tan bien como usted.

—Llevo más tiempo dedicado a ello. Tengo más práctica.

—Ahora —dijo Anderson— existe una mayor necesidad de esa literatura. Un recordatorio de una herencia que casi hemos perdido.

—Tal vez —dijo Lambert.

—Volviendo a la cuestión de su hermano...

—Un momento, por favor —dijo Lambert—. Ha estado usted haciéndome un montón de preguntas. Nada de preliminares. Nada de ir

llevando la conversación cómodamente. Ninguna de las amenidades coloquiales habituales. Usted se ha limitado a entrar aquí a saco y ha empezado a hacerme preguntas. Me dice usted su nombre y que viene de la Universidad, pero ahí acaba todo. Para que conste, señor Anderson, haga el favor de decirme a qué se dedica usted.

—Lo lamento —dijo Anderson—. Admito que he actuado con poco tacto, a pesar de que se supone que es un elemento básico de mi profesión. Debería conocer su valor. Pertenecesco al departamento de psicología y...

—¿Psicología?

—Así es, psicología.

—Hubiera imaginado —dijo Lambert— que se dedicaba usted a la lengua inglesa, o tal vez a la ecología o a alguna disciplina relacionada con el medio ambiente. ¿Cómo es que un psicólogo viene a hablar con un escritor naturalista?

—Por favor, concédame un momento —rogó Anderson—. He abordado la cuestión equivocadamente. Empecemos de nuevo. En realidad he venido a hablar de su hermano.

—¿Qué pasa con mi hermano? ¿Cómo ha podido usted saber que existía? La gente de los alrededores lo sabe, pero nadie más. En mis escritos jamás le he mencionado.

—Pasé una semana, el verano pasado, en una estación de pesca a pocos kilómetros de aquí. Oí hablar de él entonces.

—Y algunos de aquellos con los que usted habló le dijeron que yo jamás tuve un hermano.

—Así es, exactamente. Verá usted, tengo en marcha un estudio en el que llevo trabajando los últimos cinco años...

—No sé cómo pudo empezar a circular esa historia —le interrumpió Lambert— acerca de que jamás tuve un hermano. Nunca le he prestado atención, y no alcanzo a comprender por qué usted...

—Señor Lambert —dijo Anderson—, por favor, discúlpeme. He verificado los certificados de nacimiento en la sede del condado, y según el censo...

—Lo recuerdo —dijo Lambert— como si hubiera sido ayer; me refiero al día en que se fue mi hermano. Estábamos trabajando en el pajar, aquel que

está allí, al otro lado de la carretera. El pajar ya no se usa, y como puede usted ver se ha derrumbado. Pero por aquel entonces sí que se utilizaba. Mi padre cultivaba aquella pradera de allá que está junto al arroyo. Aquella tierra daba, y volvería a dar, si alguien la cultivara, las cosechas de maíz más hermosas que pueda usted imaginarse. Un maíz mejor que el de las praderas de Iowa. Mejor que el de cualquier otra parte del mundo. Yo lo cultivé durante años después de que muriera mi padre, pero ya lo he dejado. Abandoné el oficio de granjero hace ya sus buenos diez años. Vendí todo el ganado y la maquinaria. Ahora tengo un pequeño gallinero. No hace falta que sea demasiado grande. Sólo hay...

—¿Decía usted acerca de su hermano?

—Sí, supongo que sí. Phil y yo estábamos trabajando un día en el pajar. Era un día lluvioso. No, no realmente lluvioso, solamente chispeaba un poco. Estábamos reparando arneses. Sí, arneses. Mi padre era un hombre extraño en muchos aspectos. Extraño en muchos aspectos razonables. No era partidario de utilizar más maquinaria que la necesaria, jamás hubo aquí un tractor. Opinaba que eran mejores los caballos. En un lugar tan pequeño como éste lo eran. Yo mismo los estuve utilizando hasta que finalmente tuve que venderlos. Fue un trago amargo el venderlos. Aquellos caballos y yo éramos amigos. Pero en cualquier caso, mi hermano y yo estábamos reparando el arnés cuando Phil me dijo, sin venir a cuento, que iría al puerto para intentar conseguir trabajo en algunas de las naves. Habíamos hablado acerca de ello de vez en cuando, anteriormente, y los dos teníamos deseos de ir, pero fue para mí una sorpresa que Phil dijera que se iba. No tenía ni la más remota idea de que lo hubiera decidido para entonces. Hay algo acerca de esto que debe usted comprender..., el momento, las circunstancias, la novedad y la emoción de viajar a las estrellas aquel día, hace más de cincuenta años. Hubo tiempos muy lejanos en la historia de nuestro país en que los muchachos de Nueva Inglaterra huían al mar. En aquel momento de hace cincuenta años, huían hacia el espacio...

Según lo iba contando, lo recordaba, tal y como le había dicho a Anderson, como si hubiera ocurrido ayer mismo. Todo volvía a él con claridad y realismo, incluyendo el húmedo olor del heno del año anterior que había en el altillo encima de sus cabezas. Las palomas se arrullaban en lo alto

del pajar y arriba, en los pastos de la colina, una vaca solitaria mugía desoladoramente. Los caballos pateaban el suelo en sus caballerizas y hacían pequeños ruidos, masticando el heno que quedaba en sus comederos.

—Tomé la decisión esta noche —dijo Phil—, pero no te dije nada porque quería estar seguro. Podría esperar, por supuesto, pero existe la posibilidad de que jamás me vaya. No quiero pasarme aquí la vida deseando haberme ido. Te encargarás de decírselo a papá, ¿verdad?, después de que me haya ido. Esta tarde, en algún momento que encuentres, dándome tiempo para que pueda irme.

—Él no te lo impediría —dijo Edward Lambert—. Lo mejor sería que se lo dijeras. Puede que intente razonar contigo, pero jamás intentaría detenerte.

—Si se lo digo, jamás me iré —dijo Phil—. Veré la expresión de su cara y no seré capaz de irme. Tendrás que hacer esto por mí, Ed. Tendrás que decírselo tú, de modo que yo no tenga que verle la cara.

—¿Cómo piensas entrar en una nave? No querrán un granjero paleta. Lo que ellos quieren es gente preparada.

—Habrá una nave que tenga que partir, pero a la que le falten uno o dos miembros de la tripulación —dijo Phil—. No les esperarán. No perderán el tiempo buscándoles. Aceptarán a quien quiera que esté allí. En cuestión de uno o dos días encontraré esa nave.

Lambert recordó una vez más cómo se había quedado en la puerta del pajar, observando cómo se alejaba su hermano carretera abajo, con sus botas chapoteando en los charcos y su figura emborronada por la llovizna. Durante un largo tiempo después de que ya no pudo verle, mucho después de que el gris de la llovizna hubiera absorbido su silueta, había seguido imaginando que podía verle, una figura aún más pequeña andando con paso pesado por la carretera. Recordaba la opresión de su pecho, el nudo que se le había hecho en la garganta, la terrible y desazonadora angustia de la partida de su hermano. Como si se hubiera ido una parte de él, como si se hubiera partido en dos, como si sólo quedara de él la mitad.

—Éramos gemelos —le dijo a Anderson—, gemelos idénticos. Estábamos más cercanos el uno al otro que la mayor parte de los hermanos. Vivíamos el uno en el bolsillo del otro. Todo lo hacíamos juntos. Cada uno de nosotros sentía lo mismo hacia el otro. Phil tuvo que tener mucho valor

para irse de aquella manera.

—Y usted también —dijo Anderson— para dejarle marchar. ¿Pero volvió?

—No, durante largo tiempo. No hasta después de la muerte de nuestros padres. Entonces apareció caminando por la carretera igual que se había ido. Pero no se quedó. Estuvo aquí sólo un par de días. Estaba ansioso por partir. Como si algo tirara de él.

Aunque aquello no era exactamente cierto, se dijo a sí mismo. Nervioso. Asustadizo. Mirando por encima del hombro, como si alguien le siguiera. Mirando a sus espaldas para asegurarse de que el Perseguidor no estaba allí.

—Volvió unas cuantas veces más —dijo Lambert—. Pasaban años entre visita y visita. Jamás se quedaba demasiado tiempo. Estaba ansioso por volver a irse.

—¿Cómo explica usted que la gente haya concebido esta idea de que usted nunca tuvo un hermano? —preguntó Anderson—. ¿Cómo explica el silencio de los registros?

—No lo explico de ninguna manera —contestó Lambert—. La gente tiene ideas extrañas. Surge un rumor irresponsable... tal vez nada más que una pregunta: ¿Y ese hermano que dice que tiene? ¿Tiene en realidad un hermano? ¿Hubo en realidad alguna vez un hermano? Y otros la recogen y la amplían a su manera y la cosa va extendiéndose. Aquí, en estas colinas perdidas, no hay mucho de qué hablar. Se aferran al primer tema que encuentran. Supongo que resultaría un tema intrigante sobre el que charlar... ese viejo chiflado del valle que cree que tiene un hermano que jamás existió, presumiendo sobre su hermano inexistente, diciendo que está perdido por ahí, entre las estrellas. Aunque a mí me parece recordar que jamás he presumido, en realidad.

—¿Y los registros? O la ausencia de registros.

—Simplemente, no lo sé —contestó Lambert—. Ni siquiera sabía lo de los registros. Jamás se me ocurrió ir a comprobarlos. Jamás hubo razón alguna para que lo hiciera. Verá usted, yo sé que tengo un hermano.

—¿Cree usted que podría acercarse a Madison?

—Sé que no lo haré —dijo Lambert—. Rara vez abandono este lugar. Ya no tengo automóvil. Me acerco con alguno de mis vecinos, cuando puedo, al

almacén para comprar las pocas cosas que necesito. Estoy satisfecho aquí. No tengo necesidad de ir a ninguna parte.

—¿Ha vivido usted aquí solo desde la muerte de sus padres?

—Efectivamente —respondió Lambert—. Y opino que esta conversación ya ha ido demasiado lejos. No estoy seguro de que usted me guste, señor Anderson. ¿O acaso debería llamarle doctor Anderson? Sospecho que así debe ser. No tengo intención de ir a la Universidad a contestar a las preguntas que a usted se le pasen por la cabeza para someterme a pruebas para ese estudio suyo. No estoy seguro de cuál es su interés en todo esto y no estoy ni remotamente interesado. Tengo cosas más importantes que hacer.

Anderson se alzó de su asiento.

—Lo siento —dijo—. No pretendía...

—No se excuse —le cortó Lambert.

—Me gustaría que pudiéramos separarnos de un modo más alegre —dijo Anderson.

—No deje que eso le preocupe —dijo Lambert—. Limítese a olvidarlo. Eso es lo que tengo intención de hacer yo.

Continuó sentado en la mecedora mucho después de que su visitante hubiera partido. Unos cuantos automóviles pasaron, no muchos, dado que aquella era una carretera escasamente transitada, una carretera que en realidad no llevaba a ninguna parte, simplemente una vía de acceso para las pocas familias que vivían a lo largo del valle y al fondo en las colinas.

Qué descaró, pensaba, qué arrogancia, aparecerse aquí para preguntarle todas esas cosas en tromba. Aquel estudio que estaba llevando a cabo..., tal vez un estudio de las fantasías adoptadas por la población anciana. Aunque no tenía que ser necesariamente sobre ese tema; podría ser sobre toda una serie de temas posibles.

No había, se recordó a sí mismo, razón alguna para alterarse por aquello. Carecía de importancia; los malos modales sólo tenían importancia para aquellos que los tenían.

Se meció suavemente. Los balancines protestaron sobre el empedrado, y se quedó mirando más allá de la carretera y el valle hacia el lugar a lo largo de la colina de enfrente donde corría el arroyo, con su corriente gorgoteando sobre los vados pedregosos y haciendo remolinos en profundos estanques.

Allí, durante los largos y calurosos días de verano, Phil y él habían pescado cotos, utilizando retorcidas ramas de sauce como cañas, porque no había dinero para comprar equipo de pesca normal, y no es que lo hubieran deseado, incluso aunque hubieran tenido el dinero. Durante la primavera subían grandes bancos de peces; remontaban el arroyo desde el río Wisconsin para llegar a sus zonas de desove. Phil y él solían salir a cogerlos con una red, una red improvisada por medio de un saco de yute con la boca sujeta a un aro de barril.

El arroyo estaba lleno de recuerdos para él, al igual que el resto de la tierra: las colinas que se cernían sobre ellos, los pequeños valles escondidos, el denso bosque que lo cubría todo excepto las escasas superficies niveladas que habían sido abatidas para utilizarlas para el cultivo. Conocía cada sendero y atajo del bosque. Sabía lo que crecía en él y lo que vivía en él y dónde crecía o vivía. Conocía los secretos de los pocos kilómetros de campo que le rodeaban, pero no todos los secretos; estaba aún por nacer el hombre que pudiera conocer todos los secretos.

Él tenía, se repetía a sí mismo, lo mejor de dos mundos. De dos mundos, ya que no le había contado a Anderson, ni a nadie, que había un vínculo secreto entre él y Phil. Era un vínculo que nunca les había parecido extraño porque era algo que habían conocido desde que eran pequeños. Incluso cuando estaban separados, habían estado al corriente de lo que el otro hacía. No resultaba nada asombroso para ellos; era algo que habían dado prácticamente por sentado. Años más tarde había leído en informadas revistas los estudios que habían sido realizados sobre los gemelos idénticos, junto con la especulación académica de que de alguna extraña manera parecían poseer poderes telepáticos que operaban tan sólo entre ellos, como si fueran, de hecho, una sola persona con dos cuerpos diferentes.

Eso era lo que ocurría, sin duda de ninguna clase, entre él y Phil, aunque jamás se había preguntado si podría ser telepatía hasta que había dado accidentalmente con las revistas. No se parecía demasiado, pensaba balanceándose en la mecedora, a la telepatía, ya que la telepatía, tal y como él la concebía, era la capacidad de enviar y recibir mensajes mentales deliberadamente; en su caso, se trataba simplemente de un saber, de un percibir dónde estaba el otro y qué era lo que podía estar haciendo. Había

funcionado de aquella manera cuando eran unos jovencitos y había seguido funcionando así desde entonces. No un conocimiento continuo, no un contacto continuado, si es que aquello era un contacto. A lo largo de los años, no obstante, ocurría con bastante frecuencia. Había sabido a lo largo de todos aquellos años, desde que Phil se había marchado andando carretera abajo, los muchos planetas que había visitado, las naves en las que había viajado Phil, lo había visto todo con los ojos de Phil, lo había comprendido con el cerebro de Phil, había conocido los nombres de los lugares que Phil había visto y comprendido, lo que había pasado en cada lugar. No había sido una conversación: no se habían hablado el uno al otro; no había habido necesidad de hablar, y aunque Phil jamás se lo había dicho, estaba seguro de que Phil había sabido lo que estaba haciendo él y dónde estaba y lo que podía estar viendo. Incluso en las escasas ocasiones en que Phil había venido de visita, no habían hablado acerca de ello; no suponía un tema de discusión dado que ambos lo aceptaban.

A media tarde, un viejo automóvil se detuvo ante la verja; el motor tosió hasta detenerse en una especie de tartamudeo espasmódico. Jake Hopkins, uno de sus vecinos de arroyo arriba, salió de él, llevando consigo una pequeña cesta. Se acercó hasta el patio y, dejando la cesta en el suelo, se sentó en la otra mecedora.

—Katie te manda una hogaza de pan y un pastel de grosella —dijo—. Éstas serán casi las últimas. Este año ha habido una cosecha muy pobre. El verano ha sido demasiado seco.

—Yo tampoco he ido a recoger demasiadas este año —dijo Lambert—. Sólo una o dos veces. Las mejores están en aquel risco de allá, y juro que esa colina se hace más empinada cada año que pasa.

—Se hace más empinada para todos nosotros —dijo Hopkins—. Tú y yo llevamos aquí mucho tiempo, Ed.

—Dile a Katie que se lo agradezco mucho —dijo Lambert—. No hay nadie capaz de igualar su tarta. Yo nunca me ocupo de hacer tartas, aunque me entusiasman. Hago algunas cosas en la cocina, por supuesto, pero las tartas llevan demasiado tiempo y esfuerzo.

—¿Has oído algo acerca de esa criatura nueva que hay por los montes? —preguntó Hopkins.

Lambert se rió entre dientes.

—Otra de esas historias enloquecidas, Jake. De vez en cuando, un par de veces al año, alguien pone en movimiento una historia. ¿Recuerdas aquella acerca de la bestia del pantano, allá en Millville? Los periódicos de Milwaukee cazaron la historia, y un deportista de Texas la leyó y se vino con una jauría de perros. Pasó tres días en Millville, pateándose los pantanos, perdió un perro por culpa de una serpiente de cascabel, y por lo que me contaron se agarró un cabreo de mil demonios. Tenía la impresión de que le habían tomado el pelo, y supongo que así había sido, dado que jamás había habido bestia alguna. Nos llegan historias de osos y pumas, y no ha habido ni un oso ni un puma en estos alrededores desde hace más de cuarenta años. Una vez, hace algunos años, algún maldito imbécil puso en marcha una historia acerca de una gran serpiente. Gorda como un tonel y de diez metros de largo. La mitad del condado se echó al monte a ver si la cazaba.

—Sí, ya lo sé —dijo Hopkins—. No hay nada detrás de la mayor parte de las historias, pero Caleb Jones me dijo que uno de sus muchachos vio la cosa esa, sea lo que fuere. Parecido a un mono, o a un oso que no es realmente un oso. Totalmente peludo, desnudo. Un hombre de las nieves, según opina Caleb.

—Bueno, al menos —dijo Lambert— eso es algo nuevo. Nadie, que yo sepa, había afirmado hasta ahora ver por estos alrededores a un hombre de las nieves. No obstante, ha habido muchas denuncias en la costa oeste. Simplemente llevó un poco de tiempo transferir a un hombre de las nieves hasta aquí.

—Podría haberse extraviado uno hacia el este.

—Supongo que sí. Quiero decir, si es que hay alguno por allá. Tampoco estoy demasiado seguro de que allí los haya.

—Bueno, sea como fuere —dijo Hopkins—, pensé que te gustaría saberlo. Estás muy aislado aquí. Sin teléfono ni nada. Ni siquiera te has hecho el tendido para la luz.

—No necesito teléfono ni electricidad —dijo Lambert—. Lo único que me podría tentar de la electricidad sería la posibilidad de tener un refrigerador. Y no lo necesito. Tengo la fresquera. Funciona tan bien como cualquier refrigerador. Mantiene fresca la mantequilla durante semanas. Y no

necesito teléfono. No tengo a nadie con quien hablar.

—Una cosa tengo que admitir —dijo Hopkins—: te las arreglas muy bien. Incluso sin esas cosas. Mejor que la mayoría de la gente.

—Nunca deseé gran cosa —dijo Lambert—. Ése es el secreto... jamás deseé demasiado.

—¿Estás trabajando en algún otro libro?

—Jake, siempre estoy trabajando en algún otro libro. Escribiendo sobre las cosas que veo y oigo y lo que siento acerca de ellas. Lo haría aunque no le interesara a nadie. Escribiría incluso aunque no existieran los libros.

—Lees mucho —dijo Hopkins—, más que la mayoría de nosotros.

—Sí, supongo que sí —admitió Lambert—. Leer me resulta reconfortante.

Y era cierto, pensó. Los libros apilados en una estantería eran un grupo de amigos. No eran libros, sino hombres y mujeres que hablaban con él atravesando continentes y siglos. Sus propios libros, lo sabía, no vivirían tanto como lo habían hecho algunos de los otros. No le sobrevivirían mucho tiempo; pero en ocasiones le gustaba pensar en la posibilidad de que al cabo de un centenar de años, alguien pudiera encontrar uno de sus libros, tal vez en una librería de viejo, y tomándolo al azar leyera algunos párrafos, llegando tal vez a gustarle lo suficiente como para llevárselo a casa, donde descansaría en las estanterías durante algún tiempo, y tal vez, con el transcurso de los años, volvería a encontrarse de nuevo en otra librería de viejo, esperando que alguien lo recogiera y lo leyera.

Resultaba extraño, pensó, que hubiera escrito acerca de cosas cercanas al hogar, de aquellas cosas que la mayoría de la gente pasaba por alto sin ni siquiera verlas, cuando podría haber escrito acerca de las maravillas que se podían encontrar a años luz de la Tierra, las rarezas que podían encontrarse en otros planetas que giraban en torno a otros soles. Pero ni siquiera había pensado en escribir acerca de ellos, porque eran un secreto, una parte interior de él que era para él solo, una confidencia entre Phil y él que jamás hubiera conseguido violar.

—Necesitamos algo de lluvia —dijo Hopkins—. Los pastizales están desapareciendo. Los de los Jones están prácticamente agotados. Ya no se ve la hierba; se ve la tierra. Caleb lleva alimentando a sus vacas con pienso los

últimos quince días, y si no llueve un poco tendré que hacer lo mismo en cuestión de una o dos semanas. Tengo una pequeña parcela de maíz de la que obtendré algunas mazorcas dignas de ser recogidas, pero el resto de ella no sirve más que para pienso. Es peor que el infierno. Hay años en los que un hombre puede trabajar hasta reventar sin conseguir nada al final.

Conversaron durante una hora más o menos; la confortable y sencilla conversación de los hombres de campo, profundamente preocupados por las pequeñas cosas que para ellos resultaban tan amenazadoras. Después Hopkins se despidió, y dando una patada para arrancar su remolón automóvil, condujo carretera abajo.

Cuando el sol estaba justamente por encima de las colinas del oeste, Lambert entró en la casa y puso a calentar un bote de café para acompañar un par de rebanadas de la hogaza de pan y una gran porción de la tarta de Katie. Sentado a la mesa en la cocina —una mesa en la que llevaba comiendo desde que su memoria alcanzaba— escuchó el tic-tac del antiguo reloj de la familia. El reloj, descubrió mientras lo escuchaba, era un símbolo de la casa. Cuando el reloj le hablaba, también le hablaba la casa; la casa utilizaba el reloj como medio de comunicación con él. Tal vez no hablaba con él, realmente, pero se mantenía en contacto íntimo, recordándole que aún estaba allí, que estaban juntos, que no estaban solos. Así había sido a lo largo de los años; ahora lo era aún más, una relación aún más íntima, surgiendo tal vez de la mayor necesidad por parte de ambos.

Aunque construida sólidamente por su bisabuelo materno, la casa estaba en un estado de abandono. Había tablones que crujían y se combaban cuando pasaba sobre ellos, tejas que goteaban en la temporada de las lluvias. Manchas de humedad recorrían las paredes, y en la parte trasera de la casa, protegida por la colina que se alzaba abruptamente tras ella, donde rara vez alcanzaban los rayos del sol, había un olor a humedad y a moho.

Pero la casa le sobreviviría, pensó, y eso era lo único importante. Una vez que ya no estuviera él allí no habría nadie a quien cobijar. Le sobreviviría tanto a él como a Phil, pero tal vez no hubiera necesidad de esto en el caso de su hermano. Perdido entre las estrellas, Phil no tenía necesidad alguna de la casa. Aunque, se dijo a sí mismo, Phil volvería pronto a casa. Porque él era viejo, y por lo tanto suponía que también lo sería su hermano. Entre los dos

les quedaban ya pocos años de espera.

Era extraño que ellos, que tanto se parecían, hubieran vivido unas vidas tan diferentes: Phil el vagabundo, y él, el sedentario; y cada uno de los dos, a pesar de lo diferente de sus vidas, habían encontrado tantas satisfacciones en ellas.

Terminada su comida, salió de nuevo al patio. Detrás de él, en la parte trasera de la casa, el viento suspiraba a través de la hilera de inmensas coníferas que tantos años atrás habían sido plantadas por aquel viejo bisabuelo. Qué vanidad tan pintoresca, pensó, plantar pinos en la base de una colina cubierta de antiguos robles y arces, como si pretendiera destacar la casa de la tierra sobre la que estaba erigida.

Las últimas luciérnagas parpadeaban entre los arbustos de lilas que flanqueaban la verja, y los primeros chotacabras cantaban tristemente desde el fondo del valle. Pequeñas y desmadejadas nubes oscurecían parte del cielo, pero podían verse algunas estrellas. La luna tardaría aún una o dos horas en salir.

Al norte, una brillante estrella destelleó, pero observándola supo que no era una estrella. Era una nave espacial que se preparaba para aterrizar en el puerto, al otro lado del río. La llamarada se apagó, después se encendió de nuevo, esta vez no se apagó, sino que siguió ardiendo hasta que rebasó la oscura línea del horizonte. Un momento más tarde el sordo rugido del aterrizaje llegó hasta él; al cabo de un rato se extinguió también, y Lambert se quedó solo con las chotacabras y las luciérnagas.

Algún día, en alguna de esas naves, se decía a sí mismo, Phil volvería a casa. Vendría caminando carretera abajo como lo había hecho siempre anteriormente, sin anunciarse, pero seguro de la bienvenida que le esperaba. Llegaría cargado del fresco aroma del espacio, cargado de fantásticas historias, llevando en el bolsillo alguna baratija extraña como regalo que, una vez que se hubiera ido, iría a parar a la balda del viejo bargueño del salón, para hacer compañía a los otros regalos que había traído las otras veces.

Había habido un tiempo en el que hubiera deseado haber sido él en lugar de Phil el que se hubiera ido. Dios sabía que él hubiera deseado irse. Pero una vez que uno se hubo marchado, fue evidente que el otro habría de quedarse. Algo de lo que estaba orgulloso era que jamás había odiado a Phil por partir.

Habían estado demasiado cercanos el uno al otro como para que pudiera existir el odio. Jamás podría haberlo entre ellos.

Algo estaba alborotando detrás de él en los pinos. Desde hacía algún tiempo había estado escuchando el ruido, pero sin prestarle atención. Lo más probable era que fuese un mapache, en camino hacia el campo de maíz que recorría la ribera del arroyo justamente al este de su tierra. El pequeño animal encontraría allí poco botín, aunque debería haber suficiente para satisfacer a un mapache. Parecía haber más ruidos de los que un mapache haría. Tal vez fuera una familia entera, una madre con sus cachorros.

Finalmente salió la luna, un esplendor nadando sobre la gran colina oscura que había detrás de la casa. Era una luna mortecina que, a pesar de todo, aliviaba la oscuridad. Se quedó sentado un rato más y empezó a sentir el fresco de cada noche, que incluso en verano subía lentamente desde el arroyo y las zonas bajas.

Se frotó una dolorida rodilla, después se levantó violentamente y entró en la casa. Había dejado una lámpara encendida sobre la mesa de la cocina, y la recogió llevándola al salón y colocándola en una mesa junto a un sillón. Leería durante una hora o así, se dijo a sí mismo, y se iría a la cama.

Al coger un libro de la estantería que había tras el sillón, alguien llamó a la puerta de la cocina. Dudó un momento y volvió a sonar la llamada. Dejando el libro a un lado, se dirigió a la cocina, pero antes de llegar allí se abrió la puerta y entró un hombre. Lambert se detuvo y se quedó mirando la forma indistinta del hombre que había entrado en la casa. La única luz provenía de la lámpara del salón y no podía estar seguro.

—¿Phil? —preguntó dudoso, con miedo de equivocarse.

El hombre avanzó uno o dos pasos.

—Sí, Ed —dijo—. No me has reconocido; después de todos estos años ya no me reconoces.

—Estaba tan oscuro —dijo Lambert— que no estaba seguro.

Avanzó con la mano extendida y allí estaba la de Phil para estrechársela. Pero al juntarse sus manos, no había nada. La mano de Lambert se cerró sobre el vacío.

Se quedó anonadado, incapaz de moverse, intentó hablar y no pudo, burbujeando y muriendo sus palabras y negándose a ser articuladas.

—Tranquilo, Ed —dijo Phil—. Tómalo con calma. Así es como ha sido siempre, recuerda. Así ha de ser, como siempre ha sido. Yo no soy más que una sombra, una sombra de ti mismo.

Pero aquello no podía ser verdad, se dijo Lambert. El hombre que estaba allí en la cocina con él era un hombre sólido, un hombre de carne y hueso, no una mera sombra.

—Un fantasma —consiguió decir—. Tú no puedes ser un fantasma.

—No soy un fantasma —dijo Phil—. Soy una extensión de ti mismo. No me digas que no lo sabías.

—No —dijo Lambert—. No lo sabía. Tú eres mi hermano, Phil.

—Vayamos al salón —dijo Phil—. Sentémonos y hablaremos. Comportémonos como personas razonables. Tenía más bien miedo a venir, porque sabía que tenías esta especie de manía acerca de un hermano. Tú sabes tan bien como yo que jamás lo tuviste. Eres hijo único.

—Pero cuando estuviste aquí anteriormente...

—Ed, yo no he estado aquí anteriormente. Si te limitas a ser honrado contigo mismo sabrás que es así. No podía volver, compréndelo, porque es ese caso lo hubieras sabido todo. Y hasta este momento, incluso tal vez ni siquiera en este momento, ha habido necesidad de que supieras nada. Tal vez haya sido una equivocación el que volviera.

—Pero hablas —protestó Lambert— de una manera en la que pareces refutar lo que me estás diciendo. Hablas de ti mismo como si fueras una persona.

—Y lo soy, por supuesto —dijo Phil—, tú me convertiste en una persona. Tenías que hacer de mi una persona aparte o no podrías haber creído en mí. He estado en todos los lugares en los que tú sabes que he estado, he hecho todas las cosas que tú sabes que he hecho. Tal vez no de forma detallada, pero sí a grandes rasgos. No al principio, sino más adelante, en un espacio de tiempo relativamente corto, me convertí en una persona distinta. Era, en muchos aspectos, independiente de ti. Ahora entremos y sentémonos y pongámonos cómodos. Acabemos con esto. Déjame que te haga comprender, comprenderlo por ti mismo.

Lambert dio la vuelta, volvió tambaleante hasta el salón y se dejó caer torpemente en el sillón que había junto a la lámpara. Phil permaneció en pie y

Lambert, mirándole, vio que Phil era su segundo yo; un hombre semejante a él, casi idéntico a él: el mismo pelo blanco, las mismas cejas pobladas, las mismas arrugas en torno a los ojos, los mismos planos faciales.

Luchó en busca de su tranquilidad y su objetividad.

—¿Una taza de café, Phil? —preguntó—. La cafetera está aún sobre la estufa. Está caliente todavía.

Phil se echó a reír.

—No puedo beber —dijo—, ni comer. Ni hacer un montón de otras cosas. Ni siquiera necesito respirar. En ocasiones ha sido una auténtica prueba, aunque ha tenido sus ventajas. En las estrellas me han dado un nombre. Una leyenda. La mayor parte de la gente no cree en mí. Hay demasiadas leyendas por aquellos lugares. Alguna gente sí que me cree. Siempre hay gente dispuesta a creer en cualquier cosa.

—Phil —dijo Lambert—, aquel día en el pajar, cuando me dijiste que te ibas, yo me quedé en la puerta y te vi marchar.

—Por supuesto que sí —dijo Phil—. Me viste marcharme, pero por aquel entonces sabías qué era lo que estabas mirando. Fue más adelante cuando me convertiste en un hermano; un hermano gemelo, ¿no es así?

—Estuvo aquí un hombre de la Universidad —dijo Lambert—. Un profesor de psicología. Tenía curiosidad. Tenía en marcha un estudio sobre no sé qué. Había desenterrado los registros. Dijo que jamás había tenido un hermano. Yo le dije que estaba equivocado.

—Tú creías en lo que decías —dijo Phil—. Tú sabías que tenías un hermano. Era un mecanismo de defensa. No podrías haber vivido contigo mismo, si hubieras pensado de otra manera. No podías admitir lo que eres.

—Phil, dímelo. ¿Qué soy?

—Un salto adelante —respondió Phil—, un salto evolutivo hacia adelante. He tenido mucho tiempo para pensar en ello y estoy convencido de estar en lo cierto. No existía compulsión alguna por tu parte por esconderme y oscurecer los hechos, dado que yo era el resultado final. Yo no había hecho nada; fuiste tú el que lo hizo todo. Yo no me sentía culpable acerca de ello. Y supongo que tú sí. En caso contrario, ¿a qué viene toda esta cortina de humo acerca del querido hermano Phil?

—Un salto evolutivo hacia adelante, dices. ¿Algo así como un anfibio

trasformándose en un dinosaurio?

—Nada tan drástico —dijo Phil—. Sin duda habrás oído hablar de personas con más de una personalidad cambiando de la una a la otra sin previo aviso. Pero siempre dentro del mismo cuerpo. Leíste los textos acerca de los gemelos idénticos: una sola personalidad en dos cuerpos diferentes. Existen historias acerca de personas que podían viajar mentalmente a lugares lejanos, capaces de repetir con precisión lo que habían visto.

—Pero esto es diferente, Phil.

—Veo que sigues llamándome Phil.

—Por todos los demonios, tú eres Phil...

—Está bien, si insistes. Y me alegro de que insistas. Me gustaría seguir siendo Phil. Diferente, dices. Por supuesto que es diferente. Una progresión evolutiva natural que va más allá de esas otras habilidades que he mencionado. La habilidad de dividir tu personalidad y mandarla a recorrer el mundo por su cuenta, hacer otra persona que es una sombra de ti mismo. No sólo una mente, algo más que una mente. No totalmente otra persona, pero casi otra persona. Es una habilidad que te hizo diferente, que te destacó del resto de la raza humana. No podías hacer frente a eso. Nadie podría. No podías admitir ni siquiera ante ti mismo que eras algo extraño.

—Le has dado muchas vueltas a todo esto.

—Ya lo creo que sí. Alguien tenía que hacerlo. Tú no podías, por lo que estaba en mis manos.

—Pero yo no recuerdo nada de esa habilidad. Todavía puedo verte el día en que te ibas. Jamás me he sentido una persona extraña.

—Por supuesto que no. Te construiste una defensa tan segura y con tal rapidez que te engañaste incluso a ti mismo. La capacidad del hombre para el autoengaño está más allá de lo imaginable.

Algo estaba arañando la puerta de la cocina como pudiera hacerlo un perro pidiendo que le dejaran entrar.

—Ése es el Perseguidor —dijo Phil—. Ve a abrirle la puerta.

—Pero un Perseguidor...

—No pasa nada —dijo Phil—. Yo me encargaré de él. El bastardo lleva años siguiéndome.

—Si te parece que está bien...

—Sí, no pasa nada. Hay una cosa que desea, pero nosotros no podemos dársela.

Lambert atravesó la cocina y abrió la puerta. El Perseguidor entró. Sin mirar siquiera a Lambert pasó de largo hasta el salón y se detuvo bruscamente frente a Phil.

—Por fin —gritó el Perseguidor— he llegado a tu madriguera. Ahora no podrás eludirme. Las indignidades que has acumulado sobre mi persona... tener que aprender tu atroz lenguaje para poder conversar contigo, mantenerme siempre cerca de ti, sin conseguir alcanzarte nunca, la hilaridad de mis amigos, que consideraban mi obsesión contigo como una total locura. Pero siempre huías, asustado de mí cuando no había nada que temer. Hablar contigo, eso era todo lo que deseaba.

—No tenía miedo de ti —replicó Phil—. ¿Por qué habría de tenerlo? Jamás hubieras podido ponerme la mano encima.

—¡Te has aferrado al exterior de una nave, cuando el acceso estaba cerrado desde dentro, para alejarte de mí! Has viajado en el vacío y el frío del espacio por librarte de mí. Has sobrevivido al frío y al espacio... ¿qué clase de criatura eres?

—Sólo hice eso una vez —dijo Phil—, y no por escapar de ti. Quería ver qué impresión producía. Quería tocar el espacio interestelar, averiguar lo que era, pero jamás conseguí hacerlo. Y no tengo inconveniente en decirte que una vez que uno supera el asombro y el terror hay muy poca cosa en él. Antes de que la nave aterrizara, estaba a punto de morir de aburrimiento.

El Perseguidor era un bruto, pero algo en su persona hacía ver que era algo más que un simple bruto. De aspecto, era una especie de cruce entre un oso y un mono; pero tenía también algo de humano. Era una criatura peluda, y la ropa que llevaba puesta era más bien un arnés que ropa propiamente dicha, y su olor era tan pestilente que daban ganas de vomitar.

—Te perseguí durante años —aulló— para hacerte una simple pregunta. Dispuesto a pagarte si me dabas una respuesta adecuada. Pero tú siempre escapabas de entre mis manos. Como mínimo te disuelves y desapareces. ¿Por qué hiciste eso, por qué no esperarme, por qué no hablarme? Me obligas a intrigar, me fuerzas a prepararte emboscadas. De una manera que deploro, muy mezquina y cara, me enteré de la posición de tu planeta y de la

localización del lugar donde te albergas, de modo que pudiera venir a esperarte para atraparte en tu madriguera, pensando que incluso los que son como tú debían sin duda regresar a casa. Yo merodeo por los profundos bosques mientras espero y asusto a los habitantes de este lugar, sin desearlo, simplemente porque se tropiezan conmigo, y vigilo tu madriguera y te espero, viendo a este otro de ti y pensando que él eras tú, pero dándome cuenta tras la debida observación de que no era así. De modo que ahora...

—Alto ahí, un minuto —le interrumpió Phil—. No existe razón alguna para entrar en explicaciones.

—Pero tienes que explicarte, porque para aprehenderte me veo forzado a un truco muy retorcido por el que tengo gran vergüenza. No abierto ni correcto. No honesto. Aunque una cosa he deducido de mis observaciones. No eres más, estoy convencido, que una extensión de este otro.

—Y ahora —dijo Phil— quieres saber cómo fui hecho. ¿Es ésa la pregunta que quieres hacerme?

—Te agradezco tu aguda percepción —dijo el Perseguidor—, no forzarme a preguntar.

—Pero antes tengo que hacerte una pregunta a ti. Si pudiéramos explicarte cómo hacerlo, si pudiéramos explicártelo y tú pudieras utilizar esta información para tus propios fines, ¿cómo la utilizarías?

—No para mí —dijo el Perseguidor—. No para mí solo, sino para mi pueblo, para mi raza. Yo jamás te di el nombre de fantasma o aparecido. Sabía que había algo más que eso. Vi una habilidad que, utilizada correctamente...

—Por fin vamos acercándonos al meollo de la cuestión —dijo Phil—. Ahora hablemos de esa utilización.

—Mi raza —dijo el Perseguidor— se ocupa de muchas formas diferentes de arte, trabajando con herramientas primitivas y con mayor o menor habilidad, con materiales toscos que a menudo son reacios a tomar forma. Pero yo me digo a mí mismo que si cada uno de nosotros pudiera proyectar y utilizar a nuestros segundos yos como un medio para el arte, podríamos tomar el aspecto que deseáramos, creando formas artísticas altamente plásticas, que podrían ser trabajadas una u otra vez hasta llegar a la perfección. Y una vez perfeccionadas serían inmunes al tiempo y al pillaje...

—Sin pensar ni remotamente —dijo Phil— en su uso en otros terrenos. El robo, la guerra...

El Perseguidor dijo, con tono ofendido:

—Haces indignas afirmaciones acerca de mi noble raza.

—Lo lamento si es así —dijo Phil—, tal vez fuera poco delicado por mi parte. Y ahora, en cuanto a tu pregunta, simplemente no podemos contestarte. O al menos no creo que podamos. ¿Qué dices tú, Ed?

Lambert agitó la cabeza.

—Si lo que decís los dos es cierto, si Phil es realmente una extensión de mí mismo, entonces me veo en la necesidad de decirte que no tengo ni la más remota idea de cómo puede hacerse. Si es que yo lo hice, simplemente lo hice, eso fue todo. No hay ninguna manera en especial de hacerlo, ningún ritual que realizar. Ninguna técnica de la que yo sea consciente.

—Eso es ridículo —aulló el Perseguidor—, no me digas que no puedes darme indicación o pista alguna.

—Está bien —dijo Phil—, yo te diré cómo hacerlo. Cójase una especie y dénese dos millones de años para evolucionar, y posiblemente puedan llegar a ello. Posiblemente, digo. No se puede tener la seguridad. Tendría que ser la especie adecuada, y tendría que experimentar el tipo adecuado de presión social y psicológica, y necesitaría tener el tipo adecuado de cerebro para responder ante ese tipo de presiones. Y si todo esto se diera, entonces, un día, un miembro de esa especie podría ser capaz de hacer lo que ha hecho Ed. Pero el que uno de ellos sea capaz de hacerlo no significa que otros lo sean. Puede no ser más que un talento excepcional, y puede no volver a darse más. Por lo que nosotros sabemos, jamás había ocurrido antes. Si ha ocurrido ha sido ocultado, al igual que Ed ha escondido su habilidad incluso de sí mismo, obligado a ocultársela por culpa del condicionamiento humano que haría inaceptable tal habilidad.

—Pero todos estos años —dijo el Perseguidor—, todos estos años te ha mantenido como eres. Eso parece...

—No —replicó Phil—, nada de eso en absoluto. No ha habido por su parte esfuerzo consciente alguno. Una vez me hubo creado, yo fui autosuficiente.

—Percibo que me dices la verdad —dijo el Perseguidor, tristemente—.

Que no te guardas nada.

—¿Percibes? ¡Qué demonios! —dijo Phil—. Has leído nuestras mentes, eso es lo que has hecho. ¿Por qué, en lugar de perseguirme por toda la galaxia, no te limitaste a leer mi pensamiento hace ya muchos años, y hubieras acabado antes?

—No te estabas quieto —dijo el Perseguidor en tono de acusación—. Te negabas a hablar conmigo. Jamás sacaste esta cuestión a la superficie de tu mente para que tuviera ocasión de leerla.

—Lamento —dijo Phil—, que esto haya acabado así para ti. Pero hasta este momento, tienes que comprender que no podía hablar contigo. Tú haces que el juego resulte demasiado divertido. Había demasiado celo en él.

El Perseguidor dijo envaradamente:

—Me ves y piensas que soy un bruto. Lo soy a tus ojos. No ves a un hombre de honor, no a una criatura ética. No sabes nada de nosotros y no te podemos importar menos. Eres arrogante. Pero, por favor, créeme, en todo lo que ha pasado he actuado con honor de acuerdo con mis principios.

—Debes de estar cansado y hambriento —dijo Lambert—. ¿Puedes comer nuestra comida? Podría cocinar algo de jamón y unos huevos, y el café está aún caliente. Hay una cama para ti. Sería para mí un honor tenerte como nuestro invitado.

—Te agradezco tu confianza, tu aceptación de mi persona —dijo el Perseguidor—. Alegra... como decís vosotros... mi corazón. Pero mi misión ha terminado y debo marcharme. He desperdiciado demasiado tiempo. Tal vez, si pudierais ofrecerme algún transporte hasta el espaciopuerto...

—Eso es algo que no puedo hacer —dijo Lambert—. Verás, no tengo automóvil. Cuando necesito ir a alguna parte, consigo que me lleve algún vecino; en caso contrario, camino.

—Si tú puedes caminar, también puedo hacerlo yo —dijo el Perseguidor—. El espaciopuerto no está lejos. En uno o dos días encontraré alguna nave que vaya a salir.

—Me gustaría que pasaras aquí la noche —dijo Lambert—. Caminar en la oscuridad...

—La oscuridad es lo que más me conviene —dijo el Perseguidor—. Menos probable ser visto. Me da la impresión de que poca gente procedente

de otras estrellas recorre esta campiña. No tengo ningún deseo de asustar a vuestros vecinos.

Se dio la vuelta bruscamente y entró en la cocina dirigiéndose a la puerta sin esperar a que Lambert se la abriera.

—Adiós, compañero —gritó Phil a sus espaldas.

El Perseguidor no contestó. Salió dando un portazo.

Cuando Lambert volvió al salón, Phil estaba en pie frente a la chimenea con los codos apoyados en la repisa.

—Sabes, por supuesto —dijo—, que tenemos un problema.

—No veo cuál —dijo Lambert—. Te quedarás aquí, ¿no? No volverás a irte. Ambos empezamos a hacernos viejos.

—Si eso es lo que deseas. Podría desaparecer, extinguirme a mí mismo, como si nunca hubiera existido. Tal vez eso fuera lo mejor, lo más cómodo para ti. Podría ser molesto tenerme por los alrededores. No como ni duermo. Puedo lograr una solidez satisfactoria, pero sólo haciendo un esfuerzo y sólo momentáneamente. Tengo a mi disposición suficiente energía para hacer ciertas labores, pero no para largo plazo.

—He tenido un hermano durante mucho, mucho tiempo —dijo Lambert—. Así es como quiero seguir. Después de todo este tiempo no me gustaría perderte.

Echó un vistazo al bargueño y vio que los recuerdos que Phil había traído de sus otros viajes estaban aún sólidamente en su sitio.

Echando la vista atrás, podía ver como si hubiera ocurrido ayer, desde la puerta del pajar, a Phil caminando con paso pesado carretera abajo, a través del velo gris de la llovizna.

—¿Por qué no te sientas y me cuentas —dijo— aquel incidente que tuviste en el sistema Coonskin? Ya me enteré en su momento, por supuesto, pero jamás llegué a comprenderlo del todo.

LA PAREJA DEL CAPITÁN

Evelyn E. Smith

Evelyn E. Smith se caracteriza por haber introducido en la ciencia ficción un humor irresistible, corrosivo y desmitificador, y sus alienígenas tienen fama de ser los más sorprendentes del género, como podrá comprobar el lector en esta temprana y desternillante sátira de los roles sexuales convencionales.

—En algunas ocasiones, capitán —dijo Deacon furiosamente—, me pregunto si es usted humano.

—¿Y quién le ha dicho que lo fuera? —repliqué, esforzándome en adoptar un tono divertido, aunque no lo estuviera en absoluto—. ¿Acaso tengo ese aspecto?

Los otros se rieron ante mi observación, y Deacon enrojeció.

—Sabe muy bien lo que quiero decir —murmuró, irritado—. ¡No tiene usted corazón!

¿Corazón? ¡Por supuesto que lo tenía! ¿Qué sabían aquellos insignificantes bípedos al respecto?

—Mis sentimientos no le conciernen —le dije bruscamente—, así como los suyos no me conciernen a mí. Se les ha pagado para realizar un trabajo, lo único que exige es que lo hagan. Mientras tanto, quiten sus sucios tentáculos de mi equipaje.

Arrastré el cofre fuera de su alcance. Era mi bien máspreciado, y hubiera preferido que me cortarían en pedazos antes que soportar ver a aquellos monstruos tocándolo.

—Son manos, ¿sabe? —exclamó—. Manos, no tentáculos. Y le quedaría muy agradecido si lo recordara.

—Lo intentaré —dije—, si ustedes intentan recordar que no quiero a nadie conmigo en la sala de control durante el viaje; es la regla shrlangi con respecto a los viajes espaciales.

—Nunca oí hablar de esa regla —observó Spanier, el primero y más viejo de mis tres oficiales—. Y hace años que me arrastro por el espacio.

Ciertamente, yo no era aún joven; las alas no me habían crecido más que dos días antes de la partida, pero no era una razón para que me lo recordaran.

La edad y la experiencia no lo son todo. Sin embargo, comenzaba a darme cuenta de que eran algo que tenía un cierto valor práctico.

—Bien, pues ahora oye usted hablar de ella —dije furiosamente—. Nunca antes han viajado en una nave shrlangi, ¿verdad?

—No —respondió, con una voz muy suave—. Ninguno de nosotros. Una extraña coincidencia, ¿no es cierto?

—Sí —añadió el pequeño Muscat—. Y no hay ningún otro shrlangi a bordo, ni siquiera entre los pasajeros. Sólo hombres, excepto el capitán. Y la mayor parte de las máquinas no han sido construidas para las manos humanas —continuó, con un tono lleno de suspicacia.

Adopté un aire condescendiente.

—Seguramente sabrá usted que, de todas las especies inteligentes o semiinteligentes, sólo los humanos pueden respirar la misma atmósfera que los shrlangi, y yo no tenía la menor intención de pasar más de un mes con la cabeza metida en un casco.

—Eso no explica por qué no ha tomado usted a gente shrlangi como miembros de la tripulación —hizo notar Deacon. Realmente estaba comenzando a crisparme los nervios—. En general —continuó—, las tripulaciones son mixtas. ¿Acaso..., acaso teme usted algo de los de su propia especie? ¿Y por qué no quiere bajar a la sala de máquinas? Sabe bien que es su deber de capitán.

Le miré fijamente a los ojos. Sin embargo, estaba temblando dentro de mi caparazón quitinoso.

—¿Está intentando decirme cuál es mi deber, Deacon? ¡Esto tiene todo el aspecto de una insubordinación! Déjeme recordarle que los grilletes que hay en la bodega también han sido diseñados para tentáculos, y es probable que los miembros humanos no se sintieran muy a gusto con ellos.

Mordió la protuberancia carnosa de la parte inferior de su rostro.

—No se ofenda, señor —dijo Spanier—. Después de todo, no puede usted negar que lo que pasa aquí puede parecer un tanto..., un tanto... ambiguo. Resulta más bien extraño que un capitán no abandone nunca la sala de control, ni siquiera en casos de apuro.

Golpeé el panel de control con un fuerte tentaculazo.

—Cuando se dirija a mí, señor Spanier —le dije con voz retumbante—, le

ruego que me llame *señora* y no *señor*.

—Sí, señora —dijo con voz baja—. Siempre olvido que me estoy dirigiendo a... una *dama*.

No podía reprochárselo, ya que, sin la menor duda, yo era para ellos un monstruo tan horrible como ellos para mí. La idea de la feminidad aplicada a mi especie era sin duda tan grotesca para ellos como para mí el hecho de que aquellas burdas criaturas pudieran ser machos. Además, había escogido con mucho cuidado a mi tripulación y mis pasajeros entre aquellos que hasta entonces habían tenido poco contacto, o ninguno, con los shrlangi. Nunca había pensado que unas formas de vida extranjeras pudieran tener la suficiente inteligencia como para notar que había algo extraño en mi comportamiento, y empezaba a sentir una punzada de miedo, ya que me estaba dando cuenta de que todo aquello había sido demasiado temerario.

Para disimular mi temor no había nada mejor que la cólera. Me puse a gritar, respirando ruidosamente a través de mis espirales.

—¡Salgan todos inmediatamente de la sala de control!

Obedecieron, pero olvidaron cerrar completamente la puerta. Oí a Deacon murmurar:

—Sucio bicho... En toda esta historia hay algo que no está claro. Juraría que esa fuga en el depósito auxiliar no ha sido un accidente; hay alguien aquí que intenta retrasarnos. Y el capitán hace todo lo posible para boicotearnos desde la salida del *Space Queen*. Daría con gusto una semana de salario por saber qué juego se trae entre manos.

—Cierto —asintió Muscat—. Y hay otra cosa que tampoco es normal: ¿qué le ha ocurrido a su marido? Su nombre está en la lista de pasajeros, pero nunca ha subido a bordo. En mi opinión, ella no tiene la menor intención de llegar a Methfessel III. Tiene miedo de que las autoridades le estén esperando allí.

—¿Pero de qué puede servirle esto? —preguntó Spanier—. Tarde o temprano tendremos que aterrizar en algún planeta, y la intergaláctica estará allí esperándola. Démosle otra oportunidad, puede que la hayamos juzgado mal.

—Bien, bien —dijo Muscat—, no queda ya ninguna duda, la hemos juzgado mal: es la..., la criatura más maravillosa del universo, hace honor a

su especie. Entonces, ¿por qué no se toma siquiera la molestia de ir a dar una vuelta por la sala de máquinas para ver lo que no marcha?

—Después de todo —añadió el primer oficial—, se trata de una nave shrlangi, y hay un montón de cosas en ella que no nos son familiares. Por otra parte, tampoco comprendemos la mentalidad alienígena que la ha construido. Quizá existan buenas razones para explicar todo lo que está pasando aquí.

—En mi opinión —dijo bruscamente Deacon—, no sabe más que nosotros respecto al mantenimiento de la *Space Queen*. Nos hemos desviado ya dos puntos.

En aquel momento me levanté y fui a cerrar bruscamente la puerta. Después extraje de mi caparazón un ejemplar de la edición shrlangi del manual del espacio, y comparé los esquemas con las sorprendentes líneas coloreadas y los cuadrantes. Parecían estar por todos lados. Deacon tenía razón, la nave se había desviado dos puntos. Lo corregí. Al menos, eso era lo que esperaba. Sin embargo, la desviación podía muy bien haber pasado a ser de cuatro puntos en lugar de dos. Conecté el piloto automático, me levanté, y tiré de las cortinas de seda clorofila que oscurecían la lucerna de observación. Sólo una transparente burbuja de plástico me separaba de la negra inmensidad del espacio interestelar, a través de la cual yo, solo yo, guiaba el destino de cincuenta y dos criaturas dotadas de razón, yo que jamás había visto una nave espacial en el curso de mi corta y bien protegida vida. Todo estaba increíblemente vacío y silencioso, excepto el continuo zumbido de las máquinas en el subsuelo, que alteraba mis nervios. Me pregunté una vez más —lo había hecho ya tantas veces en el transcurso de aquellas dos últimas semanas de pesadilla— si no habría sido un poco imprudente el emprender aquella aventura, y si no habría tenido una confianza excesiva en mi persona sobre que sería capaz de llevarla a buen término. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho para evitar el ridículo, para mí y para aquello que ocupaba todo mi corazón? La respuesta era: *nada*.

Cerré las cortinas y volví a sentarme ante el panel de control. Acaricié los complicados bajorrelieves del cofre metálico que se hallaba a mi lado, el cofre destinado a contener mi ajuar, ya que aquél debía haber sido mi viaje de bodas, el viaje que había esperado tanto y para el cual había estado haciendo proyectos durante todos mis años de adolescencia. Si JrisXcha hubiera

podido estar a mi lado para decirme lo que tenía que hacer... Pero era imposible: ocurriera lo que ocurriese ahora, debía afrontarlo sin ayuda. Sentí un vacío en el estómago más doloroso que la pena, más inmenso que la visión del infinito; finalmente comprendí de qué se trataba: era hambre. El pensamiento de la comida me daba náuseas, pero debía comer si quería sobrevivir, y había cincuenta y dos criaturas que dependían de mí. Y, cuando puse mis tentáculos en la *Space Queen*, sabía ya que debería pasar allí todo un mes, prácticamente sin salir de la sala de control; abrí, pues, mi armario de provisiones, cuidadosamente repleto para tal efecto, y tomé un pastel de cpalKn concentrado y una lata de vriClu, pero cuando intenté beber el licor sentí náuseas; y aquello me hizo recordar que si JrisXcha no hubiera tenido una fatal predilección por esa bebida nada de esto hubiera ocurrido. Así que en su lugar tomé agua, y el cambio me hizo bien.

Intenté absorberme en la música y me puse a tocar mi bna1ooo; canté una muy hermosa canción sobre la inmensidad del espacio, pero mi corazón estaba lejos de allí... ¿Qué interés puede tener el cantar si no hay nadie para escuchar? Finalmente dejé el instrumento y permanecí inmóvil, sintiendo los tormentos de la duda y la soledad. ¿Sería capaz de continuar ese viaje hasta que llegara el momento? ¿O iba a faltarnos el combustible y derivaríamos en el espacio hasta la muerte del último de nosotros? ¿Tenía derecho a arriesgar las vidas de tantas criaturas, aunque fueran sólo humanos, con el fin de salvar el prestigio y la reputación? Como para responder a mi pregunta, hubo de pronto una enorme explosión que sacudió toda la nave, me arrancó de mi silla y me hizo atravesar de golpe la cabina. La nave tembló violentamente, como si un gigantesco tentáculo hubiera surgido del espacio para sacudirla. Durante algunos minutos danzó y giró como peonza, mientras yo me agarraba desesperadamente a un montante. Hubo otra sacudida, tan violenta como la primera, y luego toda la nave empezó a retemblar, mientras el ruido de las máquinas se transformaba en un rugido, acompañado de chirridos y de terribles chasquidos. Lejos, muy lejos, oí los agudos gritos de los pasajeros. Parecía que algo no iba bien.

Mientras recogía las cartas de astronavegación, que se habían caído al suelo, la puerta se abrió violentamente y los tres oficiales entraron en tromba. La palidez de sus rostros y la fijeza de sus ojos me llevaron a la conclusión de

que su estado de ánimo no era de los más serenos.

—Señora —dijo Spanier, sin preámbulos—, acabamos de caer del hiperespacio.

—Dios mío —exclamé—. ¡Espero que no hayamos caído sobre nada frágil!

—No hemos caído sobre nada, señora. Hemos caído al espacio normal.

—Por supuesto —tenía que haber consultado mi manual—. Y eso es fastidioso, ¿no? ¿Acaso no podemos continuar navegando en este espacio normal?

Hubo un largo suspiro que pasó a través de la abertura de su rostro.

—Podemos, por supuesto. Pero eso nos retrasaría endiabladamente.

Exhalé un prolongado suspiro a través de mis espirales. Eso era exactamente lo que yo había estado deseando. Y había ocurrido por sí solo.

—Bueno, no tenemos prisa —observé—. La nave no es perecedera.

—No, pero nosotros sí. Viajando por el hiperespacio, llegaríamos a Methfessel III en doce días a partir de ahora, día más día menos. El mismo viaje por el espacio normal nos llevará doscientos ochenta y tres años, decenio más, decenio menos.

—¡Oh! —murmuré—. Es un poco largo, efectivamente. —Estaba a punto de perder mi autoridad. Carraspeé—. Pero ¿cómo ha ocurrido que hayamos caído de este modo del hiperespacio? Si alguien ha sido lo bastante negligente como para dejarnos caer de este modo, merece que lo asen a fuego lento.

—Ha sido culpa de usted —estalló Muscat—. Llevamos todo el día intentando hacerle comprender que uno de los motores no funciona bien, pero usted no ha querido oír nada. Finalmente la máquina ha estallado, y ha sido esa explosión la que nos ha hecho caer al espacio normal.

—Pero nos quedan aún tres motores —protesté—, y seguramente eso será bastante.

—La nave fue construida para funcionar con cuatro, señora —dijo Spanier—, y hay que emplear mucha energía para acceder de nuevo al hiperespacio con sólo tres motores, sobre todo teniendo en cuenta que hemos perdido mucho carburante de reserva antes de que yo pudiera cortar la fuga.

—¡Ah, sí...! —dije, esforzándome en adoptar un aire inteligente. Quizá

después de todo no había sido una idea tan genial como había creído la de deslizarme la noche anterior hasta la bodega, mientras todo el mundo estaba en el baile, para practicar un orificio en el lado de aquella máquina; pero de momento no había podido encontrar nada mejor.

Deacon emitió una especie de gruñido.

—¿Veis lo que os había dicho antes? No sabe una palabra sobre el modo de capitanear una nave. Seguramente es un criminal huido que intenta desesperadamente su última oportunidad.

—Eso ya no tiene ahora la menor importancia —dijo el más viejo—. Lo que nos interesa de momento es llegar a alguna parte. —Se volvió hacia mí—. Señora, nuestra única posibilidad es aligerar la masa de la nave echando por la borda todas las cosas que no sean indispensables, tanto de los pasajeros como de la tripulación. Si conseguimos aligerar lo suficiente la *Queen*, podemos devolverla al hiperespacio con los tres motores que le quedan. Es la única esperanza que tenemos de poder aterrizar en alguna parte. Nadie puede intentar reparar el cuarto motor porque el revestimiento de la pila se ha resquebrajado, y las radiaciones se escapan insidiosamente.

Hice como si me sumiera en profundas reflexiones.

—Bueno —dije finalmente—. Si hay que hacerlo, lo haremos.

—Gracias por su permiso, capitán —dijo Spanier con tono tranquilo—. Aunque debo confesar que no hubiera esperado a obtenerlo si usted nos lo hubiera rehusado. Muy bien. Adelante, muchachos. Tomad el cofre y lleváoslo.

—¡Un momento, un momento! —grité, atravesando la estancia de un solo golpe de élitros y sujetando frenéticamente el cofre con mis seis tentáculos—. ¡No se atrevan a tocar eso, especie de..., especie de hombres!

Spanier me miró con una larga y tranquila mirada.

—Lo siento, señora —dijo—, pero en caso de peligro no existen los favoritismos. Si es necesario, emplearemos la fuerza. El cofre del capitán debe ser arrojado como el equipaje de los demás.

—Éste es el momento de ver por fin un poco de justicia en esta nave —dijo Deacon con aire sombrío.

—Pero ustedes no comprenden —grité—. No es simplemente un cofre, es..., ha sido..., es..., es vital para el gobierno de la nave.

Muscat me empujó groseramente y colocó un tentáculo sobre el cofre.

—Gran Dios —dijo retrocediendo, aplastando la extremidad pedestre de Deacon—. Hay algo que se mueve ahí dentro. Hay algo vivo en su interior.

—¡Oh, no! —gimió el grueso hombre—. Siniestro, ¿no es cierto? Vamos a abrirlo y mirar antes de echarlo.

Esta vez el peligro era inminente. Me giré y piqué a los tres hombres uno tras otro. Vacilaron y lanzaron un gemido. Aprovechando la imposibilidad de moverse en que se encontraban momentáneamente, los empujé fuera de la sala de control y cerré la puerta con llave. Necesitarían unos minutos para recuperar sus sentidos y, de aquí a entonces, esperaba que mis problemas se habrían resuelto por completo, o al menos ya no pesarían sobre mis hombros. Si Muscat tuviera razón... Abrí apresuradamente el cofre. Si Muscat se había equivocado, todo estaba perdido.

Al levantar la tapa tuve la desesperante impresión de que Muscat simplemente se había equivocado. La crisálida del interior seguía del mismo color marrón e inmóvil, exactamente como el día en que la había depositado tiernamente en el cofre: si no se abría ahora, ya no tendría la posibilidad de hacerlo nunca.

—¡JrisXcha! —grité, retorciendo locamente todos mis tentáculos, al menos aquellos que no me servían para mantenerme de pie—. ¡JrisXcha! ¿Me oyes?

Hubo un débil movimiento, un débil ruido. Retuve la respiración. Una fisura apareció en el capullo. Lentamente se agrandó, se agrandó. Estuve a punto de desvanecerme de alivio. La crisálida se hendió y JrisXcha, mi esposa, surgió a la sala de control, en un estallido de iridiscente gloria. Finalmente le habían nacido sus alas.

—¿Qué ha ocurrido, FkorKo? —preguntó, recorriendo la estancia con una estupefacta mirada—. Lo último que recuerdo es haber bebido un último vaso de vriClu en nuestra boda, y después... ¡puf!

—Te encuentras en la sala de control de la *Space Queen* —dije, y durante algunos instantes olvidé el respeto que había prometido mostrarle en cualquier ocasión a partir de nuestra ceremonia nupcial—. Imbécil, sabías bien que no tendrías que haber tomado ni una gota de alcohol, bajo cualquier forma que fuera, en la semana que precede a la ninfosis. Tu capullo se formó

con diecinueve días de retraso.

—Pero entonces no podría haber sido un insecto perfecto para el día de nuestra partida —dijo ella, demasiado sorprendida para darse cuenta de mi impertinencia—. La *Space Queen* hubiera sido comandada por otro capitán, ¡y al mismo tiempo yo hubiera perdido mi reputación! ¿Cómo, pues, he llegado aquí, y qué haces tú dentro de mi caparazón, FkorKo? —se echó a reír—. Debo confesar que estás sumamente ridículo ahí dentro.

—Yo tuve mis alas a tiempo —le reproché—, porque siempre fui una pequeña larva muy sana. Así pues, tomé tu lugar; pude partir fingiendo que eras tú, porque toda la tripulación es humana; ¿comprendes? No saben reconocer a un shrlangi macho de un shrlangi hembra, y así pude engañarles. —La enormidad de lo que había hecho se me hizo evidente de pronto, y mi voz se quebró—. Pero..., pero... pese a todo —sollocé—, temo..., temo que no lleguemos nunca a Methfessel III. He hecho todo..., todo lo que he podido para retardar la nave, pero temo que la he retardado para siempre.

Ahora que ya no tenía que representar el papel de la feminidad, podía abandonarme y sollozar y gemir a voluntad.

JrisXcha vino hacia mí y puso tres tentáculos alrededor de mi caparazón, o mejor dicho de su caparazón quitinoso.

—Mi pequeño —dijo, con voz ronca por la emoción—. No sé lo que debo haber hecho para merecer un marido como tú. La larva que yo era ha tenido mucha suerte, es todo lo que puedo decir —juntó sus antenas con las mías—. No te inquietes, mi pequeño capullito querido, voy a poner esta nave en condiciones. No por nada obtuve el diploma de la Academia Espacial Hexápoda... ¿Qué es ese tumulto en la puerta?

—Son los oficiales —contesté, sollozando—. Seguramente vienen para arrojarme, para arrojarnos al espacio...

Me acarició rápidamente con sus antenas.

—No te preocupes, querido, voy a ocuparme de todo. Dame el uniforme, aprisa —me deslicé fuera de mi caparazón y ella se lo colocó rápidamente, mientras yo me envolvía en un sari de seda de su capullo. El marrón no era realmente mi color preferido, pero no podía permitirme el lujo de ser exigente.

JrisXcha soltó los cierres y abrió la puerta tan repentinamente que Deacon

y Muscat cayeron cuan largos eran, mientras Spanier conseguía apenas mantener su equilibrio.

—¿Qué es todo ese alboroto, señores? —dijo mi mujer sin azararse—. Hubiera bastado con llamar una vez. No soy tan inaccesible.

La piel de Deacon adquirió rápidamente un tono encendido.

—¡Ahora va a saber...! —comenzó, apuntando su desintegrador hacia JrisXcha, al tiempo que se levantaba. Yo me precipité, dispuesto a arrojarme entre ellos y recibir la descarga en mi tórax.

—Un momento —dijo Spanier, empujando al gordo hombre—. Ahora hay dos.

Estupefactos, miraron primero a JrisXcha, luego a mí, luego al cofre abierto y vacío.

—Así que por eso no quería que arrojáramos el cofre —dijo lentamente Muscat—. El otro estaba dentro durante todo el viaje. Perdone, señora, no hubiera sido tan..., tan grosero con usted, si hubiera sabido que..., que..., que iba usted a ser madre.

—No es exactamente eso —dijo JrisXcha—, aunque espero serlo muy pronto.

Tenía unos buenos reflejos.

—Señores —continuó—, permítanme presentarles a mi marido FkorKo —me atrajo hacia ella con dos tentáculos, y yo bajé modestamente la mirada, como debe hacer todo buen marido que conozca las costumbres—. Lamento mucho haberme visto obligada a actuar tan misteriosamente —prosiguió—, pero todo esto era muy complicado y, compréndanlo, contra las reglas del espacio. Un oficial shrlangi no tiene derecho a llevar consigo ningún miembro de su familia mientras éste se halle, perdonen la expresión, en estado de crisálida: los esposos deben, en principio, desarrollar sus alas al mismo tiempo, pero FkorKo cayó bruscamente enfermo —evitó mi mirada— y sus alas no nacieron en el momento en que deberían haberlo hecho.

—Oh —murmuró Deacon—. Entonces, ¿se hallaba dentro de un capullo?

—¿Pero por qué no esperar a que le nacieran las alas para emprender el viaje? —preguntó Muscat.

—Se supone que nada debe detener a un oficial en el cumplimiento de su deber. Si hubiera esperado a que él se convirtiera en un insecto perfecto,

hubiera perdido mi nave y nunca hubiera podido conseguir otra. Hubiera sido desposeída y ambos nos hubiéramos encontrado fuera de la ley. Espero que pueda confiar en ustedes y que no cuenten nada de esto.

—Me ocuparé personalmente de que los hombres no hablen de nada de eso, señora —dijo Spanier—. Si es que vivimos lo suficiente como para eso. La nave está en bastante mal estado.

—Estoy segura de que podré arreglarlo todo en menos tiempo del necesario para contarlo, ahora que puedo dedicar a ello todas mis facultades. Ya saben, estaba tan inquieta por mi marido que no podía pensar en ninguna otra cosa.

—Por supuesto —murmuró Deacon.

—Oh, sí, sí, comprendemos —dijo Muscat, como en eco—. ¡Si lo hubiéramos sabido!

Empezaban a gustarme, aunque solo fueran hombres. Tenían sentimientos.

—Y ni siquiera le guardaremos rencor por habernos picado —añadió Deacon con tono magnánimo.

—¿Eso hice? ¡Oh! ¡Estaba tan trastornada! Ni siquiera sabía lo que hacía.

JrisXcha me atrajo hacia ella y acarició suavemente mis antenas con las suyas, aunque nunca fuera tan demostrativa en público.

—Tengo un maravilloso maridito —dijo.

—¿Pero por qué no nos lo contó todo? —preguntó Spanier—. Fueran cuales fuesen nuestros sentimientos hacia usted, nunca hubiéramos arrojado el capullo de su marido al espacio.

JrisXcha disimuló una sonrisa con un tentáculo anterior.

—Bueno, me era tan difícil hablar de todo esto —dijo—. Ya saben, cada forma de vida tiene sus tabúes.

Los otros dos tuvieron una mirada de reproche para Spanier. Éste enrojeció violentamente.

—Lo siento, señora —dijo—. No comprendí que...

—Muy bien —dijo ella cordialmente—, lo entiendo perfectamente.

Contuve a duras penas una nerviosa risita.

—Ahora —prosiguió ella— voy a bajar inmediatamente a la sala de máquinas con sus hombres, y repararemos todo eso en un minuto. Nosotros,

los shrlangi, no nos vemos afectados por las radiaciones. Y tú, capullito querido, espérame aquí, y recuerda no poner tus hermosos tentaculitos en los botones del panel de control.

—No, amor mío —murmuré—. En mi vida volveré a tocar una máquina.

Mi mujercita, con aire decidido, salió de la sala de control, seguida por tres humanos completamente aletados. Había sabido dominar perfectamente la situación.

Spanier fue el último en salir. Antes de abandonar la estancia, se giró hacia mí y me miró.

—Me siento muy orgulloso de conocerlo, señor —dijo—. Muy orgulloso —tendió uno de sus tentáculos, mejor dicho una mano, apretó uno de mis tentáculos y lo sacudió vigorosamente.

Comprendí que su intención no podía ser más amistosa.

—¿Sabe, señor? —dijo—, cuando uno no conoce una especie, a veces es muy difícil distinguir el sexo al que pertenece el individuo; es incluso difícil distinguir a un individuo de otro. Supongo que ustedes tendrán también las mismas dificultades. Pero cuando uno ha trabajado cerca de alguien, llega a conocerlo, sea humano o alienígena. Y se siente en cierto modo identificado con él. —Carraspeó, y comprendí que se sentía azarado, porque, ahora, él tampoco era ya un alienígena para mí—. Lo que intento decirle —dijo como conclusión, con una voz ronca— es esto: bicho o no bicho, es usted un muchacho excelente..., capitán.

PRISMÁTICA

Samuel R. Delany

En Prismática se dan todos los elementos del clásico cuento de hadas: un príncipe de vistoso atavío, una bella mujer encantada, un poderoso mago... incluso empieza diciendo: «Érase una vez...».

Pero la firma de Delany, el galardonado escritor negro, es suficiente garantía de que no será un cuento como los demás.

Homenaje a James Thurber

I

Érase una vez un hombre pobre llamado Amos. Carecía de todo excepto de un pelo rojo vivo, unos ágiles dedos, pies rápidos y pensamiento aún más rápido. Un gris atardecer en el que la lluvia susurraba en las nubes a punto de caer, apareció por la calle empedrada dirigiéndose hacia la Taberna del Marinero para jugar a las pajas con Billy Belay, el marinero que tenía una pata de palo y la boca siempre llena de historias, que rumiaba y escupía a su alrededor durante toda la noche. Billy Belay hablaba y bebía y se reía, y a veces cantaba. Amos se sentaba apaciblemente y escuchaba, y ganaba siempre a las pajas.

Pero aquella tarde al entrar Amos en la taberna, Billy estaba en silencio, al igual que todos los demás. Hasta Hidalgo, la mujer que era la propietaria de la taberna y que no se tomaba en serio el parloteo de hombre alguno, estaba acodada en el mostrador y escuchando con la boca abierta.

La única persona que hablaba era un hombre alto, delgado y gris. Vestía una capa gris, guantes grises, botas grises, y tenía el cabello gris. Su voz tenía para Amos el sonido del viento sobre el pelo de un ratón, o de arena frotada

contra terciopelo viejo. Lo único en él que no era gris era un gran baúl negro que tenía a su lado, y que llegaba a la altura de los hombros. Vanos, rudos y mugrientos marineros con machetes estaban sentados a su mesa, tan sucios que no eran de ningún color.

—... De modo que —continuó la suave voz gris— necesito de alguien lo suficientemente inteligente y valeroso como para ayudar a mi amigo más querido y más cercano a mí. Será compensado con creces.

—¿Quién es su amigo? —preguntó Amos. Aunque no había oído el comienzo de la historia, la taberna le parecía con mucho demasiado silenciosa para un sábado por la noche.

El hombre gris se volvió y alzó sus grises cejas.

—He ahí a mi amigo, mi más cercano y querido amigo. —Señaló hacia el baúl. De éste salió un tenue y espeso sonido: *Ulmphf*.

Todas las bocas que había abiertas en la taberna se cerraron.

—¿Qué clase de ayuda necesita su amigo? —preguntó Amos—. ¿Un doctor?

Los ojos grises se dilataron, y todas las bocas volvieron a abrirse de nuevo.

—Está usted hablando de mi más cercano y querido amigo —dijo la gris voz suavemente.

Desde el otro extremo de la habitación, Billy Belay intentó hacer señas a Amos para que se callara, pero el hombre gris se volvió en redondo y el dedo que Billy se había llevado a los labios se introdujo a toda prisa en su boca como si estuviera hurgándole los dientes.

—La amistad es algo poco frecuente en estos días que corren —dijo Amos—. ¿Qué clase de ayuda necesitan usted y su amigo?

—La cuestión es: ¿estaría usted dispuesto a ofrecerla? —dijo el hombre gris.

—Y la respuesta es: si me compensa —contestó Amos, que en verdad pensaba muy de prisa.

—¿Le compensarían todas las perlas que le cupiesen en los bolsillos, todo el oro que pudiera llevar en una mano, todos los diamantes que fuera capaz de coger con la otra, y todas las esmeraldas que pudiera sacar de un pozo con una olla de latón?

—Eso no es gran cosa comparado con una amistad verdadera —dijo Amos.

—Si viese a un hombre atravesando el momento más feliz de su vida, ¿le compensaría entonces?

—Tal vez —admitió Amos.

—Entonces, ¿nos ayudará a mi amigo y a mí?

—A cambio de todas las perlas que me quepan en los bolsillos, todo el oro que pueda llevar en una mano, todos los diamantes que sea capaz de coger con la otra, todas las esmeraldas que pueda sacar de un pozo con una cazuela de latón, y la oportunidad de ver a un hombre vivir el momento más feliz de su vida... ¡les ayudaré!

Billy Belay dejó caer la cabeza sobre la mesa y se echó a llorar. Hidalga hundió la cara entre sus manos, y todos los demás que estaban en la taberna apartaron la vista y empezaron a tener un aspecto un tanto gris también.

—Entonces venga conmigo —dijo el hombre gris, y los rudos marineros armados de machetes se pusieron en pie a su alrededor y alzaron el baúl depositándolo sobre sus mugrientos hombros. *Onvbpmf*, dijo el espeso sonido desde el interior del baúl, y el hombre gris apartó a un lado la capa, tomó a Amos de la mano, y salió corriendo a la calle.

En el cielo las nubes giraban y se golpeaban las unas a las otras, tratando de verter la lluvia. A mitad de camino por la empedrada calle abajo el hombre gris dijo:

—¡Alto!

Todos se detuvieron y depositaron el baúl sobre la acera.

El hombre gris se adelantó y cogió un gato callejero de pelo rojizo que hasta el momento había estado hurgando en busca de cabezas de pescado en el cubo de la basura.

—Abran el baúl —dijo.

Uno de los marineros cogió una gran llave de hierro que llevaba sujeta al cinturón y abrió la cerradura que había en lo alto del baúl. El hombre gris sacó su delgada espada de acero gris y abrió la tapadera, una rendija nada más. Inmediatamente echó el gato adentro.

Nada más dejar caer de nuevo la tapadera, el marinero de la llave de hierro cerró la cerradura que había en lo alto de la caja. De su interior salió el

maullido del gato, que finalizó con un profundo y deprimente *elmbmpf*.

—Me parece —dijo Amos, que pensaba de prisa y era rápido en decir lo que pensaba— que no está todo en orden aquí.

—Cállese y ayúdeme —dijo el espigado hombre gris— o le meteré a *usted* en el baúl con mi más cercano y querido amigo.

Por un momento, Amos sintió un poquitín de miedo.

II

Iban en un barco, y todos los maderos estaban grises de tanto tiempo que llevaban sin pintar. El hombre gris llevó a Amos a su camarote y se sentaron a una mesa, uno frente a otro.

—Bien —dijo el hombre gris—, he aquí un mapa.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó Amos.

—Se lo robé a mi peor y más acérrimo enemigo.

—¿De qué es el mapa? —preguntó Amos. Sabía que convenía hacer todas las preguntas posibles cuando había tal cantidad de cosas que uno no sabía.

—Es un mapa de muchos lugares y muchos tesoros, y necesito de alguien que me ayude a encontrarlos.

—¿Son esos tesoros las perlas y el oro y los diamantes y las esmeraldas de las que me habló?

—Tonterías —dijo el hombre gris—. Tengo ya tantas esmeraldas y diamantes y oro y perlas que no sé qué hacer con ellas —y abrió la puerta de un armario.

Amos se quedó pasmado, parpadeando mientras millares de joyas caían sobre el suelo, reluciendo y brillando, rojas, verdes y amarillas.

—Ayúdeme a ponerlas de nuevo en el armario —dijo el hombre gris—.

Son tan brillantes que si las miro demasiado tiempo, me dan dolor de cabeza.

De modo que metieron a empellones las joyas en el armario y empujaron la puerta con el hombro hasta que se cerró. Después volvieron al mapa.

—Entonces, ¿cuáles son los tesoros? —preguntó Amos repleto de curiosidad.

—El tesoro es la felicidad, para mí y para mi más cercano y querido amigo.

—¿Cómo se propone encontrarla?

—En un espejo —dijo el hombre gris—. En tres espejos, o mejor dicho, en un espejo roto en tres pedazos.

—Un espejo roto es presagio de mala suerte —dijo Amos—. ¿Quién lo rompió?

—Un hechicero tan grande y viejo y tan terrible que ni usted ni yo jamás tendremos que preocuparnos por él.

—¿Dice este mapa dónde están escondidos los trozos?

—Exactamente —contestó el hombre gris—. Mire, nos hallamos aquí.

—¿Cómo puede saberlo?

—El mapa así lo dice —dijo el hombre gris. Y efectivamente, escrito en grandes letras verdes en una esquina del mapa estaba marcado: *AQUÍ*—. Tal vez más cerca de lo que creías, en lo alto de esto, y a dos leguas de aquello estén escondidos los trozos.

—¿Y su mayor felicidad será mirarse en este espejo?

—Será mi mayor felicidad y la de mi más cercano y querido amigo.

—Muy bien —dijo Amos—. ¿Cuándo empezamos?

—Cuando el amanecer sea neblinoso y el sol esté cubierto y el aire sea todo lo gris que pueda ser el gris.

—Muy bien —dijo Amos por segunda vez—. Hasta entonces, daré una vuelta y exploraré su barco.

—Será mañana a las cuatro de la madrugada —dijo el hombre gris—, de modo que no se quede levantado hasta muy tarde.

—Muy bien —dijo Amos por tercera vez.

En el momento en que Amos estaba a punto de marcharse, el hombre gris recogió un rubí rojo brillante que había caído del armario y no había sido devuelto a su sitio. En el costado del baúl, que estaba ahora en un rincón,

había una pequeña puerta triangular que Amos no había visto. El hombre gris la abrió, echó dentro el rubí, y la cerró rápidamente de un golpe. *Orghmflbfe*.

III

Fuera, las nubes estaban tan bajas que la punta del mástil más alto del barco amenazaba con rajar alguna. El viento jugueteaba entre el rojo pelo de Amos, entrando y saliendo de sus harapos. Sentado en las amuras del barco estaba un marinero, empalmando los cabos de una cuerda.

—Buenas noches —dijo Amos—. Estoy explorando el barco y tengo muy poco tiempo. Tengo que estar levantado a las cuatro en punto de la madrugada. Así que, ¿podría usted decirme qué es lo que debo pasar por alto porque resultaría tan tonto y tan poco interesante que no aprendería nada de ello?

El marinero frunció el ceño durante un rato, y después dijo:

—No hay nada en absoluto interesante en la sentina del barco.

—Muchas gracias —dijo Amos, y siguió caminando, hasta que se encontró con otro marinero cuyos pies estaban cubiertos de copos de jabón.

El marinero estaba fregando de arriba abajo con una bayeta con tanta fuerza que Amos pensó que estaba intentando arrancar el último vestigio de color de los grises tablones.

—Buenas noches tenga usted también —dijo Amos—. Estoy explorando el barco y tengo muy poco tiempo, ya que tengo que estar levantado a las cuatro en punto de la madrugada. Me han dicho que pase por alto la sentina. De modo que, ¿podría usted indicarme dónde está? No quisiera encontrarme con ella por accidente.

El marinero apoyó la barbilla en el mango de la fregona durante un rato, después dijo:

—Si quiere evitarla, no baje por la segunda escotilla que hay detrás del puente.

—Muchas gracias —dijo Amos, y echó a andar apresuradamente hacia el puente. Cuando encontró la segunda escotilla, bajó muy rápidamente, y estaba a punto de dirigirse hacia una celda protegida por barras de hierro cuando vio al mugriento marinero de la gran llave de hierro, que debía de ser también el carcelero, pensó Amos.

—Buenas noches —dijo Amos—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias, ¿y usted? ¿Qué está haciendo aquí abajo?

—Estoy aquí intentando resultar amigable —dijo Amos—. Me dijeron que aquí abajo no había nada interesante. Y ya que es un sitio tan aburrido, pensé en bajar a hacerle compañía.

El marinero manoseó su llave durante un rato, después dijo:

—Muy amable por su parte, supongo.

—Así es —dijo Amos—. ¿Qué es lo que guardan aquí para que resulte tan poco interesante, que todo el mundo no hace más que decirme que pase este lugar por alto?

—Esto es la sentina del barco y aquí tenemos a los prisioneros. ¿Qué otra cosa íbamos a tener?

—Ésa es una buena pregunta —dijo Amos—. ¿Qué es lo que guardan?

El carcelero manoseó su llave de nuevo, después dijo:

—Nada interesante en absoluto.

Justo en ese momento, tras las barras, Amos vio la pila de astrosas mantas grises moverse. Una esquina se retiró y vio justo el borde de algo tan rojo como su brillante cabello.

—Entonces supongo —dijo Amos— que he hecho bien al evitar venir aquí. —Y dándose media vuelta se fue.

Pero aquella noche, mientras la lluvia batía la cubierta y el redoblar de las pesadas gotas arrullaba a todo el mundo, Amos corrió apresuradamente sobre las resbaladizas maderas bajo los goteantes salientes del puente hasta la segunda escotilla y bajó. Las lámparas estaban bajadas, y el carcelero estaba dormido hecho un ovillo en una esquina sobre un trozo de lona gris; Amos fue inmediatamente hacia las barras y miró entre ellas.

Se habían caído más mantas, y junto a un rojo tan brillante como su

propio cabello, podía distinguir un verde del color de las plumas de un loro, un amarillo tan pálido como la mostaza china, y un azul tan brillante como un cielo de julio a las ocho de la tarde. ¿Alguna vez han observado a alguien durmiendo bajo un montón de mantas? Se puede ver cómo las mantas se mueven arriba y abajo, arriba y abajo con la respiración. Así fue como Amos supo que aquello era una persona.

—Psssst —dijo—. Usted, persona pintoresca pero sin interés, despiértese y hable conmigo.

Entonces todas las mantas se apartaron, y un hombre con más colores sobre su cuerpo de los que Amos había visto en su vida se incorporó, frotándose los ojos. Sus mangas eran de seda verde con ribetes azules y púrpura. Su capa era carmín con dibujos en naranja. Su camisa era de color oro con cuadrados arco iris, y una de sus botas era blanca y la otra negra.

—¿Quién eres? —preguntó el multicolor prisionero.

—Yo soy Amos, y he venido aquí para ver qué es lo que hace que seas tan poco interesante que todo el mundo me dice que te esquive y te cubren con mantas.

—Yo soy Jack, el príncipe del Arco Iris Lejano, y estoy prisionero en este barco.

—Ninguno de esos hechos resulta tan increíble cuando se los compara con algunas de las cosas raras de este mundo —dijo Amos—. ¿Por qué eres el príncipe del Lejano Arco Iris, y por qué estás prisionero aquí?

—Ah —dijo Jack—, la segunda cuestión es fácil de contestar, pero la primera no es tan sencilla. Estoy prisionero aquí porque un flacucho hombre gris me robó un mapa y me metió en la sentina para que no pudiera quitárselo. Pero ¿por qué soy el príncipe del Lejano Arco Iris? Ésa es exactamente la pregunta que me hizo hace hoy un año un mago tan grande y tan viejo y tan terrible que ni tú ni yo tenemos por qué preocuparnos por él. Yo le contesté: «Yo soy príncipe porque mi padre es rey, y todo el mundo sabe que yo debo serlo.» Entonces el mago me preguntó: «¿Por qué vas a ser tú príncipe en lugar de uno de entre una docena de otros? ¿Estás capacitado para gobernar, puedes juzgar con justicia, sabes resistir las tentaciones?» Yo no tenía ni idea de lo que quería decir, de modo que contesté de nuevo: «Yo soy príncipe porque mi padre es rey.» El mago tomó un espejo y lo puso ante

mí. «¿Qué es lo que ves?», me preguntó. «Me veo a mí mismo, como debe ser, el príncipe del Lejano Arco Iris», dije yo. Entonces el mago se puso furioso y rompió el espejo en tres pedazos y gritó: «No serás príncipe del Lejano Arco Iris hasta que te vuelvas a ver en este espejo completo, porque una mujer digna de un príncipe está atrapada tras el cristal y hasta que sea libre no podrás reinar en tu propia tierra.» Hubo una explosión, y cuando me desperté, estaba sin mi corona, yaciendo vestido como me ves ahora en una pradera verde. En mi bolsillo había un mapa que me decía dónde estaban escondidos todos los trozos. Sólo que no me mostraba cómo volver al Lejano Arco Iris. Y aún no sé cómo volver a casa.

—Ya veo, ya veo —dijo Amos—. ¿Cómo te lo robó el delgado hombre gris, y qué quiere hacer con él?

—Bueno —dijo Jack—, después de que me di cuenta de que no sabía cómo volver a casa, decidí intentar encontrar los trozos. Así que empecé a buscar. La primera persona con la que me encontré fue con el delgado hombre gris, y con él estaba su gran baúl negro en el cual, según él, estaba su más cercano y querido amigo. Me dijo que si yo consentía en trabajar para él y en llevar su baúl, me pagaría una gran cantidad de dinero con el que podría comprarme un barco y continuar mi búsqueda. Me dijo que él mismo tendría mucho gusto en ver a una mujer digna de un príncipe. «Especialmente —dijo — de un príncipe tan pintoresco como usted.» Acarree su baúl durante muchos meses, y finalmente me pagó una gran suma de dinero con la que compré un barco. Pero entonces el delgado hombre gris me robó el mapa, me robó el barco y me metió aquí en la sentina, y me dijo que él y su más cercano y querido amigo encontrarían el espejo para ellos solos.

—¿Qué querrá hacer con una mujer digna de un príncipe? —preguntó Amos.

—No quiero ni pensar en ello —dijo Jack—. Una vez me pidió que abriera la solapa de cuero que hay en el extremo del baúl y asomara la cabeza para ver cómo le iba a su más cercano y querido amigo. Pero yo me negué porque le había visto coger por el cuello a un precioso pájaro azul con plumas rojas y meterlo a través de la misma abertura, y todo lo que ocurrió fue que salió un desagradable sonido del baúl, algo así como *orulmhf*.

—Oh, sí —dijo Amos—. Conozco el sonido. No me agrada pensar lo que

podría hacer con una mujer digna de un príncipe. —Y aun así Amos se encontró pensando en ello a pesar de todo—. Su falta de amistad hacia ti, desde luego, no dice nada en favor de su amistad por su más cercano y querido amigo.

Jack asintió con la cabeza.

—¿Por qué no coge el espejo él mismo, en lugar de pedírmelo a mí? —quiso saber Amos.

—¿Te fijaste en dónde estaban escondidos los trozos? —preguntó Jack.

—Recuerdo que uno está a dos leguas de aquello, otro está en lo alto de esto, y el tercero está en algún lugar más-cerca-de-lo-que-creías.

—Así es —dijo Jack—. Y más-cerca-de-lo-que-creías es un enorme, gris, enmarañado, fangoso y triste pantano. El primer trozo está en el fondo de un estanque luminoso que-hay-en-el-centro. Pero aquello es tan gris que el hombre gris se disolvería completamente en el ambiente y jamás volvería a salir. En-lo-alto-de-esto es una montaña tan alta que en ella vive el Viento del Norte dentro de una cueva. Aquello es un lugar tan ventoso y el hombre gris es tan delgado, que se le llevaría el viento antes de que hubiera conseguido llegar a la mitad del camino. A dos leguas de donde está el tercer trozo, se extiende un jardín de violentos colores y fragantes perfumes donde mariposas negras destellan en las orillas de fuentes de mármol rosa, y brillantes enredaderas se entretajan por doquier. Lo único que hay blanco en todo el jardín es un unicornio blanco como la plata que guarda el último trozo del espejo. Tal vez el hombre gris pudiera llegar hasta ese trozo él mismo, pero no creo que quiera; estoy seguro ya que los colores brillantes en abundancia le dan dolor de cabeza.

—Entonces habla a favor de su resistencia el que haya sido capaz de soportar tus brillantes vestiduras durante tanto tiempo —dijo Amos—. En cualquier caso, no creo que sea justo que nuestro amigo gris obtenga tu espejo con tu mapa. Al menos deberías tener una oportunidad de intentar obtenerlo tú. Déjame ver, el primer lugar al que vamos es algún lugar más-cercano-de-lo-que-creías.

—El pantano, entonces —dijo Jack.

—¿Te gustaría venir conmigo? —dijo Amos—. Así cogerías el trozo tú mismo.

—Por supuesto —dijo Jack—. Pero ¿cómo?

—Tengo un plan —dijo Amos, que podía pensar muy de prisa cuando tenía que hacerlo—. Simplemente haz lo que te diga. —Amos empezó a cuchichear a través de los barrotes. Detrás de ellos el carcelero roncaba sobre su trozo de lona.

IV

A las cuatro de la madrugada del día siguiente, cuando el amanecer era neblinoso y el sol estaba oculto y el aire era todo lo gris que podía ser el gris, el barco se aproximó a la playa de un enorme, apagado, enmarañado, fangoso y triste pantano.

—En el centro del pantano —dijo el hombre gris, señalando por encima de las amuradas del barco— hay un estanque luminoso. En el fondo del estanque hay un trozo de espejo. ¿Podrá estar de vuelta para la hora de comer?

—Eso creo —dijo Amos—. Pero esto es un pantano terriblemente gris. Podría diluirme tan completamente en el ambiente que jamás podría salir de nuevo.

—¿Con ese cabello rojo? —preguntó el hombre gris.

—Mi pelo rojo —dijo Amos— no cubre más que lo alto de mi cabeza. Mis ropas están harapientas y sucias y probablemente se vuelvan grises en un abrir y cerrar de ojos con toda esa neblina. ¿No hay ninguna ropa de colores brillantes en el barco, que centelleen de oro y reluzcan con la seda?

—Está mi armario lleno de joyas —dijo el hombre gris—. Puedes usar todas las que te plazca.

—Me cargarían demasiado —replicó Amos—, y no podría estar de vuelta para la hora de la comida. No, necesito unas ropas que sean lo

suficientemente luminosas y brillantes como para que eviten que me pierda a mí mismo en medio de todo ese gris. Porque si es que llegara a perderme a *mí* mismo, usted jamás obtendría su espejo.

De modo que el hombre gris se volvió hacia uno de sus marinos y le dijo:
—Ya sabes dónde puedes encontrar unas ropas como éstas.

Cuando el hombre iba de camino, Amos dijo:

—Me parece una vergüenza el quitarle a alguien sus ropas, especialmente dado que puede que no vuelva. Denle mis harapos a quienquiera que sea el dueño de esa ropa para que me los guarde hasta que vuelva. —Amos se desprendió de sus harapos y se los alcanzó al marinero, que echó a trotar en dirección al puente. Pocos minutos más tarde estaba de vuelta con un brillante traje: las mangas eran de seda verde con ribeteados azules y púrpura, la capa era color carmín con dibujos naranja, la camisa era color oro con cuadros arco iris, y encima de todo había una bota blanca y otra negra.

—Esto es lo que necesito —dijo Amos, poniéndose rápidamente las ropas, ya que estaba empezando a coger frío allí de pie en ropa interior. Entonces se descolgó de la borda del barco hasta el pantano. Resultaba tan brillante y llamativo que nadie vio a la figura vestida de harapos sucios salir corriendo rápidamente detrás de ellos hasta el extremo opuesto del barco y descolgarse también hasta el pantano. Si la figura hubiera sido la de Amos (llevaba puestos los harapos de Amos), su pelo rojo podría haber llamado la atención, pero el pelo de Jack, a pesar de su pintoresca vestimenta, era de un castaño muy vulgar.

El hombre gris estuvo observando a Amos hasta que desapareció. Entonces se llevó la mano a la cabeza, que estaba empezando a latirle un tanto, y se apoyó contra el baúl negro, que había sido trasladado hasta la cubierta.

Glumphvmr, salió del baúl.

—Oh, mi más cercano y querido amigo —dijo el hombre gris—, casi me había olvidado de ti. Perdóname.

Sacó de su bolsillo un sobre, y del sobre sacó una grande y aleteante polilla.

—Esto entró volando por mi ventana esta noche —dijo—. Las alas eran azul pálido, con bandas marrones en los rebordes, y la parte inferior estaba

moteada de copos de oro. Empujó hacia adentro una larga solapa de metal que había en un costado del baúl, muy parecida a la boca de un buzón de correos, y deslizó la polilla al interior.

Fuffle, salió del baúl, y el hombre gris sonrió.

En el pantano, Amos esperó hasta que el príncipe le encontrara.

—¿Tuviste algún problema? —preguntó Amos.

—Ninguno en absoluto —rió Jack. Ni siquiera se dieron cuenta de que el carcelero había desaparecido. Porque lo que habían hecho la noche anterior después de que les dejáramos, fue coger la llave del carcelero, liberar al príncipe y amarrar al carcelero y meterle a él en la celda debajo de todas aquellas mantas. Por la mañana, cuando el marinero había ido a intercambiar las ropas, Jack se había liberado de nuevo al irse el marinero, y después se había escabullido del barco para unirse a Amos.

—Ahora vamos a buscar tu estanque luminoso —dijo Amos—, a ver si podemos estar de vuelta antes de la comida.

Juntos emprendieron el camino a través del pantano y el cieno.

—Sabes —dijo Amos, deteniéndose una vez a mirar una tela de araña gris que pendía de la rama de un árbol que había sobre ellos hasta una liana que se arrastraba por el suelo—, este lugar no es tan gris después de todo. Fíjate bien.

Y en cada gota de agua que había en cada hilo de la tela, la luz se descomponía, como si pasara a través de un prisma diminuto en azules, amarillos y rojos. Mientras miraban, Jack suspiró.

—Éstos son los colores del Lejano Arco Iris —dijo.

No dijo nada más, pero Amos se sintió muy apenado por él. Fueron muy de prisa a partir de aquel momento hacia el centro del pantano.

—No, no es completamente gris —dijo Jack. Sobre un tocón junto a ellos, una lagartija verde-grisácea parpadeaba mirándoles con sus ojos rojos, y una serpiente que era gris por el dorso, rodó apartándose de su camino, mostrándoles un abdomen naranja.

—¡Y mira eso! —exclamó Amos.

Más adelante, entre los grises troncos de los árboles, se proyectaba en

medio de la niebla una luz plateada.

—¡El estanque luminoso! —exclamó el príncipe, y echaron a correr hacia él.

Efectivamente, al cabo de pocos momentos se encontraron en el borde de un estanque redondo y plateado. Al otro lado de donde estaban, grandes ranas croaban indignadas, y una o dos burbujas rompían la superficie. Juntos, Amos y Jack miraron al interior del estanque.

Tal vez esperaban ver el espejo brillando entre las algas y las piedras redondas del fondo del estanque; tal vez esperaran ver su propio reflejo. Pero no vieron ninguna de las dos cosas. En su lugar, la cara de una muchacha hermosísima apareció mirándoles desde debajo del agua.

Jack y Amos fruncieron el ceño. La muchacha se rió, y el agua se puso a burbujear.

—¿Quién eres? —preguntó Amos.

Y como respuesta, de las burbujas oyeron:

—¿Quiénes sois vosotros?

—Yo soy Jack, príncipe del Lejano Arco Iris —dijo Jack—, y éste es Amos.

—Yo soy una mujer digna de un príncipe —dijo la cara que había dentro del agua— y me llamo Lea.

Ahora Amos preguntó:

—¿Por qué eres digna de un príncipe? ¿Y cómo llegaste a estar donde estás?

—Ah —dijo Lea—, la segunda pregunta es fácil de contestar, pero la primera no es tan sencilla. Ya que ésa es la misma pregunta que me hizo hace un año y un día un mago tan grande y tan viejo y tan terrible que ni vosotros ni yo tenemos por qué preocuparnos de él.

—¿Qué le contestaste? —le preguntó Jack.

—Le dije que sabía hablar todas las lenguas del hombre, que era valiente y fuerte y hermosa, y que podía gobernar junto a cualquier hombre. Él dijo que era orgullosa, y que mi orgullo era una cosa buena. Pero entonces vio cómo me miraba al espejo, y dijo que era vanidosa, y que mi vanidad era mala, y que me mantendría alejada del príncipe del que era digna. La superficie brillante de todas las cosas, según me dijo, nos mantendrá

apartados hasta que un príncipe pueda juntar de nuevo las piezas de un espejo roto, lo que me liberará.

—Entonces yo soy el príncipe que ha de salvarte —dijo Jack.

—¿Ah, sí? —preguntó Lea sonriendo—. Un trozo del espejo en el que estoy atrapada yace en el fondo de este estanque. En una ocasión yo misma bucé desde una roca en el mar para recoger la perla de fuego blanco que ahora llevo en mi frente. Aquélla fue la inmersión más profunda jamás realizada por hombre o mujer alguno. Y este estanque es diez pies más profundo. ¿Aún piensas intentarlo?

—Lo intentaré y tal vez muera en el intento —dijo Jack—, pero no puedo hacer más y tampoco menos. —Entonces Jack llenó sus pulmones de aire y se zambulló de cabeza en el estanque.

El propio Amos era bien consciente de lo mucho que hubiera dudado caso de que le hubieran hecho la pregunta a él. Según iban pasando los segundos, empezó a temer por la vida de Jack, y deseó haber tenido la oportunidad de inventar alguna otra forma de sacar el espejo. Pasó un minuto; tal vez podrían haber engañado a la muchacha para que lo subiera ella misma. Dos minutos; podían haber atado una cuerda a la pata de una rana y haberla mandado al fondo para que se encargara de la búsqueda. Tres minutos; no había ni una burbuja en el agua, y Amos se sorprendió a sí mismo decidiendo que lo único que cabía hacer era saltar dentro y al menos intentar salvar al príncipe. ¡Pero de repente el agua se removió a sus pies!

La cabeza de Jack salió del agua, y un momento más tarde apareció su mano sujetando un gran trozo de espejo.

Amos se puso tan contento que se puso a dar saltos arriba y abajo. El príncipe nadó hasta la orilla, y Amos le ayudó a salir. Entonces apoyaron el espejo contra un árbol y descansaron un rato.

—Ha sido una suerte que llevara estos harapos tuyos —dijo Jack— en lugar de mis propias ropas, ya que las algas se hubieran enredado en mi capa y las botas me hubieran hundido y jamás hubiera podido salir. Gracias, Amos.

—Muy poca cosa es como para que me la agradezcas —dijo Amos—. Pero mejor será que emprendamos la vuelta si es que queremos estar en el barco para la hora de comer.

De modo que emprendieron el camino de vuelta y a mediodía casi habían llegado hasta el barco. Entonces el príncipe dejó el espejo a Amos y se adelantó a toda prisa para volver a su celda. Amos caminó hasta el barco con el cristal roto.

—Bueno —dijo al delgado hombre gris que estaba sentado en lo alto de su baúl, esperando—, he aquí su espejo del fondo del estanque luminoso.

El hombre gris se puso tan contento que saltó del baúl, hizo una pirueta, y empezó a jadear y a toser y hubo que golpearle en la espalda varias veces.

—Muy bien —dijo cuando Amos hubo subido a cubierta, entregándole el cristal—. Ahora venga a comer conmigo, pero, por el amor de Dios, quítese esa tienda de circo que lleva puesta antes de que me entre otro dolor de cabeza.

Así que Amos se quitó las ropas del príncipe y el marinero se las llevó y volvió con los harapos de Amos. Cuando se hubo vestido y estaba a punto de ir a comer con el hombre gris, su manga rozó el brazo de éste. El hombre gris se detuvo y frunció tanto el entrecejo que se puso casi negro.

—Estas ropas están mojadas y las que llevaba puestas estaban secas.

—Pues es verdad —dijo Amos—. ¿Qué le parece a usted?

El hombre hizo una mueca de disgusto y meditó y cogitó, pero no fue capaz de sacar conclusiones. Al fin dijo:

—No importa, venga a comer.

Los marineros cargaron con el baúl detrás de ellos, y comieron una abundante y sabrosa comida. El hombre gris atravesó todos los rábanos de la ensalada con su cuchillo y los deslizó por un embudo que había colocado en una abertura redonda del baúl: ¡*Fulrmp, Melrulf, Ulfmphgrumf!*

—¿Cuándo partimos en busca de la siguiente pieza? —preguntó Amos cuando terminaron de comer.

—Mañana por la tarde, cuando la puesta del sol sea color de oro y el cielo esté color turquesa y las rocas estén teñidas de rojo a la luz del ocaso —dijo el hombre gris—. Yo supervisaré todo con gafas de sol.

—Opino que ésa es una buena idea —dijo Amos—. Así no cogerá un dolor de cabeza tan fuerte.

Aquella noche, Amos volvió de nuevo a la sentina. Nadie había echado aún de menos al carcelero, así que no había guardia de ninguna clase.

—¿Cómo le va a nuestro amigo? —le preguntó Amos al príncipe, señalando el paquete de mantas que había en un rincón.

—Bastante bien —contestó Jack—. Le di comida y agua cuando me la trajeron a mí. Creo que ahora está dormido.

—Magnífico —dijo Amos—. Así que hemos encontrado un tercio de tu espejo mágico. Mañana al atardecer salgo a buscar la segunda parte. ¿Querías venir conmigo?

—Ya lo creo que sí —dijo Jack—. Pero mañana al atardecer no resultará tan fácil, ya que no habrá neblina para esconderme si me voy contigo.

—Entonces lo haremos de tal forma que no tengas que esconderte —dijo Amos—. Si no recuerdo mal tus palabras, el segundo trozo está en lo alto de una ventosa montaña que es tan alta que vive en ella el Viento del Norte en una cueva.

—Así es —dijo Jack.

—Muy bien, entonces tengo un plan. —De nuevo Amos empezó a susurrar a través de los barrotes, y Jack sonrió y asintió con la cabeza.

Navegaron toda la noche y todo el día siguiente, y al atardecer arribaron a una playa rocosa donde a tan sólo unos cientos de metros se alzaba una altísima montaña en la clara luz del atardecer.

Los marineros se reunieron en la cubierta del barco justo cuando el sol empezaba a ponerse, y el hombre gris puso una mano enguantada sobre el

hombro de Amos y señaló con la otra hacia la montaña.

—Allí, entre los ventosos picos, está la cueva del Viento del Norte. Aún más alto, en el más alto y ventoso de los picachos, está el segundo de los fragmentos del espejo. Es una escalada larga, peligrosa y traidora. ¿Le espero entonces para desayunar?

—Desde luego —dijo Amos—. Huevos fritos, si me hace el favor, poco pasados, y abundantes salchichas calientes.

—Se lo diré al cocinero —dijo el hombre gris.

—Espléndido —dijo Amos—. Oh, pero una cosa más. Me dice usted que ése es un lugar de mucho viento. Necesitaré una buena cuerda por lo tanto, y tal vez pueda usted prestarme un hombre para que me acompañe. Una cuerda no resulta muy útil si sólo hay una persona en un extremo. Si alguien viene conmigo, podré sujetarle si se le lleva el viento, y él podrá hacer lo mismo por mí. —Amos se volvió hacia los marineros—. ¿Qué le parece aquel hombre de allí? Tiene una cuerda y está bien abrigado contra el viento.

—Llévese a quien quiera —dijo el hombre gris—, mientras me traiga mi espejo. —El hombre bien abrigado con el rollo de cuerda al hombro se adelantó junto con Amos.

Si el hombre gris no hubiera llevado puestas sus gafas de sol contra el ocaso, tal vez hubiera percibido algo familiar en el marinero, que no hacía más que mirar hacia la montaña y en ningún momento se volvió en su dirección. Pero tal y como estaban las cosas, no sospechó nada.

Amos y el marinero bien abrigado se descolgaron hasta las rocas que el sol había teñido de rojo, y partieron hacia la ladera de la montaña. Una vez el hombre gris alzó sus gafas para verles ir, pero se las caló de nuevo inmediatamente, ya que era la hora más dorada del ocaso en aquel momento. El sol se puso, y ya no alcanzaba a verles. Aún así se quedó durante largo rato junto a la barandilla hasta que un sonido procedente de la oscuridad le hizo volver de sus ensoñaciones: ¡*Blmvghm!*

Amos y Jack treparon duramente todo el atardecer. Cuando cayó sobre ellos la oscuridad, pensaron al principio que tendrían que detenerse, pero las brillantes estrellas producían una neblina sobre las escarpadas rocas, y poco

después salió la luna. Después de esto el camino se hizo mucho más fácil. En breve, comenzó a soplar el viento. Al principio no era más que una brisa que se aferraba al cuello de sus vestimentas. Después rachas más violentas empezaron a mordisquearles los dedos. Finalmente auténticas ráfagas de viento les aplastaban contra las rocas e inmediatamente intentaban arrancarles de ellas. La cuerda resultó extremadamente útil, y ninguno de los dos se quejó. Se limitaron a seguir trepando constantemente, hora tras hora. Una vez, Jack se detuvo un momento para volverse a mirar el mar de plata por encima del hombro y dijo algo que Amos no alcanzó a oír.

—¿Qué decías? —gritó Amos en medio del aullido del viento.

—Dime —gritó el príncipe—, ¡fíjate en la luna!

Amos miró por encima del hombro y vio que el disco blanco de la luna iba descendiendo lentamente.

Empezaron a trepar de nuevo, más de prisa que nunca, pero al cabo de una hora la parte inferior de la luna se había hundido ya por debajo del borde del océano. Finalmente alcanzaron una plataforma de dimensiones adecuadas donde el viento no era tan fuerte. Por encima de ellos no parecía haber camino para llegar más arriba.

Jack se quedó mirando la luna y suspiró.

—Si fuera de día, me pregunto si podría ver desde aquí el Lejano Arco Iris.

—Tal vez pudieras —dijo Amos. Pero aunque su corazón estaba con Jack, seguía pensando que mantenerse con el espíritu animado era importante—. Pero lo podríamos ver con mucha más claridad desde lo alto de esta montaña.

Nada más decirlo, los últimos rayos de luz de la luna se extinguieron. Ahora habían desaparecido hasta las estrellas, y la oscuridad que les rodeaba era completa. Pero al volverse en busca de abrigo contra el viento creciente, Amos gritó:

—¡Hay una luz!

—¿Dónde hay una luz? —exclamó Jack.

—Allí, brillando tras esas rocas —dijo Amos.

Un tenue resplandor anaranjado silueteaba el ápice de una áspera roca, y se apresuraron en su dirección sobre la frágil cornisa. Cuando hubieron

trepado a la roca, vieron que la luz procedía de detrás de otra pared de piedra más allá, y se encaminaron hacia ella a tropezones, con piedras y trozos de hielo deslizándose bajo sus manos. Detrás de la pared vieron que la luz era aún más fuerte por encima de otra escarpadura, e hicieron todo lo que pudieron por escalarla sin caerse desde lo alto de quién-sabe-cuántos cientos de metros de altura hasta la base de la montaña. Finalmente alcanzaron la cornisa y se apoyaron jadeantes contra la pared. Adelante, muy a lo lejos, unas llamas anaranjadas parpadeaban con brillantez, y la luz iluminaba las caras de ambos. A pesar del frío viento sus caras estaban aún brillantes con el sudor del esfuerzo.

—Vamos —dijo Amos—. Sólo queda un poco...

Y procedente de media docena de direcciones oyeron: *Vamos, sólo queda un poco..., sólo queda un poco..., un poco...*

Se quedaron mirándose el uno al otro, y Jack se puso de pie de un salto.

—Válgame Dios, debemos de estar en la cueva de...

Y en el eco oyeron: *... debemos de estar en la cueva de..., en la cueva de..., cueva de...*

—... del Viento del Norte —susurró Amos.

Echaron a andar de nuevo hacia adelante, en dirección a los fuegos. Estaba todo tan oscuro y la cueva era tan grande que ni siquiera con aquella luz alcanzaban a ver el techo o la pared más lejana. Los fuegos ardían en enormes cuencos excavados en la piedra. Habían sido puestos allí como aviso, porque justamente detrás de ellos el suelo desaparecía bajo los pies y más allá había una tumultuosa oscuridad.

—Me pregunto si estará en casa —susurró Jack.

Entonces ante ellos se produjo una corriente y un ruido y un rugido como el del trueno, y desde la oscuridad una voz dijo:

—Yo soy el Viento del Norte, y ya lo creo que estoy en casa.

Y se vieron sacudidos por una ráfaga de viento que hizo retemblar los fuegos en sus cuencos, y la gorra de marinero que Jack llevaba voló de su cabeza perdiéndose en la oscuridad.

—¿Es usted realmente el Viento del Norte? —preguntó Amos.

—¿Si yo soy realmente el Viento del Norte? —dijo la atronadora voz—. Ahora mismo estáis diciendo quiénes sois vosotros antes de que os haga

pedacitos y los esparza por toda la superficie del mundo.

—Yo soy Amos y éste es Jack, príncipe del Lejano Arco Iris. Nos encontramos en su caverna por accidente y no pretendíamos ser descorteses. Pero la luna se puso y vimos sus luces.

—¿Adónde pretendíais trepar?

Jack contestó:

—A lo alto de la montaña, donde hay un trozo de espejo.

—Sí —dijo el Viento del Norte—, allí hay un espejo. Un mago tan grande y tan viejo y tan terrible que ni vosotros ni yo tenemos por qué preocuparnos por él lo colocó allí hace un año y dos días. Yo mismo le llevé hasta allí a cambio de un favor que me hizo hace un millón de años, ya que fue él quien me hizo esta cueva por medio de una magia artística y complicada.

—Hemos venido a recoger el espejo —dijo Jack.

El Viento del Norte se rió con tal fuerza que Amos y el príncipe tuvieron que agarrarse a las paredes para evitar que los llevara la corriente.

—Aquello está tan alto y hace tanto frío que jamás llegaréis —dijo el Viento—. Hasta el mago tuvo que pedirme ayuda para ponerlo allí.

—Entonces —exclamó Amos—, ¿nos podría ayudar usted a nosotros también?

El Viento del Norte se mantuvo en silencio durante todo un minuto. Luego preguntó:

—¿Por qué habría de hacerlo? El mago me construyó la cueva. ¿Qué habéis hecho vosotros para merecer tal ayuda?

—Nada aún —contestó Amos—. Pero podemos ayudarle si usted nos ayuda.

—¿De qué manera podéis ayudarme? —preguntó el Viento.

—Bueno —dijo Amos—, de la siguiente manera. Usted dice que es el Viento del Norte. ¿Cómo puede probarlo?

—¿Cómo puedes probar que tú eres realmente tú? —replicó el Viento.

—Fácilmente —dijo Amos—. Tengo el pelo rojo, tengo pecas, mido cinco pies y siete pulgadas, y tengo los ojos castaños. Lo único que tienen que hacer es ir a ver a Hidalga, que es la dueña de la Taberna del Marinero, y preguntarle quién tiene pelo rojo, mide tanto, tiene tales ojos, y ella le dirá:

«Es el mismísimo Amos de mi corazón». Y la palabra de Hidalgo debería ser prueba suficiente para cualquiera. Ahora bien, ¿qué aspecto tiene usted?

—¿Que qué aspecto tengo? —inquirió el Viento del Norte.

—Sí, descríbase a usted mismo.

—Soy grande y frío y fuerte...

—Eso es lo que se siente de usted —dijo Amos—. No el aspecto que tiene. Quiero saber cómo podría reconocerle si le viera caminando calle abajo tranquilamente en mi dirección cuando estuviera libre de servicio.

—Congelo y soy helado y muy frío...

—Una vez más, ése no es su aspecto; pero es lo que se siente de usted.

El Viento del Norte gruñó para sí mismo durante un rato y finalmente confesó:

—Pero nadie ha visto jamás al viento.

—Eso tenía entendido —dijo Amos—. Pero ¿no se ha mirado usted nunca en un espejo?

—Ah —suspiró el Viento del Norte—, los espejos están siempre en el interior de las casas, y nunca me invitan a entrar. De modo que nunca he tenido ocasión de mirarme en uno. Además, he estado demasiado ocupado.

—Bien —dijo Amos—, si nos ayuda a subir a lo alto de la montaña, le dejaremos que se mire en el fragmento del espejo. —Luego añadió—: que, por lo que se ve, es más de lo que hizo su amigo el mago. —Jack le dio una patadita a Amos, ya que no es prudente insultar a un mago tan grande y tan viejo y tan terrible como todo eso, incluso aunque uno no tenga por qué preocuparse por él.

El Viento del Norte refunfuñó y gimió en medio de la oscuridad durante un rato y al final dijo:

—Muy bien. Montad sobre mis hombros y os llevaré al pico más alto de la montaña. Cuando me haya mirado en vuestro espejo, os bajaré de nuevo hasta donde podáis descender el resto del camino por vuestros propios medios.

Amos y Jack estaban más contentos que unas castañuelas, y el Viento del Norte rugió hasta el borde de la cornisa y treparon a sus hombros, uno en cada uno. Se sujetaron fuertemente a su largo y tupido cabello, y las enormes alas del Viento llenaron la cueva de tal estruendo que los fuegos, de no haber

estado mantenidos por medio de la magia, se hubieran apagado. El sonido de las grandes plumas de las alas chocando las unas contra las otras era como el del acero contra el bronce.

El Viento del Norte se elevó en su cueva y aceleró hacia la abertura, que era tan alta que no consiguieron ver el techo y tan ancha que no pudieron ver la pared más lejana, y en su pelo rozó el techo y las uñas de sus pies rozaron el suelo, y las puntas de sus alas hicieron caer peñascos de ambos lados cuando saltó al vacío.

Hicieron círculos hasta una altura tal que sobrepasaron las nubes, y una vez más las estrellas fueron como diamantes espolvoreados sobre el terciopelo de la noche. Voló tan largo tiempo que finalmente el sol empezó a asomarse arrojando lanzadas de oro a través del horizonte; y cuando la pelota del sol había emergido a medias del mar, puso un pie en una escarpadura a su izquierda, el otro en un picacho a su derecha, y se inclinó dejándoles bajar en el pico más alto, que estaba en el medio.

—Y ahora ¿dónde está el espejo...? —preguntó Amos mirando a su alrededor.

El sol naciente salpicaba de plata el hielo y la nieve.

—Cuando subí al mago hace un año —dijo el Viento del Norte por encima de ellos—, lo dejó aquí mismo, pero el hielo y la nieve se han solidificado sobre él.

Amos y el príncipe empezaron a apartar la nieve de un promontorio que había en el suelo, y bajo la blanca cubierta había hielo puro y refulgente. Era un trozo muy grande, casi tan grande como el baúl negro del delgado hombre gris.

—Debe de estar en el centro de este trozo de hielo —dijo Jack. Mientras miraban el brillante trozo de hielo, algo se movió en su interior: vieron que era la forma de una adorable muchacha. Era Lea, la que se les había aparecido en el estanque.

Ella les sonrió y dijo:

—Estoy encantada de que hayáis venido a buscar el segundo trozo del espejo, pero está enterrado en este trozo de hielo. Una vez, cuando yo era una niña, atravesé un trozo de hielo para recuperar un arete que mi madre había perdido la noche anterior en un baile de invierno. Aquel bloque de hielo era

del hielo más frío y más duro que jamás hubiera visto hombre o mujer alguno. Este bloque es diez grados más frío. ¿Podrás atravesarlo?

—Puedo intentarlo —dijo Jack—, o tal vez morir en el intento. Pero no puedo hacer nada más ni nada menos. —Y tomó el pequeño piolet que habían utilizado para escalar la montaña.

—¿Terminarás antes de que sea la hora del desayuno? —preguntó Amos echando un vistazo al sol.

—Por supuesto que antes del desayuno —contestó el príncipe, y se puso a picar. Los trozos de hielo volaron a su alrededor, y era tal el ardor con el que trabajaba que, a pesar del frío, hasta tuvo que quitarse la camisa. Trabajó tan duramente que en una hora había abierto el bloque de hielo, y allí, sobresaliendo, estaba el fragmento roto del espejo. Cansado, pero sonriente, el príncipe lo sacó del hielo y se lo alcanzó a Amos. Después se fue a recoger su camisa y su abrigo.

—Está bien, Viento del Norte —gritó Amos—. Échate un vistazo.

—Ponte de forma que el sol te dé en los ojos —dijo el Viento del Norte, cerniéndose sobre Amos, porque no quiero que nadie me vea antes que yo.

De modo que Amos y Jack se pusieron de cara al sol, y el enorme y terrible Viento del Norte se puso en cuclillas para mirarse al espejo. Debió de quedar contento con lo que vio, ya que soltó una larga y sonora carcajada que casi les barre del picacho. Después saltó una milla hacia lo alto, hizo un triple salto mortal, y picó sobre ellos, agarrándoles y echándoselos al hombro. Amos y Jack se aferraron a su largo y tupido cabello mientras el Viento volaba, gritando con voz ventosa:

—Ahora les diré a todas las hojas y les susurraré a todas las olas quién soy y qué aspecto tengo, para que puedan parlotear entre ellas en el otoño y levantarse y saludarme quitándose el sombrero antes de una tormenta de invierno.

El Viento del Norte estaba más contento de lo que hubiera estado desde que el mago le hizo su caverna.

Se hace de día en lo alto de una montaña mucho antes que a sus pies, y esta montaña era tan alta que, cuando llegaron a su base, el sol no se veía por ninguna parte, y se encontraron con que aún tenían más de media hora hasta la hora del desayuno.

—Tú echa a correr y vuelve a tu celda —dijo Amos—, y cuando te haya dado tiempo suficiente, volveré yo y comeré mis huevos con salchichas.

Así que el príncipe echó a correr rocas abajo hasta la playa y se coló en el barco, y Amos se quedó esperando a que saliera el sol. Cuando lo hizo emprendió el camino de vuelta.

VI

Pero en el barco, durante la noche, las cosas no habían ido de acuerdo con el plan de Amos. El hombre gris, meditando aún sobre las ropas mojadas de Amos —y finalmente empezó a preguntar quién era el que Amos había elegido para que le acompañara— había ido a la sentina él mismo.

Allí vio inmediatamente que no había ni carcelero ni prisionero. Furioso, se abalanzó al interior de la celda y empezó a arrojar por doquier la pila de mantas que había en el rincón. Y de entre las mantas salió rodando el carcelero, atado y amordazado y vestido con el multicolor traje del príncipe del Lejano Arco Iris. Porque eran las ropas del carcelero las que Jack había usado cuando había acompañado a Amos a la montaña.

Al quitarle la mordaza, salió a la luz la historia, y la parte de la historia en la que el carcelero había estado dormido podía imaginársela el hombre de gris. De modo que desató al carcelero y llamó a los marineros e hicieron planes para el regreso de Amos y el príncipe. Lo último que hizo el hombre gris fue coger la ropa multicolor, llevándosela a su camarote donde le esperaba el baúl negro.

Cuando Amos subió al barco con el espejo bajo el brazo gritó:
—He aquí su espejo. ¿Dónde están mis huevos con salchichas?

—Recién sacadas del fuego y esperándole —dijo el hombre gris, alzando sus gafas de sol—. ¿Dónde está el marinero que se llevó para que le ayudara?

—Ah —contestó Amos— fue arrebatado por el viento. —Trepó por la escalera y le alcanzó el espejo al hombre gris—. Ya sólo nos queda un tercio, si no recuerdo mal. ¿Cuándo empezamos a buscarlo?

—Esta tarde, cuando el sol esté en su cenit y dé todo su calor —respondió el hombre gris.

—¿Es que no voy a tener ocasión de descansar? —preguntó Amos—. He estado escalando arriba y abajo por la montaña toda la noche.

—Puede echar una cabezada —dijo el hombre gris—. Pero venga y desayune primero.

El hombre gris echó su brazo sobre los hombros de Amos y le condujo a su camarote, donde el cocinero les trajo una gran bandeja humeante llena de salchichas y huevos.

—Está haciéndolo muy bien hasta ahora —dijo el hombre gris, señalando hacia la pared donde había colgado juntos los dos primeros trozos del espejo. Ahora ya podían imaginarse cuál sería la forma del tercero—. Y si consigue hacerse con el tercer trozo, habrá cumplido realmente bien.

—Ya casi puedo sentir el peso de todos esos diamantes y esmeraldas y oro y perlas —dijo Amos.

—¿Ah, sí? —comentó el hombre gris. Sacó un trozo de seda verde de su bolsillo, se acercó a la caja negra y lo metió por una pequeña puerta cuadrada: ¡Orlmnb!

—¿Dónde está escondido el tercer espejo? —preguntó Amos.

—A dos leguas de allí hay un jardín de vivos colores e intensos aromas, donde mariposas negras refulgen sobre los bordes de fuentes de mármol rosa, y lo único que hay de color blanco en él es un unicornio que hace guardia sobre el tercer trozo del espejo.

—Entonces es buena cosa que vaya a ser yo el que vaya a buscárselo —dijo Amos—, porque incluso con sus gafas de sol le produciría a usted un terrible dolor de cabeza.

—Maldición —dijo el hombre gris—, es cierto. —Sacó de su bolsillo una tira de tela carmesí con dibujos naranjas, se acercó al baúl y la introdujo por un pequeño agujero redondo que había en la parte superior. Al desaparecer el

último vestigio de tela, la cosa del interior de la caja dijo: *¡Mlpbgrm!*

—Estoy ansioso por verle a usted pasar el momento más feliz de su vida —dijo Amos—. Pero todavía no me ha dicho qué es lo que usted y su más cercano y querido amigo esperan encontrar en el espejo.

—¿Ah, no? —dijo el hombre gris. Se inclinó bajo la mesa y sacó una bota blanca de cuero, se acercó al baúl, alzó la tapa y la echó dentro.

¡Org! Este sonido no provenía del baúl: provenía de Amos tragándose el último trozo de salchicha demasiado de prisa. Él y el hombre gris se miraron el uno al otro, y ninguno dijo nada. El único sonido provino del baúl: *¡Grublmeumplefrmp... hic!*

—Bien —dijo por fin Amos—, creo que saldré a dar una vuelta por la cubierta.

—Tonterías —replicó el hombre gris alisando sus guantes sobre sus muñecas—. Si tiene que estar despierto esta tarde, entonces mejor será que se vaya a dormir ahora mismo.

—Créame, un poco de aire fresco me haría dormir mucho mejor.

—Créame a mí —dijo el hombre gris—, he puesto un pellizquito de cierto producto en sus huevos y en sus salchichas que le hará dormir mejor que todo el aire fresco del mundo.

Súbitamente Amos sintió que los párpados se le cerraban, que le volaba la cabeza, y se deslizó sobre su silla.

Cuando despertó, estaba acostado en el suelo de la cala del barco dentro de la celda, y Jack, en paños menores —ya que los marineros le habían asaltado al volver aquella mañana, devolviéndole al carcelero las ropas que llevaba puestas—, estaba intentando despertarle.

—¿Qué te pasó? —preguntó Amos, y Jack se lo contó.

—Nos han descubierto y todo se ha perdido —terminó el príncipe—. Porque ya es mediodía, y el sol está en su cenit y desprendiendo todo su calor. El barco ha atracado a dos millas de allá, y el hombre gris debe de estar a punto de salir a buscar el tercer trozo de espejo él mismo.

—Así se le reviente la cabeza en mil pedazos —dijo Amos.

—A callarse ahí dentro —dijo el carcelero—. Estoy intentando dormir — y extendió su trozo de lona de vela gris y se acostó.

En el exterior el agua lamía los costados del barco, y al cabo de un

momento Jack dijo:

—Hay un río que corre junto al castillo del Lejano Arco Iris, y cuando uno baja al jardín el agua suena igual que ahora contra las murallas.

—Vamos, no te pongas triste —dijo Amos—. Necesitamos toda nuestra astucia en este momento.

De alguna parte surgió el sonido de alguien golpeando el casco.

—Aunque en verdad —dijo Amos mirando hacia el techo— yo tuve una vez un amigo llamado Billy Belay, un viejo marinero con una pata de palo; solía jugar con él a las pajitas. Cuando subía a su habitación en la Taberna del Marinero, se le podía oír caminar igual que ahora.

El golpeteo volvió a sonar.

—Sólo que ese ruido no viene de arriba —dijo Jack—, sino de abajo.

Miraron hacia el suelo. Entonces Jack se puso a cuatro patas y miró bajo el catre.

—Aquí hay una trampilla —le susurró a Amos—, y alguien está llamando.

—¿Una trampilla en el *fondo* de un barco? —preguntó Amos.

—No nos hagamos preguntas —exclamó Jack—, abrámosla.

Agarraron la anilla y tiraron hasta abrir la trampilla. A través de la abertura no se veía más que la verde superficie del agua. Entonces bajo la superficie apareció Lea.

—¿Qué estás haciendo ahí? —susurró Amos.

—He venido a ayudaros —contestó ella—. Habéis recuperado dos tercios del espejo roto. Ahora tenéis que recuperar el tercer trozo.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Jack.

—Sólo la superficie brillante de las cosas nos mantiene separados —dijo Lea—. Si os zambullís por aquí, podréis salir buceando por debajo del barco.

—Y una vez que estemos fuera del barco —dijo Amos—, podremos volver a subir a él.

—¿Por qué habríamos de hacer semejante cosa? —preguntó Jack.

—Tengo un plan —dijo Amos.

—Pero ¿funcionará, aunque el hombre gris esté ya en el jardín de vivos colores e intensos perfumes, caminando entre las fuentes de mármol rosa donde refulgen las mariposas negras? —preguntó Jack.

—Funcionará mientras el unicornio plateado guarde el fragmento del espejo —dijo Amos— y el hombre gris no haya podido cogerlo. Ahora, al agua.

El príncipe se zambulló y Amos se lanzó detrás de él.

—¿Queréis callaros ahí adentro? —dijo el carcelero sin abrir los ojos.

En el jardín, el hombre gris, con sus gafas de sol encajadas firmemente sobre sus ojos y un paraguas protegiéndole la cabeza, estaba de hecho caminando entre los vivos colores y los intensos perfumes y las fuentes de mármol rosa donde refulgían las mariposas negras. Hacía calor, el sudor le inundaba y le dolía terriblemente la cabeza.

Llevaba caminando largo rato, y a pesar de sus gafas oscuras podía distinguir el verde y el rojo de los capullos florecidos, las frutas púrpura que pendían de las ramas, los melones naranja que había en las vides. No obstante, la cosa más molesta de todas eran las nubes de mosquitos dorados que zumbaban a su alrededor. Agitaba el aire con su paraguas, pero volvían inmediatamente.

Después de lo que le pareció un tiempo largo, muy largo, vio un parpadeo plateado, y acercándose vio que era un unicornio. Estaba en el pequeño claro, resplandeciente. Justamente detrás del unicornio estaba el último trozo del espejo.

—Bueno, ya era hora —dijo el hombre gris, y empezó a caminar hacia él.

Pero en el momento en que puso los pies en el claro, el unicornio piafó y golpeó el suelo con sus pezuñas delanteras, una después de la otra.

—Lo cogeré rápidamente sin organizar ningún escándalo —dijo el hombre gris.

Pero cuando se adelantó, el unicornio se adelantó a su vez, y el hombre gris se encontró con la afilada punta del cuerno del unicornio pegada a la tela gris de su camisa, justamente a la altura de su ombligo.

—Tendré que rodearlo entonces —dijo el hombre gris. Pero al moverse hacia la derecha, el unicornio se movía hacia la derecha; y cuando se movía hacia la izquierda, el unicornio hacía lo propio.

Procedente del espejo se escuchó una carcajada.

El hombre gris miró por encima del hombro del unicornio, y en el trozo de cristal no vio su reflejo, sino la cara de una joven mujer.

—Me temo —dijo ella alegremente—, que jamás podrás coger el espejo a menos que te lo permita el unicornio, ya que fue puesto aquí por un mago tan grande y tan viejo y tan terrible que ni tú ni yo tenemos por qué preocuparnos por él.

—Entonces, ¿qué es lo que debo hacer para que este animal cabezota me deje pasar? Dímelo rápido, porque tengo prisa y me duele la cabeza.

—Tienes que mostrar que eres digno —respondió Lea.

—¿Y cómo se hace eso?

—Tendrás que mostrar lo listo que eres —dijo Lea—. Cuando yo estaba libre de este espejo, mi profesor, para ver lo bien que había aprendido mis lecciones, me hizo tres preguntas. Contesté a las tres, y las preguntas eran más difíciles de las que jamás hubiera contestado hombre o mujer alguno. Voy a hacerte tres preguntas que son diez veces más difíciles, y si las respondes correctamente, podrás coger el espejo.

—Pregúntame —dijo el hombre gris.

—Primera —dijo Lea—, ¿quién está justo detrás de tu hombro izquierdo?

El hombre gris se volvió a mirar por encima del hombro, pero lo único que vio fueron los colores del jardín.

—Nadie —respondió.

—Segunda —dijo Lea—, ¿quién está justo detrás de tu hombro derecho?

El hombre gris miró en la otra dirección y a punto estuvo de quitarse las gafas de sol. Entonces decidió que no era necesario, ya que todo lo que vio fue una masa de colores confusos.

—Nadie —contestó.

—Tercera —dijo Lea—, ¿qué es lo que te van a hacer?

—Aquí no hay nadie y nadie me va a hacer nada —dijo el hombre gris.

—Has contestado mal a las tres preguntas —dijo Lea tristemente.

Entonces alguien agarró al hombre gris por un brazo, y alguna otra persona por el otro brazo, y le tiraron panza arriba al suelo, le hicieron darse la vuelta y le ataron las manos a la espalda. Uno le cogió por los hombros y el otro por los pies, y sólo se entretuvieron el tiempo suficiente para recoger el espejo del claro, cosa que el unicornio les dejó hacer alegremente ya que no

cabía duda alguna de que habían contestado a las preguntas de Lea.

Pues uno de los dos era Amos, con la parte superior del traje del príncipe del Lejano Arco Iris, menos un pequeño trozo verde de la manga y una tira de la capa carmesí; se había puesto detrás de unos arbustos de forma que el hombre gris no pudiera ver sus pantalones, menos pintorescos. El otro era el príncipe Jack en persona, con la parte inferior del traje puesto, menos una bota blanca; se había colocado detrás de una rama baja de tal modo que el hombre gris no había podido verle de la cintura para arriba.

Con el espejo a buen recaudo —tampoco se olvidaron del paraguas y las gafas de sol del hombre gris— volvieron al barco. El plan de Amos parecía haber surtido efecto; habían conseguido subir de nuevo al barco y coger el traje del camarote del hombre gris sin que nadie los viera, para después escabullirse en busca del espejo hacia el jardín.

Pero aquí la suerte les volvió la espalda, ya que no habían hecho más que llegar de nuevo a la playa cuando cayeron sobre ellos los marineros. El carcelero se había despertado al fin, y al descubrir que sus cautivos habían desaparecido, habían organizado una partida de búsqueda que se disponía a partir justo cuando Amos y el príncipe llegaban al barco.

—¡Traición, contratación y recontraición...! —exclamó triunfante el hombre gris mientras se llevaban a Amos y al príncipe de vuelta a la cala.

La trampa había sido claveteada firmemente esta vez, y ni siquiera a Amos se le ocurría un plan.

—Levad anclas y partamos hacia la más gris y triste isla del mapa —gritó el hombre gris.

—¡Partimos! —gritaron los marineros.

—Y que nadie me moleste hasta que lleguemos —dijo el delgado hombre gris—. Hoy he tenido un mal día y la cabeza me está matando.

El hombre gris se llevó el tercer trozo del espejo a su camarote, pero se sentía demasiado mal como para juntar los fragmentos, de modo que dejó el último trozo sobre el baúl, se tomó varias aspirinas y se acostó.

VII

Sobre la más gris y triste isla del mapa hay un grande y tétrico castillo, y grandes escalones de piedra gris llevan desde la playa hasta la tétrica morada del delgado hombre gris. A la siguiente tarde gris, el barco atracó al pie de las escaleras, y el hombre gris, arrastrando a los dos cautivos amarrados, subió hasta la puerta.

Más tarde, en el salón del castillo, Amos y el príncipe se encontraron atados a la pared trasera. El hombre gris se rió para sus adentros al colgar los dos tercios del espejo. El último tercio estaba sobre la mesa.

—Por fin está a punto de ocurrir —dijo el hombre gris—. Pero, antes que nada... Amos, tú has de recibir tu recompensa por la ayuda que me has prestado.

Llevó a Amos, aún maniatado, hasta una pequeña puerta que había en la pared.

—Ahí dentro está mi jardín de joyas. Tengo más joyas que ningún otro hombre en el mundo. ¡Ugh! Me dan dolor de cabeza. Ve de prisa, toma tu recompensa, y cuando vuelvas te mostraré a un hombre en el momento más feliz de su vida. Después te meteré a ti con tus joyas en el interior del baúl, junto con mi más cercano y querido amigo.

Con la punta de su delgada espada gris cortó las ligaduras de Amos, empujándole al interior del jardín de joyas y cerrando la pequeña puerta firmemente a su espalda.

Era un Amos entristecido el que vagaba entre aquellas brillantes pilas de piedras preciosas que tanto brillaban y refulgían a su alrededor. Las paredes eran con mucho demasiado altas para poderlas escalar, y encerraban el jardín por completo. Siendo como era un hombre inteligente, Amos sabía que había situaciones en las que era un gasto inútil de astucia el intentar encontrar alguna salida. Así que, tristemente, cogió una pequeña carretilla que había en lo alto de una colina de rubíes y empezó a llenarse los bolsillos de perlas. Una vez que hubo sacado un caldero lleno de oro de un pozo que había en medio del jardín, puso toda su recompensa sobre la carretilla, volvió hasta la puerta y llamó.

La puerta se abrió y se vio arrastrado a través de ella y amarrado de nuevo. El hombre gris condujo a Amos de vuelta al lado del príncipe y llevó la carretilla al centro de la habitación.

—En cuestión de un momento —dijo el delgado hombre gris—, verás a un hombre en el momento más feliz de su vida. Pero primero he de asegurarme de que mi más cercano y querido amigo pueda ver también. —Se acercó al gran baúl negro, que parecía aún más negro y más grande, y lo puso de costado; entonces, con la gran llave de hierro, lo abrió casi hasta la mitad, de manera que quedara mirando en dirección al espejo. Pero desde donde estaban Amos y Jack no conseguían ver su interior.

El hombre gris tomó el último trozo de espejo, se acercó a la pared y lo encajó en su sitio, diciendo:

—Lo único que siempre he deseado más que ninguna otra cosa, para mí y para mi más querido y cercano amigo, es una mujer digna de un príncipe.

Inmediatamente se produjo un trueno, y una gran luz relampagueó en el restaurado espejo. El hombre gris dio un paso atrás, y del espejo salió la bellísima y digna Lea.

—¡Oh, felicidad! —rió el delgado hombre gris—. ¡Ella también es gris!

Porque Lea estaba cubierta de gris de pies a cabeza. Pero casi antes de que acabara de hablar el hombrecillo, ella se aflojó la capa gris y ésta cayó en torno a sus pies.

—¡Oh, horror! —exclamó el delgado hombre gris, y dio otro paso atrás.

Bajo la capa gris llevaba otra escarlata con rubíes llameantes que refulgían con la luz como relámpagos. Soltó su capa escarlata y ésta también cayó al suelo.

—¡Oh, miseria! —gritó el hombre gris, y dio un nuevo paso atrás.

Porque bajo su capa escarlata llevaba un velo de raso verde, y alrededor de su borde relampagueaban amarillos topacios bajo la luz de los relámpagos, que aún surgían del espejo. Apartó el velo de sus hombros.

—¡Oh depresión definitiva...! —aulló el delgado hombre gris, y volvió a dar un paso atrás, ya que el traje que llevaba bajo el velo era de plata con remates de oro, y su corpiño era de seda azul incrustado de perlas.

El último paso llevó al delgado hombre gris hasta el mismísimo interior del baúl abierto. Dio un grito de sorpresa, tropezó, el baúl rodó sobre un

costado, y la tapadera se cerró con un chasquido.

Y no se oyó sonido alguno.

—Había esperado que pudiéramos evitar esto —dijo Lea, mientras se acercaba para desatar a Jack y a Amos—. Pero ya no hay nada que podamos hacer. Jamás podré agradecerlos lo suficiente que recogierais los trozos del espejo y me liberarais.

—Tampoco nosotros podemos agradecerte —dijo Amos— la ayuda que nos has prestado para hacerlo.

—Ahora —dijo Jack, frotándose las muñecas—, podré volver a mirarme en el espejo para saber por qué soy el príncipe del Lejano Arco Iris.

Él y Lea se acercaron al espejo y se quedaron mirando sus reflejos.

—Vaya —dijo Jack—, yo soy un príncipe porque soy digno de serlo, y conmigo hay una mujer digna de ser princesa.

En el interior del marco dorado ya no aparecía su reflejo, sino una ondulante tierra de prados verdes y amarillos, con casas rojas y blancas, y en la lejanía un castillo dorado que se recortaba sobre un cielo azul.

—¡Ésa es la tierra del Lejano Arco Iris! —exclamó Jack—. ¡Casi podríamos tocarla! —y empezó a avanzar.

—¿Y qué hay de mí? —gritó Amos—. ¿Cómo hago para volver a casa?

—Igual que nosotros —contestó Lea—. Cuando hayamos desaparecido, mira el espejo y verás tú también tu hogar.

—¿Y eso? —preguntó Amos, señalando hacia el baúl.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Jack.

—Bueno, ¿qué es lo que hay dentro?

—Míralo y lo verás —dijo Lea.

—Me da miedo —dijo Amos—. Ha dicho cosas tan horribles y terribles.

—¿Miedo tú? —se rió Jack—. ¿Tú, que me rescataste tres veces de la sentina, te aventuraste por el pantano gris y montaste en los hombros del Viento del Norte?

Pero Lea preguntó suavemente:

—¿Qué fue lo que dijo? Yo he estudiado las lenguas de los hombres y tal vez pueda ayudarte. ¿Qué dijo?

—Oh, cosas horribles —contestó Amos—, como *onvbpmf* y *elmblpf* y *orghmflbfe*.

—Eso significa —dijo Lea—, fui metido en este baúl por un mago tan grande y tan viejo y tan terrible que ni vosotros ni yo tenemos por qué preocuparnos por él.

—Y dijo *glumphvmr* y *fuffle* y *fulrmp* —añadió Amos.

—Eso significa —dijo Lea—, fui metido aquí para que fuera el más querido y cercano amigo de todas aquellas personas adustas y grises que engañan a todo el que ven y que son incapaces de disfrutar de nada que tenga colores en el mundo.

—Luego dijo *orlmnb*, y *mlpbgrm* y *grublmeum-pleffrmp-hic*.

—Traducido un tanto libremente —dijo Lea—: «El deber de uno es frecuentemente algo difícil de realizar con la alegría, buenos modos y diligencia que los demás esperan de nosotros; no obstante...»

—Y cuando el delgado hombre gris se cayó dentro del baúl —dijo Amos—, no emitió ningún sonido.

—Lo cual —dijo Lea— puede ser traducido por: «lo hice.» A *grosso modo*.

—Si tú lo dices —dijo Amos. Se acercó al baúl, dio tres vueltas a su alrededor, y temerosamente alzó la tapadera. No vio nada, de modo que la abrió aún más. Al ver que seguía sin ver nada, la abrió del todo.

—Válgame, pero si no hay na... —empezó a decir. Pero entonces algo le llamó la atención desde el mismísimo fondo del baúl, y metió la mano para cogerlo.

Era una barra de cristal, corta y triangular.

—¡Un prisma! —dijo Amos—. ¿No es sorprendente? Es la cosa más sorprendente que he visto en mi vida.

Pero estaba solo en el salón del castillo; Jack y Lea habían partido ya. Amos corrió hasta el espejo justo a tiempo para verles caminar a lo lejos a través de las praderas verdes y amarillas hacia el castillo de oro. Lea apoyaba la cabeza en el hombro de Jack, y el príncipe se volvía para besar su pelo negro como ala de cuervo, y Amos pensó: «He ahí dos personas pasando el momento más feliz de sus vidas.»

Entonces la imagen cambió, y se halló mirando una familiar calle empedrada de la costa, húmeda de lluvia. Acababa de terminar una tormenta y las nubes empezaban a disiparse. Calle abajo, el anuncio de la Taberna del

Marinero oscilaba empujado por la brisa.

Amos corrió a recoger su carretilla, puso encima de todo el prisma, y la llevó hasta el espejo. Después, sólo por si acaso, volvió y cerró cuidadosamente el baúl.

Alguien abrió la puerta de la Taberna del Marinero y gritó:

—¿Por qué está todo el mundo tan triste esta tarde, cuando hay un maravilloso arco iris envolviendo el mundo?

—¡Es Amos! —exclamó Hidalga, saliendo a toda carrera de detrás de la barra.

—¡Es Amos! —exclamó Billy Belay, golpeteando tras ella con su pata de palo.

Todos los demás clientes de la taberna salieron corriendo también. Efectivamente era Amos, y efectivamente un arco iris se combaba sobre ellos hacia los lejanos horizontes.

—¿Dónde has estado? —exclamó Hidalga—. Todos pensábamos que habías muerto.

—No me creerías si te lo contara —contestó Amos—, ya que no haces más que decir que nunca te tomas en serio la palabrería de ningún hombre.

—Cualquier hombre que es capaz de salir de una taberna una noche sin más que lo puesto y volver al cabo de una semana con eso —y señaló la carretilla llena de oro y joyas—, es un hombre al que hay que tomar en serio.

—Entonces cástate conmigo —dijo Amos—, porque yo siempre pensé que tenías un sentido común asombrosamente bueno en cuanto a quién creer y a quién no creer. Tus últimas palabras te han mostrado digna de mi opinión.

—Ya lo creo que lo haré —dijo Hidalga—, puesto que siempre pensé que eras un hombre con una inteligencia poco corriente. Tu regreso con esta carretilla ha demostrado que eras merecedor de mi opinión.

—Yo también creí que habías muerto —dijo Billy Belay—, después de que saliste corriendo de aquí con aquel hombre gris y su gran baúl negro. Nos contó terribles historias de los lugares a los que pretendía ir, y tú te limitaste a ir con él sin haber oído más que la recompensa que ofrecía.

—Hay momentos —dijo Amos— en los que es mejor conocer tan sólo la

recompensa y no los peligros.

—Y obviamente aquél era uno de esos momentos —dijo Hidalga—, ya que has vuelto y vamos a casarnos.

—Bueno, entra entonces —dijo Billy— y juguemos a las pajitas, y así podrás contarnos toda la historia.

Volvieron a entrar en la taberna, llevando la carretilla frente a ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Hidalga al entrar.

Cogió el prisma de cristal de encima de la carretilla.

—Eso —contestó Amos— es el otro extremo del Lejano Arco Iris.

—¿El otro extremo del arco iris? —repitió Hidalga.

—Allí —dijo Amos señalando al exterior de la puerta— está aquel extremo. Y allí está ese extremo —y señaló a la ventana del frente—, y aquí mismo está el otro extremo.

Entonces le mostró cómo una luz brillante que lo atravesaba se descomponía llenándole a ella las manos de todos los colores que pudiera imaginar.

—¿No es fascinante? —dijo Hidalga—. Es la cosa más sorprendente que he visto en mi vida.

—Eso es exactamente lo mismo que dije yo —le dijo Amos, y ambos se sintieron muy felices, porque ambos eran lo suficientemente inteligentes como para saber que cuando un marido y una esposa están de acuerdo, eso significa que tienen por delante un largo y feliz matrimonio.

EL PRIMER ATAQUE

Zenna Henderson

La señora Henderson, conocida sobre todo por sus poéticos relatos del ciclo Pueblo, nos sorprende en esta ocasión con un nuevo enfoque de la posible conductividad terrestres-alienígenas.

Bueno, pues tuve un ataque. Qué cosa más estúpida. Nosotros los Martin no tenemos ataques. Seguimos nuestro camino hasta los ochenta o noventa años de edad más o menos, en posesión de nuestras facultades, hasta que nuestros corazones se apagan con un clic y volvemos al seno del Señor. Es una manera de funcionar agradable y confortable, bien mirado, aunque a veces el clic en cuestión se ha producido en los momentos más inoportunos... o lugares.

Y héteme aquí, un Martin y con sólo setenta años y ¡tuve un ataque! Sin aviso. Sin preliminares. Simplemente, ¡zas! Resultó, como mínimo, interesante.

Estaba en el jardín segando el césped y renegando de los hormigueros donde aquellas hormigas rojas —hormigas cosecheras—, sea como fuere, esas hormigas grandes y rojas habían salido de sus agujeros después de la hibernación y habían acumulado arena alrededor de los agujeros, y habían hecho largos y delgados senderos que partían de ellos y cruzaban toda mi pradera. Esos montículos son infernales para la segadora, y entre ellos y los senderitos mi césped siempre tiene un aspecto astroso y parcheado. He combatido a esas hormigas durante todos y cada uno de los años de mi vida, pero la situación sigue en *impasse*.

Recuerdo que di un paso que no llegué a concluir. Después del clic de la segadora contra el bordillo de cemento se apagaron todos los sonidos. Verdaderamente interesado en todo, ni asustado ni herido, simplemente fijándome en todo. En primer lugar el mundo aceleró su rotación, arrastrándome con él hasta que estuvo a punto de arrancarme de mí mismo, pero me mantuve firme. Me encontré allá en lo alto viendo desde arriba mi casa y mi jardín, el jardín poco mayor que un naipe, abajo a lo lejos, con una

pequeña mota negra cerca de un costado. Aquello era yo y las cosas seguían haciéndose cada vez más pequeñas, como si yo fuera en tren alejándome a toda velocidad de la Tierra. Después todo vino de vuelta con tal impulso que la casa y los árboles y la hierba surgieron en torno a mí como una fuente. Entonces me encontré hundido a tan poca profundidad que me quedé viendo cómo una nueva hilera de células hacía surgir las hojas de hierba como si estuvieran empujando la antena de la radio de un coche.

Entonces todo empezó a dar vueltas y a balancearse de nuevo y los colores se volvieron lo suficientemente vivos como para ahogarme, y también los sonidos, y todo más sonoro y más brillante y más rápido hasta que se produjo un salvaje chirrido de frenos y hubo un cortocircuito en alguna parte. Lo único que había era un gris neutro y vacío. Los detalles volvieron poco a poco, como si alguien estuviera dibujándolos, tridimensionales. Mi cara estaba apoyada sobre el bordillo. El verde recortado pinchaba mi mandíbula y el bordillo oprimía mi mejilla como el mango de un martillo. No estoy seguro de que mis ojos estuvieran abiertos, pero podía ver. En primer lugar el áspero plano blanco grisáceo del camino, con una grieta diagonal desde aquel lado hasta mi mejilla y más allá la línea que había entre dos bloques del camino. A lo largo de los bordes, podía ver la hierba, quieta y roma donde acababa de cortarla. Podía ver y en cierto modo sentir, pero era incapaz de mover una pestaña.

Entonces vi las hormigas.

Seguían tozudamente su camino en pulcras hileras, cruzando mi línea de visión de un extremo al otro, acarreando todo tipo de cosas, dirigiéndose a su nido. Y viendo como veía en aquel momento, aquellas hormigas me parecieron tan grandes como sapos verrugosos.

Por todos los demonios, pensé. ¡Como se dediquen a mí, esto se va a poner interesante de verdad! Esas hormigas grandes y rojas pegan unos picotazos que parecen un atizador al rojo vivo, y se quedan colgadas con sus mandíbulas y curvando la parte de atrás del cuerpo y metiéndole a uno todo ese ácido fórmico que tienen. Algunos dicen que sólo muerden, otros dicen que sólo pican. Algunos dicen que hacen las dos cosas. Pero sea lo que fuere que hagan, duele como el demonio, y yo me hincho como un cachorro envenenado.

¡Oye! Y qué pasa si esas cosas se toman verdadero interés por mí y encuentran la forma de entrarme dentro. ¡Y me muerden! ¡Y me bloquean las vías respiratorias! ¡Madre mía, eso sería el final de todo!

Intenté averiguar si tenía o no la boca abierta. Pero aun así, ¡estaban las narices y los oídos! ¡De modo que empecé a sentirme profundamente interesado en aquellas hormigas!

Una hormiga pasó de largo con una ramita. Una... no, dos hormigas con semillas... parecían semillas de césped de Johnson. Una hormiga con un bloque de algo... parecía azúcar. Un vehículo blindado con una antena telescópica... Una hormiga con...

¿Vehículo? ¡Blindado! ¡Antena telescópica!

Intenté echarle otro vistazo a aquella cosa, pero ¡había desaparecido ya de mi vista!

Una hormiga con una pata de saltamontes. Una hormiga con una miga de pan. Una hormiga con un enorme trozo de hoja que la desequilibraba cada cuatro pasos más o menos. ¡Un vehículo blindado con una antena telescópica!

Lo observé con toda la atención posible hasta que desapareció de mi vista. Tenía ruedas o cadenas bajo él, y algo que se movía donde debería ir el conductor. ¡Vaya, esto sí que era interesante!

Las hormigas seguían pasando de largo, ignorándome, excepto una que dejó en el suelo su semilla de césped de Johnson y se acercó a mí agitando inquisitivamente sus antenas, con una de sus patas delanteras levantada a modo de indicador. Pensé *¡Largo! ¡Fuera!* con todas mis fuerzas hasta que se dio la vuelta, recogió su semilla y se fue a toda prisa. Y con intervalos de tres o cuatro hormigas, aquellos vehículos blindados con antenas telescópicas.

Entonces uno de *ellos* se salió de la fila y se acercó tanto a mí que ya no podía ni verlo. ¡Pero podía oírle! El sonido había vuelto a mí, vacilante como la radio por la noche en una zona apartada. Podía oír el susurro de las patas de las hormigas según pasaban. Creo que incluso oía el entrechocar de los átomos que iban acelerando sus movimientos al calentarse el camino cada vez más por el calor del sol del mediodía. Entonces se interfirieron las voces, rugiendo con más intensidad que las cataratas del Niágara, luego más suaves que la nieve cayendo sobre la nieve, pero siempre con un delgado hilo de

inteligibilidad, sin importar su volumen:

«... Molesta ser tan pequeños. No podemos hacernos una idea de la perspectiva real...»

«... Más fácil ser lanzados y viajar con este tamaño que grandes. Deberíamos ser devueltos a nuestro tamaño en cuanto nos reunamos todos.»

«¡Bof! Me pregunto si nos enfrentaremos con mucha hostilidad. Estas criaturas parecen bastante pacíficas. No consigo acostumbrarme a totalizar una población.»

«Riesgos del juego. Nosotros jamás iniciamos la destrucción.»

«Tampoco nos hemos molestado demasiado en hacer preguntas. Oh, bueno, estas criaturas no están suficientemente cerebradas como para pensárselo mucho.»

«Pero no son las dominantes. Aquí encima de nosotros puedes ver una porción de uno de los dominantes.»

«No parece muy activo. No puedo captar ninguna...»

«No es característico. Está casi moribundo, desafortunadamente. Fuimos advertidos de no poner en funcionamiento ni accidentalmente ni a propósito, ninguno de nuestros... ahí está el Vehículo 67...»

Entonces, ¡que me ase en el infierno si los muy caraduras no se volvieron a meter en la línea y se marcharon! Dos vehículos, con blindaje y antenas telescópicas. Una hormiga con una pepita de melón, una hormiga con una miga de pan... marrón...

La dureza y el calor del bordillo empezaron a clavárseme en la mejilla y un millar de alfileres empezó a hincarse en mi barbilla. Hubo una súbita marea de ruido, puntuada por el sonido de pasos sobre el camino.

¡Oh, oh!, pensé. ¡Aquí viene esa vieja empalagosa! tenía que ser ella la que me encontrara tirado aquí, indefenso en medio del suelo. Hubo un alarido como el de un reclamo para alces, y un golpe un tanto pastoso contra el suelo.

Ya lo sabía yo, pensé, cerrando los ojos, que habían adquirido una expresión de paciencia. ¡Ahí se quedó la Jalea! Veamos, ¿hoy es Martes? Sí, Jalea de plátano con piña incorporada.

Aquella vieja pelma de la casa de al lado. Tontita ella. Bien entrada en la cincuentena y todavía enfrascada en la caza del hombre. Incluso a sus

cincuentaitantos años es demasiado vieja para mí. Nació vieja, supongo. Y tampoco me gusta demasiado la jalea. Bueno, qué remedio, tal vez pueda necesitarla ahora, ya que mis mandíbulas no parecen funcionar. Pero probablemente ya no me traiga más. ¿Para qué le iba a servir ahora? No puedo moverme, no puedo hablar. No puedo ver a través de toda esa tumultuosa oscuridad que me cubre como si fueran olas que agitan mis hombros... es que ella me está sacudiendo y gritando: ¡Señor Martin! ¡Señor Martin!

¡No le contestaría, aunque pudiera!

Bueno, tardé algo de tiempo, pero ya estoy casi como nuevo. Sólo estoy esperando recuperar todas mis fuerzas. Aún vacilo un tanto al andar, a veces, pero también eso se me está pasando.

—No tienes nada que no sea cosa del Anno Domini —dijo el doctor Klannest hoy cuando pasó a, según él, hacerme una visita, pero en parte vino también a buscar un cuartelillo—. Si tuviste un ataque, saliste de pura suerte. No hay señal alguna de daño permanente... que no estuviera ya ahí.

—Anno Domini —piafé a modo de respuesta—. ¡No tengo más que 73 años! ¡Conoces a mi familia! ¡Viviré para ver tu entierro!

—No lo dudes —dijo levantándose cansadamente, los planos de su cara colgándole, profundizando las arrugas—. Especialmente si me sacan de mi consulta a tirones más veces para recogerte mientras tengo que mantener a raya a unas hembras histéricas.

—¡Esa vieja pelma! —dije. Después me eché a reír—. Desde luego, se ha de haber impresionado mucho con el asunto. Se cargó por completo su programa de actividades. Ahora trae la jalea los viernes. Esperaba que con un poco de suerte la hubiera curado de hacer jalea. No fue así.

—Bueno. —El doctor Klannest se enderezó como pudo—. No es mala cosa tener a alguien que esté lo suficientemente interesado en uno como para estar pendiente.

—Desde luego que está pendiente —dije con sorna.

—Cuídate —dijo el doctor, y se fue camino abajo.

—Cuídate tú —dije a sus espaldas. Me tenía preocupado. Estaba

trabajando al límite de sus fuerzas.

Miré hacia el césped. Aún no había crecido demasiado. No había sido regado lo suficiente como para que creciera mucho. Anduve hasta donde estaba aún mi segadora. Aquellas malditas hormigas cruzaban el camino como una marea roja. Había casi terminado la hierba de aquel lado antes de que ocurriera todo el incidente. Bueno, tendría que esperar hasta que recuperara algo más de empuje.

Arrastré la segadora hasta el garaje, aplastando unas cuantas hormigas de paso. Después saqué mi quemador de malas hierbas. *Todos los años*, pensé, *¡todos los años la misma historia!* No es que sirva para nada en absoluto. Pero lo hago de todas maneras.

Encendí el quemador y salí, con fuego en la mano, a batallar contra aquellas malditas hormigas. *Curioso*, pensé mientras barría con la mano el camino, calcinando las hormigas, que quedaban convertidas en apretadas bolitas negras. *Lo único que consigo recordar es que estaba pensando en las hormigas y de golpe esa vieja pelma aullando.* Era como haberse ido a dormir y despertarse sabiendo que tenía que haber pasado tiempo entre las dos cosas... y sueños.

Y sueños. Repasé de nuevo los hormigueros, después apagué el quemador. Las malditas hormigas se apoderan de todo a poco que las dejemos. Sueños. Algo había... ¿nunca han atrapado un sueño por la cola, intentando traerlo de vuelta a la consciencia?

Salí al paseo. Me dirigí al garaje para guardar el quemador, aplastando las pelotitas de carbón bajo mis pies. ¡De repente, uno de ellos empezó a moverse de debajo de mí! Recuperé el equilibrio con el otro, ¡y que se me lleven los demonios si también el otro no se puso a deslizarse de debajo de mí! *¡Otra vez no!*, pensé. *¡Yo soy un Martin!* Pero después de un par de patinazos más me encontré sobre la hierba. Agitado, pero aún en pie.

En cuanto recuperé la respiración, me agaché para mirar el camino. No podía haber patinado más de unos pocos centímetros con cada pie. No había sido más que la precariedad de mi equilibrio lo que había hecho que me pareciera medio metro. Ni siquiera lo hubiera notado si para empezar me hubiera sentido más seguro de mis propios pies.

Toqué una de las motas de carbón con el dedo. Se deshizo dejando una

manchita. *Me estoy volviendo viejo si una cosa como ésta puede derribarme,* pensé. Toqué otra. Manchita. Otra. ¡Se escurrió bajo la presión de mi dedo, rodando de una forma torpe y excéntrica!

¡Vaya! ¡Aquello era interesante! Me acerqué a donde había ido a parar el chismecito negro, lo apreté firmemente con el dedo, y después lo levanté para verlo más de cerca. Era como una bolita metálica deformada y ennegrecida. Sentí una opresión en el pecho. Aquella presa que tenía aún sobre la cola de mi sueño súbitamente se engrandeció sobre mi mente y casi me dejó sin respiración.

Estuve tocando puntos negros hasta que tuve media docena de los pequeños pegotes metálicos, pensando futilmente. *¡Yo no quería hacerlo...!* *¡Yo no quería hacerlo!* a cada uno que encontraba. Les limpié del hollín que los cubría frotándolos contra la palma de mi mano. Después parpadeé ante el brillo opaco del metal. Pequeños pegotes de metal entre las pelotitas de carbón...

Miré a lo alto... y a mi alrededor. ¿Enseñárselo a alguien? ¿Alguien que se burlara de mi insensatez? ¿Alguien a quien explicar aquella agresión inintencionada? ¿Alguien?

Nadie.

Y entonces, al otro lado del carbonizado y oscurecido paseo, aparecieron de nuevo todas las líneas reagrupándose, dirigiéndose hacia las carbonizadas, oscurecidas cumbres de los nidos de hormiga cuyos incontables túneles atravesaban el terreno bajo mi césped. Cientos y cientos fuera del alcance de la vista, indemnes.

Una línea se desvió ligeramente en torno a la punta de mi zapato y siguió su camino.

Una hormiga con una ramita. Una hormiga con una semilla. Una hormiga con un trozo de algo. Y un...

EL HOMBRE QUE PODÍA SUMINISTRARNOS ELEFANTES

John Brunner

Últimamente, John Brunner se dedica a escribir poesía; lo que, afortunadamente, aún le deja tiempo para obsequiarnos de vez en cuando con una narración como ésta, en la que el pintoresco título no desmerece en absoluto del contenido.

—¿Elefantes africanos? —dijo el señor Secrett—. ¡Por supuesto que pueden ser domesticados! Incluso aquellos palurdos de los cartagineses sabían cómo hacerlo. Sin duda no ha escapado a su conocimiento —agitó las orejas haciendo así que sus gafas se deslizaran por su nariz, de modo que pudiera mirar con gesto de reproche por encima de ellas— ese Aníbal que cruzó los Alpes con elefantes obtenidos en ese continente. De hecho, yo tengo cierta experiencia personal acerca de lo tratables que son, si bien en un contexto un tanto heterodoxo...

Pensativamente se frotó la barbilla. De repente su mirada estaba perdida en el pasado y la lejanía.

Reconocí aquellos síntomas y gozosamente abandoné toda esperanza de realizar algo más de trabajo aquel día. En la vida de cada escritor debería haber un bibliotecario como el señor Secrett, que preside oscuros y apacibles corredores en la Real Sociedad de Lingüística Aplicada, una fundación característicamente victoriana que se remonta a los días en los que el conocimiento de las lenguas era perseguido más para favorecer los objetivos del Imperio y las ambiciones de los misioneros cristianos que por su valor intrínseco. Las ediciones políglotas del Evangelio de San Marcos, resumidas por la Sociedad habían sido cedidas, largo tiempo ha, al SPCK, y hace más de cuarenta años que editaron uno de sus Libros de Frases para el Servicio Colonial, de los cuales el mejor testimonio —gracias a un programa cómico de la BBC Radio Cuatro— comienza con la frase inmortal: «Mi nombre es (*insértese aquí el nombre*), pero tú has de dirigirte a mí llamándome Jefe.»

Francamente, es un lugar trasnochado. No obstante sirve para una serie de propósitos valiosos, entre los cuales —y no el menos importante— está el hecho de que durante la última década ha suministrado un refugio para el

señor Secrett.

—Hay gente —me dijo una vez en tono meditabundo— que está destinada a acabar en los *cul-de-sac* de la historia... en los, por así llamarlos, los apéndices vermiformes del tiempo. Yo soy una de esas personas; estoy seguro de ello. Como consecuencia, este lugar me viene como anillo al dedo.

Es posible que entre los beneficios marginales esté el hecho de que en mis numerosas visitas jamás le haya visto hacer, de hecho, nada de trabajo por sí mismo. Éste es, al parecer, el territorio de una sucesión sin fin de extraños, cansinos ayudantes sobre los cuales él, como ya dije, preside. Algunos son de edad avanzada; algunos de mediana edad; algunos bien podrían apenas haber salido de la Universidad. Yo no apostaría ni un céntimo por ello. La atmósfera cerrada, polvorienta y rancia de la biblioteca parece contagiárseles a todos en el momento en que llegan, y traen solicitudes al señor Secrett y desaparecen con sus órdenes sumidos en una especie de sombrío trance, mientras él se ocupa desarrollando su curiosidad del momento: aprender Amharic, por ejemplo, o correlacionar las Baladas Infantiles con antologías de cuentos populares hindúes. A veces, lo confieso, me pregunto qué será lo que opinan los empleados del señor Secrett acerca del funcionamiento de las cosas...

Afortunadamente, no obstante, no me encuentro entre ellos. Tan sólo resulta que tengo una tarjeta para la biblioteca RSAL que tiene sobre ella el sello de *Visitante Privilegiado*. Tras leer uno de mis libros, un miembro del consejo de la Sociedad me la mandó en un pasajero ataque de entusiasmo. Me siento muy honrado. Cada vez que necesito saber algo realmente fuera de lo normal, lo que hago es ir a ver al señor Secrett.

La mente militar (dijo el señor Secrett) es literal hasta el absurdo. ¿Acaso no hemos oído todos hablar acerca del recluta campanólogo que se presentó ante la llamada del sargento, que había solicitado a alguien que tuviera conocimientos acerca de cómo hacer sonar las campanas y que fue mandado a arreglar el timbre eléctrico del comedor de los oficiales?

Posiblemente se pregunte usted qué tiene esto que ver con los elefantes. Bien, pues de no haber sido por la citada tendencia a la literalidad, el ejército

tal vez podría haber valorado mis capacidades y en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial haberme asignado a puestos en los que pudiera ponerlas en juego ventajosamente. Un joven muchacho como yo planeando hacer carrera en el abastecimiento alimentario de los transportes... Bueno, tal vez al final fuera para bien. En cualquier caso, sin el aliciente de ser introducido a patadas, estoy seguro de que jamás habría descubierto la aptitud para los lenguajes que a lo largo de los años me ha suministrado tantas alegrías, y lo que fue el elemento motor de las patadas fue la convicción automática de algún cabeza cuadrada de que un recluta con el nombre de Secrett tenía que estar dotado hereditariamente para la labor de inteligencia. Bien es verdad que muchos de los que llevan este apellido lo derivan de una palabra franco-normanda que se traduce como «discreto» o tal vez «digno de confianza»; pero en mi caso en particular es un redeletreado corrupto del nombre bautismal escandinavo Sigrid. Uno de mis antepasados, según me dicen, era una desafiante madre soltera.

Más aún, es posible que si hubiera seguido con la especialidad que tenía en mente me hubiera encontrado en una posición de redundancia prematura. Había puesto mis ambiciones en desarrollar una cocina para los aeroplanos: cocina sin llama que pudiera funcionar con seguridad, incluso teniendo al alcance de la mano una bolsa de hidrógeno...

No importa. Intervino la guerra. Así es como fui a parar a un rincón hediondo, pantanoso, humeante, repleto de fiebres del África Occidental en una coyuntura en que todos los jefazos y los muchachos de oficina —sin duda tanto en el lado del Eje como en el nuestro— estaban sacando a la luz las ideas más descabelladas con la esperanza de que alguno de aquellos planes enloquecidos les permitiera ganar una marcha al enemigo.

El proyecto que me llevó a mi encuentro con los elefantes tuvo un comienzo más que medianamente racional. La campaña del África del Norte estaba en plena marcha, y los alemanes estaban siendo obligados a retirarse hasta el punto, o así se esperaba, en que surgiera la oportunidad de invadir Italia, eliminando así su principal aliado europeo.

Lo que hacía echar humo a la cabeza de los estrategas era el problema de suministrar un número suficiente de aviones a los escenarios bélicos norteafricanos y del Oriente Medio. Mientras que Brasil no entró en la

guerra, de hecho hasta más adelante, había allí grupos de influencia que preferían la causa británico-americana sobre la nazi-fascista, y estaban dispuestos, si no se organizaba demasiado alboroto, a conceder a los aliados el mismo tipo de privilegios sobre las islas de Fernando Noronha que los británicos habían ya conseguido de Portugal, su «más antiguo aliado» con respecto a las Azores. El planificar etapas para los aviones partiendo del saliente más oriental de Sudamérica vía África Occidental *en route* a la batalla parecía, supongo, una razonable contrapartida del Servicio de Ferry Aéreo que ya estaba operando a través del Atlántico Norte.

Y efectivamente así podría haber sido de no ser por el burocrático y cabezudo hábito de decretar «así ha de ser» después de consultar mapas en lugar de consultar a gente que haya estado allí. Los atlas indicaban que existía una localización óptima para construir una pista de aterrizaje lo suficientemente grande como para hacerse cargo del flujo de aviones previsto en una oh-tan-precisa referencia en el mapa, cerca de la desembocadura de un río diminuto que atravesaba un territorio donde nadie en particular estaba ejerciendo el control, aunque teóricamente estábamos sobre suelo colonial francés y la administración aplicable había declarado a favor de De Gaulle contra Pétain. De modo que fue allí donde nos mandaron.

«Nos», incidentalmente, éramos un Corps Royal Pioneer mayor de nombre Barney Wimsell, un oficial de la Francia Libre llamado Raoul Fleaud (que había sido asignado no porque estuviéramos en lo que se suponía que era territorio francés, sino porque había sido ingeniero civil especializado en la construcción de carreteras antes de la guerra), y alrededor de una veintena de otros rangos bajo el mando del sargento mayor de la Compañía Corkran, una persona cuyo estólido enfoque de la vida jamás podré olvidar. Mi papel, como teniente recién comisionado, era el de establecer contacto con los habitantes locales y alistar una fuerza de trabajo adecuada para despejar y aplanar un campo de aterrizaje y para excavar fosas que sustituirían a los barracones para guardar piezas de recambio y combustible. Mi facilidad para los idiomas me había sorprendido agradablemente hacía poco, y el ejército me había hecho seguir un cursillo de árabe. Según los informes, los habitantes del área al parecer lo hablaban además de su lengua nativa, dado que habían sido convertidos al islamismo allá por el siglo XVI o XVII, y se

daba por supuesto que, caso de fallar Fleaud con el francés, yo podría salir adelante.

Pero desde el momento de nuestra llegada a aquel sofocante lugar nos apercebimos de que lo que se nos había ordenado hacer era absurdo. Ninguno de los libros de referencia consultados por quienes se habían sacado aquel plan de la manga podía haber sido de fiar, o hubiera mencionado que el área designada para la construcción del futuro aeropuerto formaba parte de un pantano de veinte por veinticinco kilómetros, cubierto de denso y húmedo bosque y prolífico sotobosque, al cual desaguaban las torrenceras de una respetable barrera de colinas. El antedicho pantano era zona de cría de una nociva variedad de mosquito; el citado mosquito era el vector de preferencia de la malaria en aquella región y, gracias a una habilidosa muestra de sabotaje llevada a cabo por un general que no aprobaba nuestra misión, el suministro de mepacrina que debería habérsenos asignado había sido enviado a Burma para los chindits.

Y el tope de tiempo que teníamos para construir nuestra pista de aterrizaje era... cuatro semanas.

Ni siquiera nos estaba permitido mandar una protesta por radio. Por supuesto teníamos radios con nosotros, pero con el único fin de que pudiéramos escuchar a horas preestablecidas las órdenes que habían sido revisadas. Se suponía que la operación era de lo más secreta, y teníamos prohibido romper el silencio radiofónico a menos que fuéramos atacados por tropas del eje. Dado que las más cercanas de tales tropas estaban Dios sabe a qué distancia, no teníamos más alternativa que seguir adelante con el trabajo y «mostrar voluntad», incluso aunque lo único que pudiéramos mostrar a la larga fuera la antedicha voluntad.

Así que arrimamos el hombro, montamos el campamento y tendimos lonas sobre lo que se suponía que eventualmente sería la pista de aterrizaje — una especie de gran entarimado de placas metálicas planas perforadas, abisagradas de tal manera que pudieran ser enrolladas en unos tambores de cable de tamaño desmesurado, que habían sido desarrolladas, creo, para suministrar a los tanques una vía segura de aproximación a los puentes de

Bailey sobre las riberas fangosas—. Y pasamos nuestro primer anochecer farfullando acerca de la imbecilidad de los generales en general.

Al día siguiente salí con Fleaud, y siguiendo senderos prácticamente inexistentes, a la luz de unos mapas que no habían sido revisados en los últimos cincuenta años, atravesando una continua avalancha de repulsivos insectos, de alguna manera llegamos a encontrar el camino hasta el poblado más cercano. Nos habían dicho en la sesión de información general antes de partir que el *Service Propagandiste Francophone des Combattants d'Outremer* había tenido un impacto considerable en aquel área, utilizando las películas informativas de los propios nazis sobre cómo trataban a los prisioneros de guerra negros, y cuanto menos aquello resultó cierto en la práctica. Tanto el Jefe como el Imán, que en nuestros términos se corresponderían con el señor de la tierra y el párroco, estaban muy bien dispuestos a hablar con nosotros de negocios.

Desafortunadamente, nuestro plan exigía al menos doscientos cincuenta o trescientos trabajadores capaces. De aquel poblado teníamos posibilidades de reclutar tal vez unos veinte. Estábamos en pleno apogeo de la temporada de las fiebres; miráramos donde fuera veíamos gente yaciendo a la sombra con un incontenible castañetear de dientes y chorreando sudor, y en el transcurso de nuestra visita un niño fue trasladado para su entierro. El Imán nos señaló con fatalismo que era la voluntad de Alá que la epidemia durara aún un mes más.

Aún así, conseguimos que firmaran aquellos que se mantenían en pie, y a la mañana siguiente se presentaron al alba, y el CSM Corkran les puso a cortar árboles a lo largo de la línea propuesta para la pista de aterrizaje. No era derribar el bosque, no obstante, nuestro verdadero problema; el problema era apartar los troncos de modo que se pudiera limpiar el suelo de la vegetación restante, y después volverlos a poner como cimentación de los rollos de placas metálicas que habíamos llevado.

Hacer que la pista de aterrizaje llegara a ser funcional durante el tiempo suficiente como para que al menos pudieran ser traídas las piezas de recambio y el combustible que precederían a los aeroplanos procedentes de Brasil requeriría —según los cálculos de Fleaud— al menos tantos troncos gruesos de árbol como crecían en el radio de un kilómetro. Allá en el Alto Mando

habían pasado por alto la naturaleza del terreno. Teníamos con nosotros, por supuesto, un tractor; había arrastrado los tambores de «carretera instantánea» desde la costa. No obstante, a falta de ayuda, su conductor predijo amargamente que podría pasarse seis meses trabajando, en lugar de uno, para terminar aquella obra, y eso en el supuesto de que la máquina no se hundiera en el pantano.

Aparte de los troncos de árbol no había literalmente nada a nuestro alcance que pudiera suministrarnos la necesaria sustentación.

No obstante, seguimos adelante con optimismo.

Del siguiente poblado que visitamos pudimos contratar tan sólo una docena de trabajadores en condiciones. Del tercero, no obstante, contratamos al doble, y nuestra moral subió porque quedaban aún cuatro o cinco por visitar dentro de una distancia razonable. No tenía sentido reclutar gente más allá; carecíamos de medios para darles de comer y teníamos que confiar en que fueran a sus casas al anochecer y volvieran al alba.

A la puesta del sol, aquel día pudimos ver un claro discernible en el bosque y brindamos por nuestro logro con el coñac que Fleaud había añadido a nuestro botiquín con propósitos estrictamente medicinales. A pesar del zumbido de los mosquitos, por un momento pareció que íbamos a lograr lo que nos habíamos propuesto.

A la mañana siguiente, no obstante, el mayor Wimswell tenía escalofríos y fiebre alta, y estaba tan mareado que no podía ni ponerse en pie.

Corkran, uno de aquellos admirables «perros viejos» que lo han visto todo ya, le envolvió con todas las mantas que pudo encontrar (o su equivalente, dado que la dotación de mantas para una zona tropical es mínima), le dio unas aspirinas y puso a un soldado a montar guardia y llenarle de té caliente cada vez que se despertara. Fleaud argumentaba que debería ser tratado con *tisane*, que a sus ojos era la cura segura contra cualquier fiebre; pero cuando perdí la paciencia y le invité a que fuera a buscar las hierbas necesarias, pareció recordar súbitamente que no estaba en Provenza y se calló.

En mi opinión ése debió de ser el primer síntoma de su contagio. En cualquier caso, cuando volvíamos con andar cansino del siguiente poblado de nuestra lista con la promesa de sólo otros seis o siete hombres en

condiciones, empezó a delirar y se derrumbó. Lo mismo hizo el hombre que vigilaba a Wimswell alrededor de la medianoche. Y yo mismo sentía cierto mareo por aquel entonces, de modo que comprobé mi temperatura y me encontré con que tenía un grado de fiebre. Al menos, no obstante, yo seguía estando en condiciones de valerme por mí mismo... o en cualquier caso me convencí de que así era.

A veces sospecho que es la manera en que la guerra fuerza a una persona a sobrepasar lo que suponía eran los límites de su ingenio o de su tolerancia, lo que la hace fatalmente atractiva incluso en una era en la que las armas destruirán los restos al tiempo que al enemigo. Yo sabía perfectamente bien (al igual que Wimswell y Fleaud en sus momentos de lucidez, y también por encima de todos Corkran, ya que tenía que ir dando de baja a un segundo hombre, después a un tercero, después a media docena de una sentada, porque eran incapaces de ponerse en pie) que con los recursos que quedaban resultaría imposible construir la pista en el tiempo concebido.

Y a pesar de todo, seguíamos trabajando con la vaga esperanza de que se produjera un milagro. Esto ocurre continuamente durante todas las guerras importantes. Lo que hizo que este episodio fuera diferente fue que el milagro ocurrió.

¡Irónico, sabe usted! Allí estaba yo, un muchacho de veinte años de edad, en mi segunda salida a ultramar; y con un uno por ciento de la experiencia del CSM Corkran, estaba a cargo de toda la operación, ahora que mis dos superiores habían caído enfermos. *De facto*, como es lógico, era Corkran el que mantenía las cosas en marcha; pero cuando con cada día que pasaba empezaron a fallar más trabajadores, y aquellos que aparecían estaban en contacto con la realidad sólo a medias, empezó a tomarse el pulso obsesivamente, y cada hora en punto venía a pedirme el termómetro de la unidad, como si entretanto pudiera habersele disparado la fiebre sin que lo hubiera notado.

A pesar de todo, se lograba un cierto adelanto en el trabajo. Yo empecé a sentirme enormemente orgulloso de mí mismo, no sólo porque gracias a la perseverancia de Corkran y los otros soldados, cuando no estaban demasiado enfermos, y la de los trabajadores nativos, los árboles estaban cayendo visiblemente, sino también porque estaba siendo capaz de hacerme cargo de

la tarea luchando al mismo tiempo contra la fiebre. Corkran estaba inmunizado, como se dice por ahí. Yo no, pero aun así seguía funcionando.

Visto a posteriori, supongo que estaba bajo los efectos del mismo tipo de ilusión que la que sufre un borracho que no cree estarlo hasta que un desastre se lo demuestra.

En mi caso, por sorprendente que parezca, lo que me alcanzó no fue ningún desastre. Fue el milagro que mencioné anteriormente.

Éste, no obstante, no tuvo lugar hasta el cabo de una semana aproximadamente.

Un par de días después de que Fleaud se pusiera enfermo, el número de trabajadores había disminuido a la mitad del original, y yo podía prever que al día siguiente el total se convertiría en la mitad de nuevo. Nosotros, los que vivimos en climas templados, tenemos suerte de padecer pocas enfermedades endémicas más graves que el catarro común, que hace que uno se sienta suficientemente miserable, sin duda, pero que raras veces implica un delirio inmediato. Era muy difícil dormir en nuestro campamento aquellos días. Invariablemente alguno de los enfermos aullaba en la noche gracias a alguna terrible pesadilla. La de Fleaud le llevó de vuelta al tiempo que había pasado en un seminario —sus padres querían que hubiera sido sacerdote—, donde era atormentado una y otra vez por un director de coro que se negaba a creer que nadie pudiera tener una oreja enfrente de la otra. Sus intentos de cantar gregoriano a pleno pulmón fueron suficientes como para dar mala fama a la música durante toda la eternidad.

Parecía, dadas las circunstancias, que la medida más constructiva que podía yo adoptar era la de hacer una gira por los poblados cercanos que quedaban aún por visitar. Incluso un puñado de trabajadores más podrían —o eso me atrevía yo a imaginar en mi confusa situación— desequilibrar la balanza a favor de nuestro proyecto.

Dejando a Corkran al mando, partí con el hombre del que se podía prescindir con menos problemas: un cabo de comunicaciones llamado Smithers, cuya tarea de estar a la escucha a las horas prefijadas para recibir mensajes del cuartel general podía ser realizada por cualquiera que no

estuviera delirando en aquel momento. Más aún: había admitido insensatamente que había sido *boy-scout* y había aprendido a leer mapas y a utilizar la brújula, lo que le convertía en el personaje ideal para acompañarme.

En cada uno de los poblados que quedaban nos encontramos con lo que por aquel entonces yo ya había identificado como la situación estándar de toda la región. Hablo de poblados, pero de hecho algunos eran pequeñas ciudades con un floreciente comercio, incluso en medio de la guerra, en bienes manufacturados de importación, así como en productos locales. En tiempos había habido un fuerte portugués cerca de la boca del río —hoy en día ruinoso y cubierto de verde— donde los comerciantes de esclavos intercambiaban sus cautivos por lujos europeos. No tuve dificultad alguna en localizar a los diversos jefes, imanes y otros dignatarios equivalentes con los que nos encontramos. Constituían una clase musulmana dominante que gobernaba sobre un campesinado que se adhería, incluso tras el paso de los siglos, a sus viejas creencias paganas. Los peces gordos comprendían el árabe, como me habían dicho durante la sesión de información general; no obstante, al dirigirme a la gente en este idioma, la mayor parte de la población resultó conocer sólo el tipo de frases que podrían corresponderse con órdenes promulgadas por un jefe y elogios serviles ofrecidos a éste por sus inferiores. Era algo así como si sus conocimientos, en términos del idioma inglés se limitaran a comentarios como: «¡Ven! ¡Vete! ¡Haz lo que se te ha dicho!», junto con algunas florituras como: «Que el señor le bendiga, Excelencia, es un hermoso día, vaya, diantre.»

Bien, si esta gente tenía que realizar el trabajo por nosotros, íbamos a tener que inventar alguna manera de hablar los unos con los otros. Su lenguaje pertenecía al grupo mandingo —como pude averiguar mucho más tarde—, de modo que resultaba extraordinariamente difícil para alguien que piensa en términos indoeuropeos; pero entre nosotros (yo y un puñado de nativos que estaban lo suficientemente sanos) nos montamos un semilenguaje operativo. Menciono esto porque en un momento dado empecé a preguntarme si los abúlicos y parasitarios jefes y sus familias de chupones estaban mintiéndonos para evitar que nos lleváramos trabajadores de cuya producción dependían para su supervivencia; pero resultó al final que la fiebre era

realmente tan severa y duradera como afirmaban, ya que los trabajadores — los granjeros comunes y sus esposas— nos lo confirmaron.

Además, cosa curiosamente divertida, bajo las condiciones del primitivismo, uno no tiene que trabajar ni remotamente el mismo número de horas ni durante tanta parte del año, para ganarse el sustento, como ocurre en nuestra llamada sociedad civilizada. Desde que averigüé esto, he estado preguntándome en qué aspecto, si es que hay alguno, somos superiores...

Undumi era el poblado más lejano que habíamos llegado a visitar, y para cuando quisimos terminar con las negociaciones, la tarde llegaba a su término. El Jefe, cuyo nombre era Dafoud, y su hermano Yossein, que casualmente era el Imán —una vez más el montaje jefe-sacerdote—, sugirieron que pasáramos allí la noche; podían poner a nuestra disposición una choza vacía. Pensando que ésta era la forma más probable de coger la fiebre, estaba a punto de rechazar la oferta; pero el sabroso aroma de un estofado de carne de cabra me convenció para que aceptara. Apuntémoslo, pensé medio mareado, en el capítulo de las relaciones públicas.

Smithers se mostraba notablemente poco entusiasmado con la idea. Pero era lo que más adelante ha dado en llamarse gráficamente un «cabeza de bolo», mientras que yo lo consideraba como una especie de pequeña aventura.

Ahora por fin llegamos a mi milagro.

Smithers y yo acabábamos de retirarnos a dormir, y estábamos intentando que nuestros desacostumbrados huesos se acomodaran sobre un par de esteras de paja extremadamente escuetas, cuando oímos una suave llamada desde el exterior. Reconocí un par de palabras; alguien estaba pidiendo permiso para entrar.

Con un suspiro le invité a que lo hiciera.

En el umbral de la puerta, alumbrado por la luz de la apestosa y llameante lámpara de aceite de palma que nos había prestado una de las esposas del jefe, apareció un hombre envejecido al que le faltaban los incisivos superiores y tan delgado, que una buena ráfaga de viento podría llevárselo. Vestía el típico taparrabos de las clases inferiores más un par de collares, y llevaba una

pértiga de la que obviamente tenía que hacer uso con frecuencia para andar.

Se presentó como Edusu, hijo de Obe, hijo de Obe. Aguardó un momento como medio esperando que consideráramos impresionante la información, después se inclinó y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo entre nuestras esteras.

—Yo sé cómo pueden construir ustedes su pista de aterrizaje —dijo.

Así contado parece algo sencillo, pero de hecho debimos tardar cosa de media hora en llegar hasta aquel punto de nuestra discusión, complementando y sustituyendo palabras por dibujos en el suelo arenoso de la cabaña; la pértiga del viejo servía de pluma.

Y cuando Edusu consiguió hacernos comprender lo que quería decir, estuve a punto —afortunadamente sólo a punto, ya que lo hubiera tomado como una ofensa grave—, *estuve a punto*, decía, de echarme a reír. No sé muy bien cómo me limité a plantear la ardiente cuestión:

—¿Cómo?

A modo de respuesta, borró lo que ya había dibujado en el suelo y dibujó encima un elefante.

Mi fiebre debía de estar aproximándose a su apogeo, ya que aunque mi cabeza parecía lúcida, lo que en ella hacía las funciones de la lógica tenía muy poco en común con lo que me gusta considerar mi sentido común habitual. Inmediatamente mi cerebro se llenó de visiones. No desperdiicé el tiempo en preocuparme acerca de la supuesta imposibilidad de entrenar elefantes africanos; fue varios días más tarde, de labios de Wimswell, cuando oí por primera vez ese cuento de viejas. Pero había visto documentales en los que aparecían elefantes, y gracias a algún artículo que había leído por casualidad sabía que un elefante adulto puede mover un tronco de un peso de unas dos toneladas. Por su parte ellos también pesan lo suyo. Los veía apartando los árboles que habíamos derribado de la línea de la pista de aterrizaje, de modo que pudiéramos quitar los matojos, y después no sólo trayéndolos de vuelta y depositándolos ordenadamente uno junto al otro para servir de cimentación para nuestra «pista instantánea», sino haciendo también el papel de apisonadoras cuadrúpedas, comprimiendo y nivelando la superficie hasta un grado que ni siquiera nuestra esperada banda de trescientos hombres hubiera podido igualar jamás.

Pregunté:

—¿Cuándo? ¿Cuántos? ¿Cuánto?

A la primera pregunta respondió:

—Mañana no. Un día después de mañana.

A la segunda:

—Tal vez veinte, quizá treinta.

A la tercera...

Se puso en pie, sonriendo torcidamente. A la tenue luz de la lámpara adoptó una pose de asombrosa dignidad; por un segundo pareció que él, y no Dafoud, debería ser el jefe del lugar.

—Nada —dijo—. No les costará nada. Existe una razón por la que se los ofrezco encantado.

Y, casi como si hubiera partido por alguna ruta distinta a la puerta, desapareció.

Smithers se había perdido mucho de esto, de modo que tuve que explicárselo. Él mantuvo una actitud escéptica... pero, por otra parte, no se sentía impresionado por nada de lo que África tenía para ofrecer. Durante la cena no había hecho más que comparaciones insultantes entre el plato de cabra que nos habían dado y un puchero de Lancashire. Aún así, en el fondo estaba tan impaciente como cualquier otro por ver terminado el trabajo, y si aquella era la única manera de realizarlo, sería la manera en que lo realizaríamos.

De acuerdo sobre este punto, nos echamos a dormir.

Durante la noche soñé con una vividez extraordinaria, como ocurre a menudo cuando uno tiene fiebre alta, con el resultado de que por la mañana no estaba del todo convencido de que la conversación hubiera tenido lugar. La forma subrepticia en que Edusu había entrado en contacto, en lugar de hablar en el momento en que todos los habitantes del poblado se reunieron para ver qué era lo que nosotros, forasteros blancos, buscábamos allí, parecía sugerir que no sería muy diplomático el contar a Dafoud y Yossein que había hablado con nosotros. Todo el mundo se reunió de nuevo para vernos partir, pero «todo el mundo» no incluía a Edusu, de manera que...

Sabe, debía de estar muy enfermo en realidad, a pesar de que paseaba normalmente y no había perdido el apetito. Porque no se me había ocurrido

preguntarle a Smithers si recordaba lo que yo recordaba, hasta que hizo un comentario casual en el transcurso del viaje de vuelta al campamento acerca del viejo al que le faltaban los incisivos.

Aquello inmediatamente remplazó el miedo que tenía de que todo hubiera sido una alucinación por una posibilidad aún peor: que Wimswell y Fleaud no aprobaran el compromiso en que nos habíamos metido.

Consideré una bendición el que cuando llegamos de vuelta ambos seguían aún demasiado enfermos como para discutir nada. Aquello me dejaba a solas con Corkran, cuya estolidez —como creo recordar que ya he mencionado— me sigue asombrando incluso después de todos estos años. Cuando le dije que si aparecían unos cuantos elefantes serían elefantes amaestrados y que venían a ayudarnos en nuestro trabajo, de modo que nadie debía asustarse, y sobre todo que los centinelas deberían ser puestos sobre aviso para que no se liaran a tiros con ellos, se limitó a tomar nota de la información y dijo:

—Muy bien, señor, ¿es eso todo por el momento?

A la mañana siguiente había, creo, superado la peor parte de mi fiebre; había tenido la suerte de contraer una variedad benigna, que duraba cuatro o cinco días en lugar de diez. Me levanté excitado, medio esperando verme al abrir la puerta de mi tienda con la nariz pegada a la rodilla de algún paquidermo intruso. Pero no había ni rastro de elefante alguno.

De lo que sí había rastro era de la vuelta de aquellos de nuestra fuerza de trabajo que habían caído enfermos después del primer día. Habiéndose recobrado en parte, se arrastraron hasta el campamento a base de fuerza de voluntad. Para cuando salí a la pista, Corkran estaba riéndose entre dientes de la satisfacción. Era la primera vez que habíamos conseguido reunir un centenar de trabajadores, poca cosa comparada con lo que se esperaba de nosotros, pero allí estaban. Y al día siguiente, con suerte, podríamos tener aún más.

Con tantos hombres trabajando, tuvimos que dividirlos en grupos. A falta de un mejor criterio para seleccionar capataces, separé a aquellos que llegaron vistiendo dashikis, o sea túnicas, en lugar de un simple taparrabos. La elección mostró estar de acuerdo con lo que la gente de la localidad consideraba el orden natural de las cosas. Los capataces seleccionados por este método arbitrario resultaron pertenecer sin excepción al grupo musulmán

dominante. Por supuesto, ellos no eran jefes ni imanes ni nada parecido a un pez gordo; los personajes de tan exaltado rango jamás condescenderían a *trabajar*. Pero todos eran sobrinos o primos de la nobleza. El resto eran igualmente musulmanes en teoría, pero paganos en la práctica. Muchos de ellos trajeron pequeños animales —un cordero recién nacido, o una gallina— e hicieron sacrificios durante su primer día de trabajo para asegurarse la buena suerte.

Con bastante sensatez, los ofrecimientos fueron después asados sobre hogueras, sirviendo así a la vez de ofrenda y comida...

Al llegar la media mañana había ya abandonado la idea de los elefantes, especialmente porque tras ciertas reflexiones me pareció muy extraño el que aparte de Edusu nadie de los poblados que hasta el momento habíamos visitado hubiera apuntado esta posibilidad. Si existía un número tan generoso de tales bestias —¿acaso no nos había prometido veinte, tal vez treinta?—, dentro de una distancia relativamente corta, ¿por qué no lo habría mencionado alguien antes?

Más aún: ¿para qué eran utilizados normalmente? No había siquiera operaciones madereras de importancia en la región, y dado el carácter atrasado de la cultura local, aquél era el único tipo de empresa en la que pude pensar se hiciera necesaria la utilización de tan vastas reservas de fuerza muscular.

Cuando me uní a Corkran en la tienda de mando para tomar una taza de té, a las 10.30 horas, y sacó a relucir el tema en tono jocosos, lamento tener que decir que estuve un tanto seco con él.

Lo lamento tanto más cuanto que no había hecho más que terminar de hablar cuando se produjo una conmoción en el exterior. Ambos nos abalanzamos hacia la salida. Con cortesía refleja Corkran me dejó pasar primero. En el exterior vimos...

Déjeme que se lo ilustre, como quien dice. Imagínese usted el cielo tropical sobre colinas cubiertas de un denso follaje verde, apenas visibles, sobre una zona más cercana de árboles y matorrales entremezclados. Hay un campamento militar, una docena de tiendas caqui, y algunas intrusiones de la

tecnología moderna como el tractor y los enormes tambores cubiertos de lona. Hacia el este del campamento los árboles han sido derribados a lo largo de unos cien metros, formando una especie de surco en el bosque. Trabajando para extender la zona clareada hay setenta hombres con taparrabos, brillando como ciruelas maduras por el sudor, bajo la dirección de nuestro escaso personal en buen estado además de media docena de capataces locales vestidos con dashikis de diversos colores que Manchester podría suministrar a bajo precio.

Y los trabajadores se han encontrado súbitamente con las arrugadas cabezas grises de veinticuatro elefantes, las miradas fijas en ellos desde los árboles sin derribar. ¡No es de extrañar que gritaran!

Pero aquello no fue nada comparado con el alarido que dio la bienvenida a Edusu, cuando apareció.

Durante un largo momento no le reconocí; tan sólo deduje que debía ser él porque no podía ser nadie más. Su huesudo cuerpo, desnudo aparte de un taparrabos, pulseras y tobilleras, todo de piel de elefante trenzado, estaba pintado de blanco, rojo y verde en dibujos que se repetían sobre un escudo que llevaba en la mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba un cetro. Lo llamo así porque era un símbolo de superioridad y dominación, como pude descubrir más adelante; pero no tenía parecido alguno con nada que nosotros consideremos real. Era, para ser precisos, la trompa de un elefante cuidadosamente secada y sujeta a un tallo de bambú en la posición que adopta la del elefante vagabundo cuando se prepara a cargar.

A la simple vista de esto, todos nuestros capataces echaron a correr como alma que lleva el diablo. Algunos de ellos tropezaron con sus propias túnicas...

Pero la reacción de los que eran simples trabajadores fue totalmente diferente. Corrieron hacia Edusu y se arrojaron de rodillas ante él, con los brazos alzados, y sonriendo sin excepción como si estuvieran empeñados en partirse la cara en dos. Al pasar ante ellos los elefantes, gritaron con sorpresa e incredulidad; después se pusieron en pie de nuevo y siguieron el camino de Edusu, que se dirigía directamente hacia donde yo estaba.

—¿Qué demonios pasa? —susurró Corkran, añadiendo automáticamente —. ¡Señor!

No pude contestarle. Estaba pasmado, mirando los elefantes con tanto desconcierto e incredulidad como cualquier otro. Honradamente, no puedo afirmar que reconociera inmediatamente lo que había de extraño en aquellas bestias. No obstante sí que pensé que se movían desacostumbradamente despacio; noté que, a menos que recibieran una orden de Edusu, permanecían simplemente en su sitio —ni siquiera agitaban las orejas contra las moscas, que zumbaban por millares en el aire húmedo y cálido—. Pero, dadas las circunstancias, lo que di por sentado fue que estaban impresionantemente bien entrenados.

Mi estado de confusión, al igual que las exigencias de la cortesía, me hicieron permanecer inmóvil en mi sitio hasta que Edusu se detuvo ante mí, apoyó la contera de su cetro contra el suelo, con lo cual se convirtió en una pértiga sobre la que apoyarse y dijo:

—Teniente Secrett, he aquí los elefantes que le prometí que construirían su pista de aterrizaje.

Recuperando el habla de nuevo, conseguí responder:

—Bien. Adelante con ello. —Y volviéndome hacia Corkran—: ¡Sargento mayor! Tenga la amabilidad de mostrar al señor Edusu los planos de la pista.

Al oír llamar «señor» a aquel africano desnudo y pintarrajeado, Corkran palideció; no obstante, recobró la compostura, y pasamos la siguiente media hora explicándole a Edusu lo que había que hacer. Éste, como ya había podido observar, era increíblemente rápido para captar las cosas. En cuestión de minutos entendió el punto crucial de que la pista tenía que ser muy dura y muy resistente, porque una vez que un aeroplano deja de volar por los aires, el aire ya no le sujetaba y recuperaba su peso normal, que podría ser el de varios elefantes.

—¡Será hecho bien! —nos aseguró, y se fue a... bueno, a dar instrucciones a su equipo—. No sé de qué otra forma llamar a lo que hizo. Llamó a sus elefantes, que formaron un círculo en torno suyo, y caminó del uno al otro dándoles lo que sonaban como instrucciones verbales bastante complejas, amplificadas con gestos y ademanes, mientras tanto blancos como negros nos quedábamos mirando fascinados.

Entonces los elefantes empezaron a hacer exactamente lo que se les había ordenado.

Incluso para el estólido Corkran debió de ser un espectáculo desazonador. Para el resto de los soldados era totalmente incomprensible. En cuanto a los trabajadores nativos... bueno, ¡estaban entusiasmados! Algunos intentaron correr hasta Edusu para besar sus pies; tuvo que apartarles con mandobles de su cetro.

Así fue como empezó el trabajo *de verdad* en la construcción de nuestra famosa pista de aterrizaje.

Una hora o así antes de la puesta del sol, Edusu volvió a acercarse a mí para explicarme que sus elefantes no trabajaban después del anochecer y que debía permitirles ahora comer y dormir y descansar durante la noche. Esto coincidía punto por punto con lo que yo había oído respecto a los elefantes indios —durante el día había estado rememorando cientos de referencias no sólo de trabajos serios, sino también de novelas e historias de aventuras que había leído de niño—, de modo que le di permiso para partir con mi más caluroso agradecimiento y mis más encendidos elogios.

Incluso esta primera incursión por parte de nuestros nuevos ayudantes había producido una transformación de nuestra zona de trabajo. Habían sido derribados el doble de árboles, y habían sido quitados de en medio y apilados ordenadamente. Ahora los hombres podían emprender el trabajo ligero, que era en realidad lo más que debíamos esperar de ellos dado su estado de debilidad: limpiar los matojos con hoces y hachuelas y enterrarlos, dado que estaba todo demasiado húmedo como para arder, aunque lo que pudimos quemar lo quemamos.

Lo que más preocupado me tenía era la fragilidad de Edusu. A pleno sol parecía mucho más viejo y enfermo de lo que me había parecido a la luz temblorosa de la lámpara de aceite que alumbró nuestro primer encuentro. Su chillona pintura corporal y su orgullosa postura ayudaban a disimular su cara, pero su ronca y temblona voz le traicionaba, y tenía que apoyarse en su cetro para hablar conmigo. Una vida de infección tras infección de malaria se había cobrado su inevitable precio.

Sugerí que uno de los hombres más jóvenes le acompañara, pero rechazó toda oferta de ayuda y partió con sus elefantes por el mismo camino por el que había aparecido aquella mañana. Lentamente. Ellos caminaban no como si estuvieran debilitados también —se habían pasado el día demostrando lo

fuertes que eran—, sino como si no tuvieran interés alguno en la tarea de poner un pie delante del otro. Como si, caso de no estar bajo las órdenes de aquel huesudo hombre viejo, se hubieran quedado tan contentos con detenerse donde estaban y no volverse a mover de nuevo.

Pero de momento no podía permitirme el preocuparme por tales asuntos.

En su momento los elefantes regresaron, no al amanecer, cuando empezaba el trabajo, sino alrededor de una hora más tarde, y una vez más trabajaron sin descanso ni instrucciones, excepto las verbales de Edusu, hasta bien entrada la tarde, y partieron de nuevo. El progreso era asombroso. A tal ritmo, a pesar de nuestros muchos problemas, existía ahora la posibilidad de que pudiéramos terminar la pista dentro del tiempo que nos habían asignado. Se me había ocurrido preguntarle a Edusu si sus elefantes serían lo suficientemente fuertes como para desenrollar nuestros tambores de «pista instantánea», y estaba preparado para su inmediata garantía de que sí lo eran. De modo que incluso si nuestro tractor se averiaba, podíamos tener la esperanza de continuar.

Aquella tarde pude darle a Wimswell las buenas noticias. Seguía estando débil, pero era capaz de incorporarse en la cama y tenía las ideas tolerablemente claras. Cuando le expliqué lo de los elefantes, no obstante, temí que fuera a tener una recaída, ya que pasaron largos segundos mientras se limitaba a mirarme con la boca entreabierta.

Finalmente consiguió poner en palabras lo que le rondaba por la cabeza.

—¿*Elefantes?* —explotó—. ¿Aquí en África? Secrett, ¡está usted loco! ¡Sólo los elefantes indios pueden ser amaestrados para realizar trabajos útiles!

Que fue, como me parece haber mencionado anteriormente, la primera vez que oía esa fábula.

—¡Pero es cierto! —objeté, y me volví hacia Corkran, que había entrado conmigo a la tienda de Wimswell.

—Verdad de la buena, señor —confirmó Corkran—. Acabamos de hacer más en un día de lo que pudimos hacer en seis sin su ayuda.

Wimswell se hundió en la cama.

—Estoy todavía demasiado débil para discutir —murmuró—. Pero juro

que no lo creeré hasta que no lo vea.

A la mañana siguiente consiguió ponerse en pie, afeitarse, ponerse el uniforme y salir a trompicones de la tienda para esperar la llegada de Edusu. Para más abundamiento, Fleaud decidió que estaba también lo suficientemente recuperado como para levantarse; evidentemente no lo estaba, ya que le empezaban a castañetear los dientes en el momento en que se le distraía la atención, y estaba muy pálido y le temblaban las manos, pero no había forma de razonar con él y salió en pijama a reunirse con nosotros.

Enfrentado a la evidencia incontrovertible de los elefantes, Wimswell no hizo más que agitar la cabeza y ordenarme que le presentara a Edusu tan pronto como fuera posible. Fleaud reaccionó casi con violencia.

—¡No es posible! —aullaba—. ¡Debo de estar todavía soñando con la fiebre! ¡Ésos no son elefantes... no lo son en absoluto!

Acordándonos del episodio de la *tisane*, Corkran y yo intentamos seguirle la corriente, pensando que aquello era una alucinación debida a que se imaginaba que estaba de vuelta en su amada Francia. No obstante, el individuo era de lo más persistente, y al final perdí la paciencia.

—¡Por todos los demonios, hombre de Dios! Tienen trompa en la parte delantera y rabo en la trasera y una pata en cada esquina, ¿no es así? Entonces, ¿cómo diablos quiere que los llamemos, aparte de elefantes?

—¡Está usted dudando de mi palabra, me está usted llamando mentiroso! —aulló iracundo Fleaud, procediendo a enunciar una lista de sus cualificaciones en la materia. En última instancia éstas se reducían a una miscelánea de retazos incoherentes, pero de éstos conseguí sacar en claro a qué se refería. Gracias al descubrimiento fortuito de un depósito de huesos fósiles en un yacimiento de caliza que había horadado mientras trabajaba en una nueva carretera entre Biarritz y la frontera española, había empezado a tomarse un interés un tanto superior al del lego en la materia en los animales extinguidos y había convertido en una especie de *hobby* el visitar museos y zoológicos para realizar bocetos de anatomía comparada. Es asombroso los compañeros de cama que se encuentra uno en la guerra, ¿no le parece? Lo que puede también ser un factor que contribuya a aumentar nuestro gusto por ella incluso en plena era nuclear... Perdóneme, intentaré no entrar en digresiones de nuevo.

Incidentalmente, había pasado por alto el mencionar que en aquellos momentos, Fleaud había empezado a hablar en francés, habiéndole privado la fiebre de su normalmente adecuado si bien nada notable dominio del inglés, con el resultado de que tanto Corkran como Wimswell —ninguno de los cuales comprendía el francés más allá del nivel del gracias y por favor— andaban, por así decirlo, un tanto confundidos. Yo mismo tenía dificultades en comprender a Fleaud mientras seguía desvariando acerca de la disposición de las orejas y la articulación de las rodillas y...

Y oímos un ruido seco.

Un disparo.

Todos rodeamos la tienda de mando, que no nos dejaba ver en la dirección de la que había venido el ruido. Tambaleándose hacia nosotros, aferrándose el abdomen y sangrando, venía uno de los centinelas que, gracias a un recordatorio de Corkran, había mantenido dispuestos a lo largo de los caminos que conducían a nuestro campamento. Esta forma de proceder era la correcta, pero, cándidamente, tras la reacción generalizada de bienvenida que habíamos obtenido en todos los poblados de la vecindad, jamás esperé que fuera necesario que utilizaran las armas que sacaban por turno del armero antes de entrar de guardia. Tal vez esta actitud se había extendido hasta aquel desdichado que cayó al suelo muriendo ante nuestros ojos; tal vez fue el ver a gente que reconocía lo que le hizo bajar la guardia, o tal vez fueran los niños, que no podían suponer una amenaza.

No lo sé.

Pero acercándose a nosotros había un grupo de hombres vestidos con dashikis, entre los cuales reconocí a Dafoud y a Yossein, y a los capataces que habían huido al llegar los elefantes. Estaban empujando con armas (que por su aspecto habían sido anticuadas hace un siglo, pero cuya índole mortífera acababa de ser demostrada) a un grupo de mujeres y niños. Algunos de éstos eran demasiado jóvenes como para andar y les llevaban en brazos sus madres.

Edusu dio una orden seca a sus elefantes. Éstos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se volvieron para plantar cara a los recién llegados. Los trabajadores a su vez abandonaron el trabajo y empezaron a murmurar entre ellos. Recuerdo con claridad lo blanco que resultaba el blanco de sus ojos en

sus caras desesperadas.

Nuestros otros centinelas estaban fuera de la vista. Mientras existía una remota posibilidad de que al oír el disparo respondieran volviendo de manera circunspecta e investigando antes de salir de cubierto, sería terriblemente peligroso intentar dar la alerta. Y el peligro derivado del delirio me había llevado a ordenar que no se llevaran armas en el interior del perímetro del campamento.

No era el momento de adoptar acciones positivas. Wimswell subrayó la cuestión cayendo de bruces. En cuanto a Fleaud, debía seguir estando igual de enfermo. No prestó prácticamente atención a los intrusos y continuó murmurando comentarios acerca de los elefantes y lo imposible que era que fuesen reales.

Di órdenes a nuestros hombres de que se mantuvieran quietos y que no hicieran gestos que podrían ser mal interpretados. El haber visto a uno de sus camaradas muerto a tiros les había puesto de un humor terrible, pero había al menos una veintena de armas apuntándonos no sólo a nosotros, sino también a las mujeres y a los niños.

Wimswell gimió e intentó levantarse. En un susurro teatral le rogué que se quedara quieto; algunos de aquellos hombres armados parecían tener el dedo alegre.

Dafoud se adelantó a sus compañeros y haciendo una bocina con las manos gritó una parrafada a Edusu en árabe —muy para mi sorpresa, ya que tenía la impresión de que el viejo no lo hablaba.

—¡Llévate a los elefantes adonde los has encontrado! —gritó Dafoud—. ¡Mataremos a las mujeres y a los niños si te niegas!

Edusu miró con tristeza al grupo de rehenes. Contestó inmediatamente también en árabe y con mejor acento que el mío:

—¡Juro que jamás volveréis a posar los ojos en mis elefantes después del día de hoy!

Concluyó inclinando la cabeza en señal de sumisión. Después, con un paso rígido y medido, se aproximó a mí.

—Teniente Secrett, *ellos* —inclinó la cabeza hacia Dafoud y Yossein— no permitirán que su aeropuerto sea construido.

—¿Por qué no? —conseguí decir.

—Creen que cualquiera que sea capaz de mandar sobre un elefante es un servidor de Shaitan. —Edusu se dirigía a mí en árabe y conseguía hacerse entender mucho mejor que con el tosco pseudolenguaje que habíamos venido utilizando hasta entonces—. Aquellas mujeres y niños que ve, son las mujeres de mi hijo, que está junto a Dafoud, con un dashiki azul, y mis nietos.

—Su hijo está... ¿está de *su* parte? —dije, incapaz de dar crédito a mis oídos.

Edusu suspiró:

—Oh, me traicionó hace ya mucho tiempo. Ahora acepta junto con todos los demás que mi conocimiento está maldito, y siempre se ha negado a dejarme que le enseñe lo que sé. Di la bienvenida a la oportunidad de ayudarles con su trabajo aquí, ya que era la única ocasión que jamás había tenido de convertir la teoría en práctica... Bien, he hecho lo que he podido. Ahora debo dar a mis elefantes una última orden.

Con los hombros caídos, se apartó de mí. Tan convincente era su actitud de resignación y derrota, que los hombres que nos rodeaban bajaron las armas. Dafoud y Yossein se rieron a carcajadas y se dieron palmadas en los hombros, excitados por la facilidad de la victoria. Edusu murmuró su «última orden».

Los elefantes cargaron.

Un segundo antes, se me había ocurrido preguntarme cómo, si efectivamente aquélla había sido la primera oportunidad que Edusu había tenido para poner en práctica su «teoría», se las había arreglado para reunir dos docenas de elefantes adultos que respondían perfectamente incluso a instrucciones muy complicadas. Mi línea de pensamiento, por supuesto, se vio inmediatamente desbordada.

Los hombres de Dafoud, evidentemente, dispararon. Varios de ellos lograron impactos directos. Un elefante fue herido en la pata delantera derecha, a la altura de la rodilla más o menos. Debía haber caído de bruces. En lugar de eso siguió avanzando. Lo mismo hizo el que recibió el tiro en medio de la boca abierta, supuestamente mortal de necesidad; yo vi

literalmente el agujero que la bala produjo bajo la trompa furiosamente alzada y entre las mandíbulas abiertas. Y otro recibió un disparo en el costado, una hembra. Tal vez fueran heridos más, yo no lo vi.

Pero de ninguno de los agujeros de bala que vi salió ni una gota de sangre...

El que le había echado el ojo a Dafoud le cogió por la pierna izquierda. Durante un terrible momento se le oyó gritar. Después fue *restallado* como un látigo. Y descartado.

Su hermano, el Imán, fue pisoteado quedando convertido en una mancha anónima.

El resto dejó caer sus inútiles armas y huyó. Pero Edusu, sonriendo de oreja a oreja, más estirado de lo que jamás le había visto, agitó su cetro dando nuevas órdenes; y antes de que tuviera ocasión de llegar a cubierto del bosque, el resto de la banda de Dafoud estaba, por así decirlo, bajo arresto. Mientras esto tenía lugar, me pregunté a mí mismo acerca de Edusu: ¿era esto la toma de poder que parecía?

Comprendiéndome perfectamente, se limitó a sonreír e indicó a los trabajadores nativos, que se nos aproximaban como una marea de gozo encarnado. Alzaron a Edusu sobre sus hombros y echaron a andar en una enloquecida procesión con baile por todo el campamento.

Mientras desahogaban sus entusiasmos, que demostraban de manera concluyente que les importaba un ardite el haber perdido a su Jefe y a su Imán, eché otro vistazo a los elefantes.

No había agujeros de bala en ninguno de ellos. Ni en la pata, ni en el costado, ni en parte alguna.

¿Acaso lo había soñado todo? ¿Había alucinado, como el pobre Fleaud? ¡Oh, sin duda eso debió ocurrir! Mi febril imaginación debía de haber suministrado la visión de aquellas balas dando en el blanco, y de hecho todos los disparos debían de haber fallado —cosa nada extraña, si uno se para a pensar en ella, si un momento antes de la carga de los elefantes los hombres que llevaban armas se habían relajado bajando la guardia...

Y aquí apareció de nuevo Edusu, aún sobre los hombros de sus — literalmente— seguidores, ordenándoles que le bajaran al suelo.

—Teniente Secrett —dijo formalmente—, me temo que hoy no se podrá

reanudar el trabajo. Hay motivos para hacer una celebración. El malvado reinado de Dafoud ha llegado a su término. Pero mañana ordenaré a éstos, que son hoy mi pueblo, que se presenten a trabajar, y yo traeré de nuevo mis elefantes para usted. Con una condición.

Fleaud, como superado por la sorprendente rapidez de los eventos, estaba sentado en el suelo con la mirada perdida y los dientes castañeteándole de nuevo. Algunos de los soldados estaban tan asqueados por la visión repugnante de lo que le había pasado a Yossein que tuvieron que apartarse a un lado y vomitar; Smithers fue uno de ellos. Wimswell, no obstante, estaba lo suficientemente recuperado como para ponerse en pie con un palo de una tienda a modo de apoyo y exigió que le explicara lo que decía Edusu. Yo traduje.

—¡Prométale cualquier cosa..., prométale la luna! —ordenó el mayor—. Sin su ayuda tenemos menos oportunidades que un merengue a la puerta de un colegio de terminar este trabajo.

Y añadió a modo de posdata, tras un instante de duda:

—Además, es posible que acabara de salvarnos la vida...

Sus palabras me hicieron estremecer. Tragando saliva, le pregunté a Edusu cuál era la condición.

—¡Hará usted que mi hijo trabaje junto con todos los demás, hasta que sus delicadas manos se llenen de ampollas y su blanda barriga se haga esbelta! —dijo fieramente el viejo.

—Así se hará —le aseguré, medio aliviado de que la cosa fuera tan sencilla, medio escandalizado por el veneno que había en sus palabras. Pero, en fin, si su hijo le había traicionado realmente...

Añadí una pregunta más:

Edusu, ¿por qué no se dirigió a mí en árabe antes? Todo hubiera resultado mucho más sencillo.

Su arrugada y anciana cara se oscureció, y sus ojos miraron a través de mí y más allá, hacia alguna otra era.

—Tengo razones para que no me agraden aquellos que trajeron aquí la lengua árabe —dijo finalmente, y de repente se vio rodeado de nuevo por hombres que gritaban y agitaban los brazos, empeñados en llevarle otra vez a hombros. Casi no tuvo tiempo de dar órdenes a sus elefantes de que le

siguieran antes de ser arrastrado de vuelta a Undumi. Sus nueras y nietos se sumaron a la muchedumbre, un tanto intimidados, y al cabo de un par de minutos nosotros, los forasteros blancos, estábamos solos con nuestros prisioneros.

Improvisamos, más que organizamos, un funeral para el desafortunado centinela. Para que todo el mundo pudiera asistir, Corkran propuso que atáramos a todos los hombres de Dafoud, incluido el hijo de Edusu. Wimswell estuvo de acuerdo con la idea y ordenó además que no se les diera nada, ni siquiera agua, hasta que empezara el trabajo al día siguiente, cuando volvieran Edusu y los trabajadores. Ninguno de nosotros dudaba de la convicción del viejo en ese aspecto. Estaba claro que era considerado como el jefe por derecho propio de Undumi. Accidentalmente nos habíamos encontrado metidos hasta el cuello en un *coup d'état* en miniatura. Afortunadamente el gobernador depuesto era al parecer un usurpador.

Aparte de aquello, el resto de los acontecimientos del día me habían planteado una serie de rompecabezas insolubles. ¿De dónde había conjurado Edusu a sus elefantes? ¿Cuánto hacía que había sido depuesto de la jefatura de Undumi? ¿O acaso nunca había llegado a ostentarla, sino que simplemente era el heredero de un cargo del que algún antepasado había sido depuesto?

¿Y qué había de aquellos agujeros de bala que había visto... y que después no había visto?

Wimswell, afortunadamente, estaba en disposición de retomar el mando, al menos de momento, de modo que le pedí permiso para ir a ver cómo estaba Fleaud. Uno de los soldados le había ayudado a volver a su tienda, donde le encontré estremeciéndose igual de intensamente que antes, pero con las ideas claras y capaz una vez más de hablar en inglés.

Recostado en un macuto que habían puesto en un extremo de su cama en *lieu* de una almohada, saludó mi aparición en la entrada de la tienda con un grito.

—¡No me importa lo que usted pueda decir... éstos no son elefantes!

Fingiendo estar de acuerdo con él me senté sobre un cajón que había a mano.

—¿Qué son entonces? —pregunté.

—No lo sé. —Sacudió la cabeza lúgubrememente—. Tal vez alguna especie

desconocida para la ciencia. *Ex Africa semper aliquid novi.*

—¿Qué?

Me sonrojo al admitirlo, pero hasta más adelante no adquirí un conocimiento adecuado del latín. Tal vez fuera la burla de Fleaud la que me hizo decidir estudiarlo...

—¡De África siempre algo nuevo! —me ladró irritado. Y continuó—: ¡Oh, incluso un estúpido podría ver que están mal hechos! Las orejas, las patas con las articulaciones de las rodillas demasiado altas, la trompa demasiado corta, la pendiente del lomo excesivamente pronunciada, los colmillos también, todo lo distintos que pueda imaginarse. ¡Todos ellos están mal!

—Señor Secrett —dijo Corkran con tono reprobatorio, entrando en la tienda con una jarra de agua—, usted sabe que no debería fatigar al señor Fleaud.

—Totalmente cierto —murmuré, y me levanté para irme.

—¡Averigüe lo que son! —gritó Fleaud a mis espaldas.

—Se lo preguntaré a Edusu mañana por la mañana —le aseguré, y volví para ayudar a Wimswell a resolver todas las minucias oficialmente requeridas que habían sido abandonadas mientras yo estaba involuntariamente al mando. Esto dejó exhausto al pobre individuo. A la puesta del sol me quedé solo con mi desconcierto privado, y finalmente me quedé dormido con un sueño agitado, soñando con extrañas criaturas metálicas descendientes de un cruce entre los elefantes de Aníbal y los torpes tanques de la Primera Guerra Mundial, que serían el vehículo imparable por excelencia, porque les disparasen con lo que les disparasen jamás morirían.

Al día siguiente sólo apareció un número muy pequeño de trabajadores, en contra de lo que había yo entendido que había prometido Edusu. Subrayo esto: lo que yo había entendido, no lo que él había dicho en realidad. Su aceptación popular como mejor jefe que Dafoud había sido tan completa que me había olvidado de que Edusu sólo podría garantizar la alianza de la gente de Undumi. Y fueron éstos los que llegaron, con resaca y sintiéndose morir, pero a la hora en punto.

Por ellos me enteré, a instancias de Wimswell, de que los hombres de los otros poblados estarían ocupados probablemente con insurrecciones locales. La muerte de Dafoud y Yossein, según lo que nos contaron, había servido como ejemplo para el resto de los pisoteados trabajadores. Aquella frase saltó automáticamente a mi cerebro; yo había visto lo bien que se adaptaba a las circunstancias.

—¡Oh, no! —gimió Wimswell cuando le traduje las noticias—. ¿Quiere decir que tendremos que esperar hasta que hayan matado a sus respectivos jefes de poblado antes de que podamos continuar con el trabajo?

—Así parece —admití—. Pero —añadí, intentando ver el lado bueno de las cosas— siempre están los elefantes.

—Sí, supongo que sí —dijo con desgana—. Tendremos que sacar el partido que se pueda a la situación.

Como es natural, yo estaba más desesperado que él por ver volver a las grandes bestias grises. Al parecer yo era la única persona que había visto, o imaginado, aquellos agujeros de bala de los que no brotaba la sangre. No obstante, la imagen permanecía tan vivida en mi memoria que deseaba con una especie de sed expectante comprobar que las pieles de las criaturas carecían de las cicatrices que yo había (tenía que haberlo hecho) inventado...

Pero no vinieron. La hora habitual, una hora después de la salida del sol, pasó; transcurrió otra hora, y una tercera.

—¿Elefantes? —me ladró Wimswell, pasando en su primera gira de inspección del campamento desde su enfermedad—. ¡Ah! Parece que ya le hemos servido al tipo lo suficiente, ¿no cree? ¡Apostaría a que está reclinado en el regazo del lujo, ahora que ha recuperado su puesto de jefe!

Corkran, a un lado del mayor, hacía muecas como si estuviera por completo de acuerdo. Y aun así yo no podía reconciliar la idea que tenía de Edusu con esta cínica conclusión.

Osadamente contraataqué:

—Señor, Edusu es viejo y frágil. ¡Supongamos que le haya pasado algo! Creo que lo mejor sería que fuera a comprobarlo.

Wimswell me miró desde debajo de sus fruncidas cejas. ¿He mencionado ya que tenía un par espléndido, como cepillos de calzado en miniatura?

—¿Cree que podrá seguir su pista? —me dijo al cabo de un momento.

—Si es la pista dejada por veinticuatro elefantes, creo que sí —dije—. ¡Será más fácil que encontrar Undumi por medio del mapa y la brújula!

—Muy bien. Llévase con usted al hombre que se llevó la otra vez... el cabo Smithers. Y esté de vuelta para la caída de la noche, sin falta ni excusa ninguna. ¿Comprendido? *Sin falta*.

—Sí, señor —dije yo, y por primera vez desde que llegamos le saludé como nos enseñan en una Unidad de Formación de Cadetes Oficiales.

Mientras Smithers, gruñendo como siempre, y yo estábamos empaquetando el equipo, Fleaud emergió de su tienda de nuevo, débil aún, pero mejorado.

—¡Buena suerte! —me dijo, dándome una palmada en el hombro—. Su misión será de gran interés para la ciencia. Si puede, traiga de vuelta huesos y al menos una muestra de la piel.

—Que me condene —farfullé—, si me dedico a cargar con una de esas bestias. Preferiría volver a lomos de ella.

—Oh, me temo que eso está fuera de lugar —dijo Fleaud de pasada, como si los acontecimientos de los últimos días se le hubieran pasado totalmente por alto—. Los elefantes de este continente no pueden ser amaestrados como los de la India.

Me quedé pasmado, mirándole durante un largo instante. Pero no me pareció que valiera la pena invocar la evidencia de sus propios ojos. Desde luego no, si ya había decidido que no era de fiar.

Como resultado de aquel intercambio de palabras, cuando partimos yo estaba en un estado tan penoso como el de Smithers. Antes de media hora me enteré de que él y aquellos de sus compañeros que se habían visto lo suficientemente afectados como para vomitar cuando Yossein había sido reducido a pulpa habían recibido el mote de «Los tripas tiernas». De modo que había aceptado esta misión para escapar durante un tiempo de sus supuestos camaradas. Me pareció injusto cargar a alguien metido en un follón semejante con mis propios problemas. ¡A pesar de todo, deseé tener conmigo a alguien con quien pudiera debatir el origen y la naturaleza de aquellos elefantes! Una vez que tanto Wimswell como Fleaud me habían dicho que no eran verosímiles, estaba empezando a creer que formaban todos parte de una completa ilusión o alucinación, y que en breve me despertaría en casa

rodeado de doctores y enfermeras.

La naturaleza del rastro que localizamos inmediatamente y que pudimos seguir sin dificultad alguna resultaba cualquier cosa menos reconfortante. Tengo una memoria como el papel atrapamoscas y —como me parece que ya he dicho— me había pasado largo tiempo rememorando toda la información que había caído en mis manos acerca de los elefantes desde mi infancia. Estaba satisfecho de haber recordado que el procedimiento correcto para seguir a los elefantes era buscar ramas arrancadas de los árboles, bien fuera para masticar sus jugosas hojas o simplemente porque necesitaban un matamoscas. Lo que es moscas no faltaban, eso puedo asegurárselo.

Lo que encontramos, de hecho, era más bien el tipo de camino —o tal vez debiera decir destrozo— que podría haber sido abierto por un pariente gigantesco de nuestros tractores, como si los animales hubieran obedecido, sin pensárselo dos veces, la orden «Por allí», e incluso algunos árboles bastante grandes habían sido derrumbados en lugar de rodeados. La ruta tenía un par de recovecos, pero daban más la impresión de que obedecían al descubrimiento de referencias en el terreno que a la aparición de obstáculos; un pico discernible en las lejanas colinas, una curva en un arroyo causada por un estrato de piedra dura.

Yendo despacio, porque a cada paso que dábamos nos parecía más estúpido el haber salido en busca de semejantes monstruos sin un cañón antitanque, localizamos, no obstante, a Edusu y su secreto en menos tiempo del que yo había pensado que tardaríamos en realizar nuestro trabajo. Había pasado por alto su necesidad, causada por la edad, de hacer frecuentes pausas y cuidar cada paso que daba.

Emergimos súbitamente en un claro y allí estaba él, completamente cubierto con su regalía, con su cetro, su escudo y todo lo demás, sobre un saliente de piedra gris erosionado para formar una especie de trono natural, y más allá de su figura inmóvil...

¿Fue así como empezaron las leyendas de un cementerio de elefantes?

Había una pared rocosa, en proceso de desintegración. De la cara expuesta sobresalía, no lo que razonablemente podía esperarse, esto es, los huesos y dientes de animales muertos mucho tiempo atrás, sino algo distinto. Algo en lo que yo no quería creer.

Congelados en sus posturas, en parte empotrados en la piedra, estaban los cuartos delanteros de veinticuatro elefantes *medio* cubiertos, la *mitad* por piel y la *mitad* por músculos... como neblina coagulada. No se movían ni un ápice más de lo que pudieran hacerlo unos modelos de escayola, y aun así, y sin posibilidad de error, éstas eran las mismas criaturas que yo había visto cargar con inmensos y pesados troncos, apilándolos en ordenados montones.

Me quedé pasmado.

La reacción de Smithers fue más violenta. Lanzó un grito y alzó su rifle, dispuesto a disparar. Por lo menos, aquello sirvió para convencerme de que veía lo mismo que yo.

—¡No dispares! —exclamé—. ¡Las balas no les hacen nada!

—Ya lo sé —murmuró, bajando el arma—. Ya lo vi. Ayer.

—Tú también —dije volviéndome hacia él.

—Sí, señor —tragó saliva—. Las balas les entraban por un lado y les salían por el otro. ¡Como si no hubiera nada que las detuviera!

—Por el otro lado... ¡Oh, qué suerte que yo no lo notase!

Antes de que pudiera decir nada más, Edusu se agitó, despertado por nuestras voces. Sus penetrantes y brillantes ojos se abrieron clavándose en nosotros.

—Lo dejé para demasiado tarde —dijo con un leve suspiro—. Estoy cansado, amigo Secrett. Soy viejo. La tensión de ayer no me dejó con fuerzas suficientes para llevarle hoy a mis sirvientes.

No sabía dónde mirar, si a él, que de repente me aterrorizaba, o a los elefantes, que constituían la causa de mi terror.

—Me parece —continuó, tras una pausa—, que me estoy muriendo. No quiero que mi conocimiento se pierda. Quería trasmitírselo a mi hijo, como me fue trasmitido a mí por Obe, hijo de Obe, y a su vez como le fue trasmitido a él por Obe, hijo de Edusi, y a éste por Dusi, hijo de Dola..., pero mi hijo se puso de parte del usurpador. Amigo y hermano, escúchame a mí que estoy cansado y a punto de morir. Tengo una historia que desvelar, y si así lo deseas tú serás el encargado de completar el trabajo que hemos comenzado juntos.

La historia era larga. Antes de que fuéramos por la mitad, tuve que mandar a Smithers, que por supuesto no había entendido una sola palabra, de vuelta al campamento, para hacer saber a Wimswell que no estábamos muertos como consecuencia de alguna emboscada o aplastados por elefantes ni nada por el estilo. Hice que nos dejara las raciones que le quedaban y la mitad de su cantimplora de agua para mantener vivo a Edusu. Y continué escuchándole. Jamás se me había ocurrido que una historia pasada de boca en boca pudiera sobrevivir de forma tan detallada durante casi cuatro siglos. Algunos pasajes eran tan detallados, que mi atención vagaba como solía hacer los domingos por la mañana, cuando yo era un niño al que obligaban a ir a la iglesia y el sacerdote —que insistía en leer toda la Biblia a su rebaño una vez al año— había llegado a algún capítulo de Primeras Crónicas o algo por el estilo, que comprendía una sucesión interminable de «engendros».

Pero retuve, y hasta hoy sigo reteniendo, lo esencial de lo que me recitó Edusu.

¿Por qué él y su pueblo detestaban tanto a la clase dominante musulmana que había tomado a su cargo todos los poblados de la región? Porque eran los sucesores directos de los traficantes de esclavos que se habían personado allí cuando la llegada de los comerciantes europeos creó una demanda de esclavos. Aquel fuerte portugués al que ya me he referido no era más que uno de los odiosos legados de dicho período.

Dado que los esclavistas eran típicamente itinerantes, y trabajaban continuamente recorriendo varias rutas de comercio con preferencia a aposentarse en ningún lugar, ¿qué era lo que les había animado a cambiar sus costumbres en aquel lugar en particular?

Bueno, pues que los habitantes habían estado a punto de salir impunes con un brillante truco.

Las primeras redadas llevadas a cabo por los comerciantes de esclavos les había supuesto un choque terrible. Al igual que la mayoría de los paganos africanos, ellos poseían un temperamento hospitalario y cándido, de modo que habían invitado a aquellos extranjeros —aunque estaban armados— a ser sus huéspedes. Jamás se habían encontrado anteriormente con los

musulmanes, pero aunque estaban bajo la dirección de los árabes y algunos de ellos eran bereberes; la mayor parte de los recién llegados eran negros como ellos mismos, o como lo expresó vividamente Edusu, «suficientemente parecidos a nuestros primos de más allá de la colina».

Más aún, la esclavitud había sido desconocida hasta entonces en aquel área. Existían trazas de trabajo obligatorio, pero éste podía ser anulado una vez que la deuda que lo había provocado quedaba saldada. Comprenderá usted, sin duda, que estoy complementando lo que escuché decir a Edusu en aquel momento con informaciones que recogí más adelante, pero todo aquello que averigüé subsiguientemente encajaba con la versión que él me había dado.

De modo que cuando los esclavistas se despertaron al amanecer y, cogiendo sus armas, reunieron a todos los muchachos y muchachas vendibles en la plaza principal de Undumi —que supongo que sería muy parecida entonces a la que conocimos en los años cuarenta— fue algo traumático. Y los visitantes añadieron sal a las heridas declarando, mientras partían riéndose, que pronto volverían en busca de más.

Poco inclinados a la guerra como eran estas gentes, estaba claro que la población local no tenía ni la más remota posibilidad de defenderse por la fuerza de las armas. Por una parte, los esclavistas podían volver en cualquier momento sin previo aviso, y los recursos de un poblado como Undumi no daban de sí como para montar una guardia de veinticuatro horas diarias sobre todos los posibles accesos. Por otra parte, si querían conseguir armas tendrían que pagarlas. No había tradición armera en aquel área; lo mejor que tenían eran primitivos arcos de caza. Ahora se habían visto privados de sus muchachas más atractivas, así como de sus jóvenes más fuertes. De modo que ni siquiera podían obtener armas como parte de la dote de una novia, y menos aún acumular un excedente suficiente como para comprarlas.

Enfrentados a este dilema, los ancianos se reunieron en consejo bajo la dirección de uno de los antepasados de Edusu, que se llamaba también Edusu. Subrayó mucho este punto, como si algún ciclo de acontecimientos se hubiera visto completado con la coincidencia de ambos nombres. Después de una larga consulta con lo que por aquel entonces debían de ser los dioses, pero que más adelante descubrí que más bien eran algo parecido a espíritus

ancestrales convertidos por su muerte en deidades tutelares semejantes a los *lares* romanos, dieron con lo que en mi opinión era no sólo una solución inspirada, sino una solución típicamente civilizada. Antes de la vuelta de los esclavistas hubo una estación de fiebres, pero la siguiente vez que aparecieron fueron recibidos tan calurosamente como la vez anterior, les fue ofrecida comida y bebida, y además —en términos comerciales razonables—, una amplia selección de candidatos a la esclavitud sumamente dóciles.

Hay que admitir que eran apenas poco más que pasables; eran de movimientos perezosos, no mostraban signo alguno de iniciativa o imaginación, y hacían exclusivamente lo que se les ordenaba —eso y nada más— y eran escasamente una porción del primer grupo reclutado en Undumi.

Por otra parte, en campamentos en los que se habían encontrado con resistencia armada, el jefe de la banda esclavista había perdido a muchos de sus mejores hombres y considerables ganancias. ¡El encontrar un poblado cuyos habitantes eran unos cobardes de tal categoría como para recibirle ostentosamente de aquella manera y ofrecerle esclavos como Danegeld...!

Más aún, él procedía de una tradición servil. Cualquier cultura que incorpora la esclavitud es servil; la condición es infecciosa.

Y para rematar el pastel, como quien dice, había quejas de los compradores de esclavos portugueses acerca de la naturaleza rebelde del último envío. Habían estado a punto de tomar el barco que les transportaba a través del Atlántico, y el capitán había tenido que colgar a varios de los cabecillas por temor a que su tripulación se amotinara poniéndose de parte de los cautivos. Debía de haber habido poca diferencia entre la situación de los cautivos y la de los marineros en aquel navío.

Me imagino al jefe de los comerciantes de esclavos como un hombre de estrecha mentalidad pero astuto; me imagino a las gentes de Undumi, particularmente a aquellas a las que se les había ocurrido aquel plan, como todo lo contrario: imaginativas, pero cándidas. Habiendo dado con un invento que, la primera vez que lo pusieron en práctica, les libró de lo peor de las depredaciones de los esclavistas, y encima sin haberles costado nada, excepto algún pequeño esfuerzo extra al que en cualquier caso estaban resignados, se relajaron.

Desafortunadamente para ellos, la siguiente razón que encontraron los portugueses para quejarse acerca de la mercancía fue diametralmente opuesta a la anterior. Se estaban perdiendo demasiados esclavos por el camino. Estaban perfectamente al llegar al puerto; estaban perfectamente bien al ser subidos a bordo; a partir de entonces, no obstante, perecían mientras el barco se había hecho a la mar, y encima despedían una peste particularmente desagradable. Llegando a la conclusión de que los esclavos de aquella parte de la costa era gente enfermiza, amenazaron con irse a hacer sus compras a otro lugar.

Preocupados por la posibilidad de perder lo que habían considerado como un comercio lucrativo destinado a durar por los siglos de los siglos, los esclavistas podían haber hecho lo único sensato, que era consultar a las gentes de Undumi. En lugar de ello mandaron a buscar un experto de la gran universidad de Timbuctú.

Desde su punto de vista, aquélla fue una equivocación desastrosa. No hizo más que dirigir la mirada al último grupo de esclavos procedentes de Undumi y le bastó para darse cuenta de que, para cualquier devoto seguidor del profeta, criaturas como aquellas eran anatema. Se alzó en su ira, como se suele decir, y dio órdenes que, de hecho, no estaba en posición de dictar. Pero en cuanto el Quadi local fue puesto al corriente de lo que pasaba, éste, bajo cuya autoridad operaban teóricamente las caravanas de esclavos, le apoyó por completo, también escandalizado. Las órdenes del Quadi, que sí que tenían que ser obedecidas, fueron aún más lejos: decretó que los esclavistas que se habían dejado engañar tan eficientemente por infieles habrían de expiar su falta. Debían asumir el mando directo sobre las gentes de Undumi así como de sus vecinos, y borrar toda huella sin compasión, todas las reliquias, todas las pistas o claves relativas al truco pagano que había sido puesto en práctica con fines tan sin precedentes.

Sin precedentes en su cronología, al menos. ¡Nada parecido, así lo juró el escolar de Timbuctú, había sido permitido por el Todopoderoso desde los tiempos del profeta! En este aspecto estaba, por supuesto, equivocado. En todos los demás, no obstante..., bueno yo no apostararía nada.

Aquello selló el sino de Undumi y junto con él el de todos los poblados a un día de marcha, hasta que aparecimos los occidentales. La incursión de los

franceses, que tras ganar alguna escaramuza sin importancia contra los portugueses reclamaron la posesión de aquel rincón de África —porque completaba un dibujo bonito sobre el mapa, me da la impresión, más que porque tuvieran algún uso constructivo para el que utilizar la tierra—, no hizo casi mella en la situación que ya por aquel entonces se había establecido. Los grandes jefes musulmanes, aunque reticentes a abandonar sus vidas de nomadeo, desfogaron su ira siguiendo las órdenes del Quadi con una brutalidad excepcional. Casi nadie que conociera el secreto quedó con vida para transmitirlo. Edusu era, según él, literalmente el último en heredar la técnica.

Si fue él o alguno de sus predecesores el que primero se dio cuenta de que el método era adaptable no sólo a fósiles en lugar de a restos humanos recientes, sino también a fósiles de especies no humanas, no sabría decirlo. Creo que podría haber sido perfectamente Edusu el que realizó aquel asombroso salto de lo particular a lo general, comparable, a su manera, con las inspiraciones de un Newton o un Darwin. Si hubiera ocurrido con suficiente anterioridad, sin duda hubieran aparecido trazas del método en el Nuevo Mundo; desde luego la técnica básica fue exportada a Louisiana y las islas del Caribe, ¿no es así?

Al margen de que merezca o no que se le atribuya todo el mérito, era un hombre notable. De modo que cuando expiró serenamente poco antes del amanecer, le hice los honores que pude e instruí a los elefantes para que construyeran un hermoso panteón sobre su tumba. Y después volví y terminé la pista de aterrizaje. Se completó a tiempo, a pesar de que Wimswell jamás superó el choque de verme aparecer medio desnudo y agitando el cetro y el escudo de Edusu. No hizo nada constructivo durante el resto de nuestra estancia; Corkran y yo tuvimos prácticamente que llevarle de la mano para mantener la impresión de que aún estaba al mando de sí mismo, y no hablemos ya del proyecto. En cuanto a Fleaud, se pasó todo el tiempo haciendo bosquejos. Después de la guerra regresó con un equipo de paleontólogos, y si desea usted ver un ejemplar de *Elephas Primordialis fleaudii*, tengo entendido que el esqueleto del museo de Historia Natural es, si cabe, mejor que el que se llevaron a París...

—¡Ah! No te has dado mucha prisa, ¿eh?

La interrupción había sido ocasionada por uno de los desganados, flácidos y miserables ayudantes, que se había presentado ante la mesa, semejante a un púlpito, del señor Secrett, extendiéndole mudamente el libro acerca de los elefantes que había solicitado anteriormente y una carpeta con el formulario de registro de salida que, a menos que esté firmado por el señor Secrett, no permite la salida de texto alguno de la RSAL.

El señor Secrett garrapateó su nombre sobre la hoja, y al partir el individuo de cara acuosa, me alcanzó el libro con una sonrisa.

—Aquí tiene, señor Scrivener. Estoy seguro que esto le confirmará lo que le he venido contando.

—Un momento —dije yo débilmente; estaba aún intentando recuperar el habla—. ¿Dijo usted que terminó de construir la pista de aterrizaje?

—Ya lo creo que lo hicimos. Fue cuestión de mala suerte que los avatares de la guerra dictaran que fuera cancelado el plan para montar un ferry aéreo sobre el Atlántico sur. Smithers nos dio la noticia, irónicamente, en el momento en que estábamos brindando por el éxito con lo que quedaba del coñac de Fleaud. —El señor Secrett agitó la cabeza—. Una lástima, ¿no le parece? Quiero decir, después del trabajo que nos había costado aquello. Esa pista de aterrizaje hubiera podido aguantar hasta *Liberators*.

—¿Y no tuvo ninguna dificultad en conseguir que los elefantes trabajaran para usted?

—Ninguna en absoluto. El método quedó suficientemente claro una vez explicado por un instructor competente, y Edusu demostró serlo.

—Pero... —tuve que tragar saliva—. Pero de lo que usted dijo había sacado la impresión de que aquellos no eran... uh... elefantes de verdad.

—Oh, Fleaud tenía parte de razón —aceptó el señor Secrett con tono despreocupado—. Sólo en parte, no obstante. Hay que admitir que eran de un modelo obsoleto, por así decirlo; probablemente exterminado por el hombre, como ocurrió con el anta irlandés o el *Bos primigenius*. Aun así, eran elefantes en todos los aspectos significativos, primos cercanos del tipo contemporáneo, y mi argumentación no queda invalidada.

—No era eso exactamente lo que quería decir —tartamudeé. De repente, no sé cómo, me sentí poco inclinado a seguir hablando del tema. Otro de los grises y vagos ayudantes había traído documentos para someterlos a la

aprobación del señor Secrett. Haciendo gran ostentación de la sencilla maniobra de meter cuidadosamente en mi portafolios el libro que había solicitado, esperé la oportunidad de despedirme. Antes de que ésta surgiera, se me ocurrió otra cuestión aún más crucial, y al instante deseé no haberlo hecho.

Una vez tenida en mente, no obstante, tuve que ponerla en palabras.

—Los esclavos —dije—. Los que las gentes de Undumi ofrecieron a los esclavistas. ¿Por qué no sobrevivían la mitad del pasaje?

Mis esperanzas de que atribuyera el fenómeno a algo mundano, como la fiebre endémica de la región, se vinieron abajo al instante.

—Aquello fue culpa de los árabes que se encargaban del comercio —dijo el señor Secrett, severamente—. No de los antecesores de Edusu. El mero concepto de *mantenimiento* parece ajeno a la mentalidad de los árabes. Yo me enfrenté con muchos problemas por esta causa cuando estuve en Egipto, de modo que hablo apasionadamente. Combine usted eso con el desprecio hacia los no creyentes y una rígida prohibición de aprender nada de ellos, y obviamente la respuesta surge sola, ¿no le parece? En cualquier caso, yo, por mi parte, jamás he tenido la menor dificultad en aplicar lo que me enseñó Edusu. *Mutatis* naturalmente, *mutandis*. Lo que me recuerda...

Echo un vistazo al reloj de pared que dominaba la sala principal de la biblioteca.

—Estoy a punto de llegar tarde a una cita. ¿Vino usted en coche? En tal caso, tal vez fuera tan amable de acercarme al Hospital Metropolitano de Casualty, debe de quedarle de camino a casa.

—Lo lamento —dije con firmeza—. Hoy he venido en autobús. Es muy difícil aparcar por esta zona, sabe usted. ¡Buenas tardes!

Al dirigirme hacia la salida me crucé con cuatro o cinco de los silenciosos, desastrados y anónimos ayudantes del señor Secrett. Ninguno de ellos me dirigió siquiera una mirada. A pesar de todo, cuando llegué a la puerta casi había echado a correr.

Me da la impresión de que va a pasar algo de tiempo antes de que me decida a visitar de nuevo la biblioteca de la RSAL.

EL ÁNGEL QUE REPARTIÓ EL TIEMPO

James Tiptree, Jr.

Aún muy poco conocida (no es una errata: conocida, pues se trata de una mujer) entre nosotros, James Tiptree, Jr. es sin duda uno de los más notables nuevos valores de la ciencia ficción estadounidense.

Ésta es la singular historia de una joven que sintonizó un ángel con el empaste de una muela y solucionó el problema de la superpoblación de una forma bastante curiosa.

No es cierto que no haya ángeles; la joven mujer llamada Jolyone Schram habló con uno de ellos, con tales resultados que nos ha dejado boquiabiertos a todos.

Si el ser con el que habló Jolyone era de hecho un ángel en el sentido clásico del término, es algo que jamás llegaremos a saber, por supuesto; a menos que vuelva a aparecer, cosa que parece poco probable. Desde luego era un Algo del espacio, poseedor de grandes poderes: tal vez algún principio del vacío exterior, tal vez una consciencia errante, acaso —podrán pensar algunos— un trabajador de los suburbios interestelares apartado de su camino habitual. Fuera lo que fuese, escuchó a Jolyone, y fue así como ocurrió el acontecimiento.

La noche en que ocurrió todo Jolyone estaba intentando no llorar, mientras sus dientes tocaban música.

Estaba en su trabajo nocturno de recortadora de noticias y chica-para-todo en el quinto piso del nuevo edificio de la WPNQ. Muy por encima de su cabeza se alzaba el nuevo transmisor de la WPMQ, que acababa de ser erigido sobre lo que había sido el último risco boscoso detrás de Los Ángeles. El nuevo transmisor era de tal potencia que interfería todo lo que estuviera cerca de él. Era tan potente que mientras Jolyone grapaba hojitas de télex, el gran empaste de su molar derecho captaba con claridad a Stevie Smith.

«Estaba mucho más lejos de lo que pensabas, y no te estaba saludando, estaba ahogándome», cantaba su muela. Los ojos de Jolyone parpadeaban intentando contener las lágrimas y su barbilla temblaba espasmódicamente, pero no era por culpa de la canción que le ocurría aquello.

El hecho es que allí mismo, en la oficina de Hal Hodge, Jolyone estaba condoliéndose apasionadamente por la muerte de la Tierra, que había

presenciado en una visión.

Tenía diecinueve años.

El día anterior había salido para conducir costa arriba hasta el valle de bosques de pino donde había pasado muchas horas felices cuando era una niña. Su semicompañero de habitación acababa de dejarla, semiamistosamente, y necesitaba algo de paz. Sentía que había estado alejada de la tierra y los bosques demasiado tiempo.

Estaba ya oscuro antes de que llegara, pero no pudo evitar notar que parecía haber muchas más casas que en su último viaje. Finalmente los neblinosos árboles se cerraron ante sus faros, y la carretera volvió a ser tan mala como siempre. A medianoche coronó el risco y se detuvo junto al borde. La niebla era tan densa que decidió echar una cabezada hasta el amanecer para ver la salida del sol. A su alrededor flotaba el sereno olor de los bosques. Un búho ululó y recibió respuesta. Mientras Jolyone se iba quedando dormida, podía oír débilmente el gorjeo del pequeño arroyo a través de una caverna en la que solía esconderse cuando era pequeña. Sonrió, recordándolo.

Jolyone jamás vio la salida del sol desde aquel lugar.

Con las primeras y pálidas luces del alba fue bruscamente despertada por el rugido de la puesta en marcha de un enorme Diesel que estaba a menos de cien metros de ella. Inmediatamente fue seguido de otro y de otro y de otro... y antes de que pudiera estar segura de que aquello no era una pesadilla, del otro lado del valle le llegó el agudo y malvado chillido de las sierras mecánicas.

Tapándose los oídos con las manos, Jolyone miró a través de la niebla que iba aclarándose. Las copas de los árboles se tambaleaban y caían. Vio una cadena de gigantescos tractores avanzar junto a ella atravesando perpendicularmente el valle. Una montaña horriblemente grande de árboles, rocas, tierra, de todo, se vertía de las bocas de los monstruos. Tras ellos se extendía una estela de tierra pelada.

Horrorizada, Jolyone se volvió en su asiento, intentando no creer en toda aquella devastación. De la nada surgió una pala excavadora junto a ella, tan cerca que pudo ver un pequeño y polvoriento cuerpo agitándose aún entre las rocas. Sus ojos, atontadamente, percibieron un cachorro de zorro.

Con un gemido inarticulado puso el VW en marcha y salió disparada de

allí. Al partir vio que había pasado la noche bajo un inmenso cartel en el que estaba pintada la cara sonriente de un hombre: «Un millar más de hogares felices contruidos por el feliz Harry Joel.»

—Oh, no. *Oh, no* —gimió Jolyone para sí misma mientras conducía hacia la costa, profundamente afectada. La oscuridad la había engañado al llegar, como pudo observar. No había unas pocas casas entre los árboles. De un extremo al otro del horizonte, las laderas de las colinas estaban cubiertas de casas, casas por todas partes, con sólo una delgada línea de árboles secos junto a la antigua carretera.

Su valle había sido el último retazo de bosque que quedaba.

—Como han podido, era tan, tan... —susurró incoherentemente, intentando encontrar una palabra que expresara toda la belleza indefensa perdida, que expresara todo aquello que ella había amado profundamente sin darse realmente cuenta, y que había creído que duraría para siempre.

Cuando finalmente llegó a la entrada de la autopista, su dolor era más sereno. Hacía un día soleado y magnífico. Al subir la rampa hacia las vías en dirección sur, se fijó en otra cosa que no había notado la noche anterior. El mar, por la zona del norte, tenía un reborde legañoso negruzco de aspecto extraño. ¿Una marea negra?

—Es la más grande que ha habido —le dijo la encargada del puesto de hamburguesas de la desviación, afirmando, con gesto de propiedad—. Dicen que ha matado a todas esas focas, nutrias o como se llamen de no sé qué... Eh, ¿no quiere usted su Super-queso?

Jolyone condujo de vuelta a su trabajo, intentando perderse en la larga y vibrante hipnosis del tráfico de la autopista. El sol resplandecía blandamente sobre ella desde los velos cada vez más espesos del cielo; camiones, coches, camionetas, rugían a su lado, delante, detrás. El dolor que la había acongojado disminuyó con el ritmo de conducir sin detenerse. Pero, en alguna parte, por debajo de su consciencia, su mente seguía rumiándolo.

Mil casas nuevas además de todos aquellos miles... Jolyone había oído describir una vez a su generación como la del «boom de los niños». Siempre había tenido la idea, de una manera poco concreta, de tener hijos. Pero ahora todas las migajas de su educación estándar empezaron a aglutinarse. La «ecología»... no era algo distante, en algún otro sitio con minas a cielo

abierto; era la horrorosa devastación de su precioso valle, el pequeño cuerpo roto en la cubeta de la excavadora. Y aquella marea negra... Ella misma, sin ir más lejos, estaba conduciendo en aquel momento un automóvil. Probablemente hubiera utilizado parte del petróleo traído por el mar. Lo traían para gente como ella. Para miles, millones de personas exactamente iguales que ella.

Para escapar de aquella idea puso la radio para escuchar el final de la edición de noticias de Hal Hodge. Nada más que palabrería acerca de que algunas montañas del Nepal se habían venido abajo porque la gente había utilizado todos los árboles de sus laderas como leña. Entonces cambió a la Hora Pop de la WPNQ, y dejó agradecida que sus pensamientos desaparecieran en el ensoñador ritmo. *Veintinueve tonos de azul...*

Los kilómetros fueron pasando.

Finalmente se vio girando para entrar en el aparcamiento de la emisora. Mimi Lavery estaba sustituyendo de Hal en las noticias de la tarde; Jolyone escuchó con actitud crítica, esperando que Mimi utilizara su tono grave de voz. Mimi terminó con otra noticia de relleno, algo así como que, según las previsiones, la población se duplicaría en cuestión de treinta años, y cortó dando paso a un anuncio grabado de condominios en las Rocosas.

Y justamente entonces, en el segundo transcurrido entre que aparcó el Volks y sacó las llaves de contacto, fue cuando ocurrió.

Jolyone Schram *supo*.

Vino a su mente como una visión de una ola monstruosa de un millón de cabezas, una inmensa inundación extendiéndose de personas multiplicándose, gente sin fin, formando con sus miles de millones un enorme incubo descerebrado y devorador que se extendía sobre toda la bola verde de la Tierra... cubriéndolo todo, comiéndoselo todo, utilizándolo todo, expandiéndose y destruyendo sin límites sobre una superficie finita. Hordas de personas individualmente inocentes convertidas en algo temible por la fuerza de su número se desbordaban sobre los océanos y en sus profundidades, hacían túneles bajo tierra, fluían sobre las montañas, avasallándolo y cubriéndolo todo en todas partes. Millones de cabezas la miraban con las bocas abiertas, haciéndole muecas, millones de manos se extendían y agarraban a ciegas mientras el torrente de cuerpos inundaba todo

el mundo.

Aquello era lo que estaba pasando, más lentamente o más de prisa, a su alrededor. Y continuaría pasando, cada vez con mayor rapidez hasta el inminente fin.

Jolyone jadeó, dejándose caer en el asiento del coche. Ella era una joven delicada, poco preparada para las visiones apocalípticas. Pero tenía también una inocente mentalidad factual; creía en los números. En aquel terrible instante vio de repente lo que significaban los números. *Duplicada en treinta años...* y después duplicándose de nuevo una y otra vez, cada vez más de prisa. Estaba pasando. No en otro lugar en algún tiempo remoto, sino aquí y ahora. Estaba viendo cómo empezaba. Con toda la fijeza de su mente de mujer de diecinueve años, creyó súbita y totalmente.

Y en ese mismo segundo le vino a la mente lo mucho que sufriría y lo indefensa que estaba. ¿Cómo iba a poder vivir en medio de ese tumulto de gente, sin espacio ni tranquilidad, sin ningún refugio al que poder escapar? Pero no podía detenerlo, nadie podría... también era consciente de ello. La gente no dejaría de tener hijos, lo sentía en la sangre. Ponerle una pistola en el pecho al presidente no salvaría a las secoyas; todas aquellas organizaciones para salvar un río o una montaña no retrasarían las cosas por mucho tiempo. Porque nada podría detener a aquellos *números*. A la fría luz-tiempo de su visión contempló las algaradas de protesta, los discursos, los pequeños movimientos, las esperanzas y los éxitos locales y las buenas intenciones — todo barrido por las irrefrenables multitudes, como la línea de árboles que había visto caer en el valle.

Los números hablan. Nada puede detener esto, en realidad, pensó. Todo lo que amo desaparecerá.

Se quedó sentada temblando, demasiado agitada como para llorar. Al cabo de un rato, las cosas se suavizaron un poco. Ya que no parecía haber otra cosa que hacer, recogió las llaves del suelo y entró en el edificio a trabajar.

En el estudio nadie se fijó en ella. Era una noche de asueto. Un par de ingenieros estaban todavía intentando arreglar aquella oscilación en los circuitos impulsores; habían abierto un panel.

Jolyone se puso a trabajar pesadamente, clasificando la pila de los télex,

guardando las cintas usadas, contestando teléfonos en las oficinas vacías, haciendo como un zombi todo lo que se le pedía. Susurró entre dientes el último informe deportivo. La visión que la había golpeado se negaba a desaparecer. Rodeaba su cabeza como una proyección fantasmal, haciendo que el mundo real por fuera de ella pareciera tan poco significativo como un sueño momentáneo. De vez en cuando sus ojos derramaban lágrimas incontrolablemente, cuando pensaba en algo querido que ya no duraría mucho. Los constructores de rascacielos estaban ya comprando el desarrapado y viejo solar ajardinado en el que ella y sus amigos vivían. Aquello no era más que un primer toque suave del terrible futuro que había entrevisto. Con toda la clarividencia de sus diecinueve años, Jolyone estaba diciéndole adiós a algo profundo y vital, tal vez a la esperanza.

A las diez y media, el habitual racimo de cuasi celebridades de Hal Hodge apareció para *La Charla de Esta Noche*. Uno de ellos era un escritor de ciencia ficción, un pequeño y nervioso hombre de edad, neuróticamente preocupado porque la grúa le llevara el coche. Jolyone fue a buscarle unos kleenex para su catarro, les dio a todos un café y los puso en manos de Hal durante el rato de descanso de la emisora.

Al cerrar la puerta, uno de los hombres de equipamiento la llamó desde el panel descubierta.

—Sujeta esto un momento. —Le alcanzó una enorme y complicada clavija llena de cables—. No dejes que toque nada, así. Mira, cuando diga «corta», empujas ese interruptor de circuitos que hay allí con tu otra mano. ¿Comprendido?

Jolyone asintió con la cabeza; empezaba a tener problemas con sus ojos una vez más.

El ingeniero se agachó y gateó por debajo del panel. Jolyone se quedó en pie con la cosa en la mano. Sus dientes sonaban aún más fuerte allí; escuchó la voz sinceramente interesada de Hal Hodge:

—¿Qué es lo que estará haciendo la gente como nosotros de aquí a cien años, Bill?

—Pisarse el cuello los unos a los otros —contestó el escritor de ciencia ficción en el diente de Jolyone, y ella estornudó.

La horrible visión volvió a aparecérselo y con ella algo peor, que no había

alcanzado a ver anteriormente. «Oh, no, no, no», susurró sintiendo que una gran lágrima se deslizaba por su mejilla. No podía secársela.

Lo que había visto eran las expresiones de aquella amenazante montaña de gente. Sus caras mostraban los dientes, que rechinaban llenos de odio; hacían gestos obscenos de triunfo, aullando desesperadamente perdidos; sus ojos entrecerrados, eran fríos y calculadores; las manos agarrando cuchillos o armas de fuego y luchando mientras la marea les arrollaba. Aquí unos pocos se combinaban por un momento de furiosa victoria sólo para hundirse al ser desbordados por nuevas caras. Desde debajo de cada pie surgían los débiles gritos de los moribundos y los pisoteados. En ninguna parte de todo aquel panorama de lucha había un ápice de bondad, en ninguna parte había nada de lo que ella consideraba humano... sólo la guerra de todos contra todos arrasando la ya destrozada superficie de la Tierra.

Cuando hayamos destruido todo, seremos animales, pensó. Un gran gemido subió por su garganta, compuesto de belleza condenada y la horrenda revelación de que lo que ella había tomado por la realidad de la gente no era más que un frágil sueño a punto de morir. «No», dijo ahogadamente.

—¡Dale ya! —ladró el ingeniero desde debajo del panel.

Cegada y temblorosa, Jolyone extendió la mano por encima del abierto panel. Las lágrimas corrían por sus mejillas sin que las notara, cayendo desde su rostro y salpicando complejos electrolitos donde tales cosas no deberían estar. Llena de angustia, Jolyone susurró una plegaria al cielo vacío. «Haz que se detenga, *por favor.*»

De repente, se produjo un silencio total que chisporroteaba.

¿*Piontwxq?*, dijo su empaste en medio del silencio. ¡*Eh!*, ¿*que se detenga qué?*

—Haz que nos detengamos —repitió enloquecidamente Jolyone, sin darse cuenta de que su grito estaba siendo transmitido por desconocidas frecuencias, sin darse cuenta de nada excepto de su dolor—. ¡Haz que dejemos de hacer gente antes de que lo matemos todo! ¡Oh, *por favor*, no dejes que ocurra, no dejes que todo este maravilloso mundo muera!

Espera, dijo la diminuta voz que salía de su mandíbula. Los ojos de Jolyone se abrieron súbitamente tanto como la boca de Hal Hodge. *Oh, está bien*, continuó la voz. *Ya puedes dejar de llorar.*

Sonaba lejano y preocupado, y no estaba hablando en inglés, aunque Jolyone jamás llegó a saberlo.

—¡Oh! —boqueó—. ¿Quién... qué...?

—¡Mierda! —explotó el ingeniero desde el panel, y empezó a coger cosas. Hal Hodge salió disparado de la cabina y chocó con el técnico de sonido, ambos gritando. En medio del jaleo, Jolyone vio al escritor de ciencia ficción salir a hurtadillas, agarrando las llaves de su coche y agitando la cabeza.

Entonces se vio machacada por permitir que el hipermezclador tocara el gubilizador, y aquello fue demasiado.

Mientras tanto, a treinta mil kilómetros en el espacio, la Cosa —ser, djinn, esencia, o lo que ustedes quieran— completó un minúsculo ajuste en uno de nuestros últimos satélites sincronizados. Entonces él o ella o ello se lanzó en una trayectoria parabólica sobre la atmósfera de la Tierra. Mientras descendía a toda velocidad, abrió algo que no era un portafolios. El nódulo de la órbita estaba sobre los Andes y algo muy pequeño cayó en una grieta.

Al instante siguiente, nuestro visitante estaba fuera de nuevo y alejándose hacia las profundidades del espacio con la cosa que no era un portafolios metida debajo del... bueno, de lo que fuera. Caso de haber podido traducir la expresión de lo que podría haber sido su cara, hubiera recordado la expresión de un adulto que se ha detenido para recoger la pelota perdida de un niño.

Y esto es todo lo que hemos podido saber del asunto hasta el día de hoy. Pero al extenderse alrededor del mundo la luz de la mañana siguiente, todos sabemos lo que fue revelado.

En cada casa, apartamento, igloo, caverna o choza de hierbas desde Fiji hasta Nueva York y de Nueva York hasta Argel, la escena era la misma. Un niño y tan sólo uno despertó: el más joven. Todos los demás niños yacían inmóviles; sobre esterillas, en camas o hamacas o cunas o montones de pieles, todos excepto el más joven yacían aparentemente dormidos.

Un momento más tarde comenzó el aullido surgido de millones de gargantas, que por todo el mundo sucedió al alba. Las madres descubrieron que la carne de los niños durmientes estaba fresca, sus pechos inactivos. No había respiración alguna que moviera sus labios. Muchachas y muchachos desde los dos hasta los veinte años de edad, todos los jóvenes, cualquiera que

fuese su edad, yacían inmóviles y fríos. Incluso los más crecidos que no estaban en su casa fueron encontrados yaciendo sin vida.

La muerte, parecía, había arrasado la Tierra segando la vida de todos menos los últimos en nacer.

Pero entre los frenéticos padres existían unos pocos persistentes que acercaron espejos a los labios inmóviles y escucharon durante más tiempo los pechos cada vez más fríos. Y finalmente se supo: los niños no estaban muertos. Más lenta que los glaciares, la respiración aún alentaba en ellos. Más lenta que el desplazamiento de las rocas, su sangre circulaba aún y sus corazones infinitamente lánguidos se contraían y se relajaban. No estaban muertos sino dormidos —o más bien, según fue disminuyendo su temperatura, se comprendió que aquél era un sueño como el de la hibernación, pero más profundo que cualquiera que se hubiera conocido jamás.

Y no había forma de despertarles o revivirles. Los doctores, chamanes, las madres, atacaron en masa a los durmientes por medio del calor o del frío o del *shock*, con cualquier y todos los estímulos imaginables para romper el encantamiento. Nada dio resultado. Los días pasaron, pero no se aceleró un solo latido de un corazón, ni una sola respiración se alteró en un milisegundo.

Por toda la Tierra, los padres miraban las hileras de sus vástagos comatosos y salían en busca de bebidas. Las madres apabulladas alternaban entre cuidar al hijo despierto e intentar futilmente despertar al resto.

Tan sólo los hogares con un hijo único se vieron indemnes. Pero en muchos de éstos había otro niño en camino. Y pronto se comprobó que en el momento en que la madre daba a luz, en el momento en que el recién nacido daba su primer berrido, los párpados del más adulto se cerraban. Para cuando el recién nacido había empezado a mamar, el anterior hijo único se acercaba a la hibernación. Al parecer sólo un niño en cada casa, el más joven, podía despertarse para llorar y alimentarse y jugar con toda normalidad. A su alrededor, en cada choza, hospital, sampán o dúplex, los vástagos mayores yacían en su trance helado.

La desesperación fue creciendo con el paso de los días; todas las demás cuestiones se convirtieron en insignificancias. ¿Acaso iba a llenarse la Tierra y los corazones de sus habitantes de muertos vivientes?

Y entonces se despertó el primer durmiente.

En cualquier caso, fue el primero conocido y sucedió el Día Catorce, en el repleto trailer de los McEvoy, en Pawnet, Virginia del Este. Al salir el sol, una joven voz que llevaba dos semanas en silencio dijo:

—¡Mamá! Tengo hambre.

La señora McEvoy entró a toda prisa donde sus hijos durmientes yacían sobre todas las superficies. Denny, su segundo hijo más joven, estaba empezando a gritar asustado porque había tocado a su frío hermano Earl. Le abrazó y le palpó mientras se retorció; parecía estar perfectamente.

—¡Earlene! —exclamó su hermana—. No consigo despertar a la niña. Me parece que se está enfriando.

Y efectivamente, la pequeña Debbie McEvoy estaba deslizándose hacia el frío de la hibernación y no podía ser despertada.

El despertar de un niño fue una noticia mundial; los medios de comunicación iniciaron un descenso en masa sobre el pequeño Denny. Pronto quedó establecido que era el de siempre, sin recuerdo alguno de haber perdido dos semanas.

Entre la muchedumbre había un hombre delgado y peculiar llamado Springer. Al igual que Jolyone, creía en los números. Averiguó que había dieciocho pequeños McEvoy fríos, y su expresión fue de mayor sorpresa que nunca.

—Éste, ah, ¿no tendrá usted más hijos, verdad, señora McEvoy?

La expresión de la cara de Earlene McEvoy se hizo hermética.

Pero sus vecinos no eran tan reticentes, y Springer pronto descubrió que había habido un período, o períodos, de actividades extra-McEvoy en la vida de Earlene. Los resultados de los citados períodos vivían ahora, o más bien dormían, con diversos parientes lejanos. Quedó también impresionado por la robusta salud que la señora McEvoy había transmitido a todos sus hijos.

—Veintiséis —meditaba—. Veintiséis hijos vivos de una sola madre. Notable. Y hay veintiséis grupos de catorce días al año, hora más, hora menos.

A la señora McEvoy se limitó a decirle:

—Yo estaría pendiente de Denny del sábado en ocho días.

—¿Por qué?

—No es más que una corazonada, señora McEvoy. Simplemente podría volver a dormirse ese día.

—No diga esas cosas, señor.

Pero, efectivamente, a la semana del sábado el joven Denny se estaba enfriando de nuevo mientras que su hermana mayor despertaba.

Para aquel entonces ya no supuso una sorpresa, porque las familias de menos de veintiséis hijos resultan más comunes; se estaban despertando suficiente número como para que la cuestión aritmética quedara clara. La semana del sábado era el Día Veintiocho; en aquella mañana, el segundo hijo más joven de todas las familias de trece se despertó mientras que el más joven entraba en catalepsia.

Estaba claro lo que había pasado, al menos a grandes e increíbles rasgos.

Nadie había muerto.

Nadie había sufrido daño, excepto a causa del exceso de celo por despertarles.

A nadie se le había prohibido tener todos los hijos que quisiera según sus gustos, costumbres, ignorancia o vulnerabilidad. (Se percibió, con diversos grados de emoción, que la plaga parecía considerar como progenitores sólo a las madres.)

Lo que se produjo fue un reparto de tiempo.

Cada niño, al parecer, tendría su turno para despertar, y en breve se averiguó que así era. El problema era que el espacio de tiempo que permanecería despierto dependía del número de hermanos que tuviera. La totalidad de hijos de una misma madre compartía el año, obteniendo mayor o menor tiempo con arreglo a su número; los veintiséis hijos de Earlene obtenían sólo catorce días por cabeza, mientras que cada niño de una pareja despertaba durante seis meses. Así cada madre tenía siempre un hijo despierto, y sólo uno.

Pero ¿es que los niños de familias numerosas se iban a ver privados de la mayor parte de sus vidas? ¿Acaso el hijo de una familia de tan sólo dos hijos iba a perder media vida durmiendo?

La respuesta surgió lentamente: no.

Hizo falta tiempo para estar seguros, por supuesto. Pero desde el primer momento la gente tenía sus sospechas, porque incluso los más pequeños de

los bebés hibernados no parecían crecer. El pelo y las uñas no aumentaban de longitud, incluso las pequeñas heridas no cicatrizaban. Los niños mayores despertaban con sus últimas comidas sin digerir y con sus últimas preocupaciones de antes de irse a dormir en los labios. En las mujeres durmientes, las gestaciones no progresaban. Los científicos observaban, medían, discutían, y finalmente el asombroso hecho fue comprendido: aquellos que estaban en hibernación no envejecían perceptiblemente. Sólo las horas de vigilia contaban como horas de vida.

Esto significaba... con un gemido de asombro mundial, se comprendió que las vidas de los durmientes serían largas. Incluso las parejas de hijos tardarían el doble de lo normal en crecer y entonces, presumiblemente, continuarían viviendo hasta el doble de su esperanza de vida normal. En cuanto a los pertenecientes a familias numerosas...

Durante dos días los McEvoy estuvieron de nuevo en primera plana de la actualidad cuando se comprendió que los descendientes de Earlene, caso de sobrevivir todos, podrían vivir mil quinientos años, haciéndolo de dos en dos semanas. Entonces una mujer en Afganistán dio a luz su trigésimo bebé vivo. La gente silbó asombrada contemplando a un bebé que podría vivir, en plazos de doce días, tres mil años.

El mundo estaba de cabeza.

Es difícil recordar cómo fue la cosa, el caos que inundaba nuestras mentes mientras los viejos y cansados problemas de ayer se veían desbordados por otros nuevos. Problemas diferentes en cada parte del mundo, por supuesto. En las naciones hambrientas millones de jóvenes bocas se cerraron pacíficamente, mientras que un millón de trabajos quedaban sin realizar porque los trabajadores infantiles estaban durmiendo. Una docena de pequeñas y malvadas guerras se detuvieron sobre sus ejércitos en hibernación. En el mundo industrializado, la pérdida de millones de jóvenes consumidores dio paso a la Gran Depresión de los Durmientes, que aún nos acompaña. La realidad del crecimiento cero de la población cayó sobre nosotros como una avalancha.

Y más allá de los problemas económicos inmediatos, surgía el gran interrogante humano. ¿Quién se ocupará de las durmientes multitudes cuando sus padres envejezcan y mueran? ¿Cómo se educa a unos niños en plazos

mensuales o semestrales? La rivalidad entre los hijos había adquirido nuevas dimensiones al darse cuenta los niños de que dormían porque su hermana o hermano se despertaba; gracias al cielo, muchos son capaces de comprender que su hibernación significa también una larga vida. Todo ha cambiado sutilmente en una miríada de maneras. Incluso la ficción y los folletines han adoptado un contenido totalmente nuevo: ¿puede una muchacha que se despierta sólo los veranos encontrar la felicidad con un muchacho que despierta durante los veranos y también los otoños?

Por toda la faz de la Tierra, se están formando grupos de gente joven que se despierta en el mismo momento, para ser reemplazados cuando despierte el siguiente grupo. Tal vez se desarrollen culturas alternativas sobre las mismas bases. O tal vez la clara futilidad de tener hijos extra tendrá el efecto que no tuvieron otros razonamientos. El número de gente que cree que la situación es temporal va decreciendo año tras año. Parece ser que el «ángel» lo ha hecho bien, poseyendo la superioridad tecnológica que uno esperaría de un ángel.

Mientras tanto, una extraña sensación de apacibilidad invade nuestras vidas. Los decibelios parecen haber disminuido y podría ser que la hierba estuviera volviendo a crecer. En cada familia sólo un niño cada vez grita o arrulla o pide las llaves del coche o atraca a las ancianas o compite para conseguir trabajo o para ingresar en la facultad de medicina. Sólo un cuerpo joven de cada casa consume comida o madera para la chimenea o gasolina o necesita una ortodoncia o juguetes de plástico. Y cada niño, al despertar, recibe toda la atención de sus mayores.

Un viaje pacífico, mientras dure. Las mil casas felices del Feliz Harry Joel fueron a parar a manos de la administración a medio construir, aunque por supuesto no se pudo hacer nada por los cachorros de zorro.

En cuanto a Jolyone Schram, que había puesto todo esto en marcha, ha tenido varias buenas ofertas, siendo como es hija única despierta continuamente. Pasa buena parte del tiempo limitándose a respirar y a escuchar crecer el verde. La terrible visión se desvaneció. Pero nunca le dijo a nadie lo que había pasado. Excepto una noche en el Parque de Punta Lobos: cuando ella vio que yo era inofensivo, me lo contó todo.

Estábamos sentados junto a un polvoriento macizo de eucaliptus, mirando hacia donde se ahogan las rocas en el vibrante Pacífico iluminado por la luna.

—La cuestión está —dijo ella frunciendo el ceño— en lo que estaba pensando. Cojamos a dieciséis personas, por ejemplo. Eso hacen ocho parejas.

Vi al instante que aún creía en los números.

—De modo que tienen hijos. Pero sólo uno por pareja está despierto en un momento dado. De modo que realmente es como si tuvieran un único hijo. Y entonces supongamos que los ocho hijos se casan, esto hace cuatro parejas. Y tienen un hijo despierto cada una, esto hace cuatro. Y crecen y se casan, esto hace dos parejas. De modo que en definitiva la cosa se reduce a dos hijos en realidad. Quiero decir, cada vez es la mitad de... por supuesto, esto llevará mucho tiempo.

—Mucho tiempo —asentí.

—Pero cuando los dos niños crezcan y se casen, sólo tienen un único hijo. Quiero decir, que para todos los efectos es así. Y eso es todo.

—Así parece.

Se echó el pelo para atrás, frunciendo el entrecejo aún con más fuerza a la luz de la luna.

—Por supuesto hay miles de millones de personas, no solamente dieciséis, de modo que la cosa queda muy lejos *realmente*. Y tal vez haya algo equivocado en mi idea. Quiero decir: todos despertarán más tarde o más temprano. Pero... me pregunto si la... la persona con la que hablé... Me pregunto si pensaron en eso.

—No hay modo de saberlo, ¿no te parece?

El mar suspiraba y refulgía serenamente, haciendo largas y brillantes curvas alrededor de las rocas. No había trazas de petróleo. No había demasiada basura sobre la hierba, y la autopista que había a nuestras espaldas estaba sorprendentemente vacía.

Jolyone estaba sentada mirando al horizonte, con la barbilla apoyada sobre sus rodillas.

—Tal vez quienquiera que fuese vuelva y cambie las cosas a tiempo. O tal vez debería decirle a la gente lo que pasa e intentar vencerlo de algún modo.

—¿Tienes alguna idea de cómo?

—No.

—Hay mucho tiempo para que alguna otra persona se preocupe acerca de todo eso —observé.

Estuvimos en silencio durante un tiempo. Entonces ella suspiró y se tendió sobre la hierba; una extraña, introvertida, delicada muchacha.

—Es gracioso... Siento como si acabara de salvarme de ser atropellada. Resulta agradable el... el *ser*. Tal vez la cosa está en que debería ir por ahí a disfrutarlo.

—¿Por qué no?

Y eso fue exactamente lo que hizo.